

En el breve espacio de **Mandoria**, por definición apretado, comprimido, la protagonista escribe un tiempo de exilio interior, de amurallarse en lo cotidiano, de producir vida cuando el afuera la dictadura - es muerte y oscuridad. La voz enuncia una mirada de mujer, cuya biología promete un regreso, una poesis que alumbre un tiempo de alivio, de expansión, de libertad, después del terror.

Aún cuando el símbolo geométrico de la tierra es el cuadrado y el del cielo el círculo, a veces se utilizan dos círculos para simbolizar el mundo superior y el inferior, es decir, el cielo y la tierra. Su unión, la zona de intersección e interpenetración (aparición), es la mandoria, figura almendrada obtenida por dos círculos que se cortan. Para disponer verticalmente esta mandoria, por necesidades iconográficas, los dos círculos pasan a ser el de la izquierda (materia) y el de la derecha (espíritu). Esta región comprende los antípodas de todo dualismo. Por ello simboliza también el sacrificio perpetuo que renueva la fuerza creadora por la doble corriente de ascenso y descenso (aparición, vida y muerte, evolución e involución). Se identifica morfológicamente con el huso de la Magna Mater y las hilanderas mágicas.

Cirlot Diccionario de Símbolos



Mandoria

Genoveva Arcaute

# Mandoria



Genoveva Arcaute



Genoveva Arcaute nació en 1953, en la ciudad de La Plata, es egresada de Letras (Humanidades UNLP). Colaboró en la revista *Humor Registrado* y otras de Editorial La Urraca durante diez años (1980/90) y es autora de teatro de humor. Actualmente escribe poesía; próximamente publicará el poemario *Todas somos Frida*. Es autora además de la novela inédita, *Biplopista*, tres casos de Doris Milano.

A Martín, Luis, José, Tomás y Luci  
A Jorge

## CAPITULO PRIMERO

Cielo atravesó el patio, el mate en una mano, conteniendo la respiración para no incorporar el aire gélido a su garganta. Al pasar, registró en su memoria un par de zapatillas en pirueta impracticable y el ladrillo para trabar la puerta atravesado en el camino.

Mañana. No esta noche fría que la tomaba cansada por la espalda y la cintura. Otro viaje más y ya eran incontables, malabarismo rutinario para componer el rompecabezas de objetos para lavar y ordenar: los vasos, las jarras, las tazas, los infatigables trapos de enjugar líquidos y migajas. Dos manos es poco, sobre todo si hay que atravesar el patio en cuatro zancadas exactas: la primera sorteando el umbral del comedor, por dentro zócalo carcomido, por fuera sobrante congelado de baldosa; la segunda, en firme y oblicua línea ya trazada de losange negra a negra, donde debía estar una blanca; la tercera subiendo el escalón nimio pero traicionero donde los novatos tropiezan siempre, absurda marcha que no marca el fin de nada, todavía dentro de ese medio-afuera, intemperie recogida a medio terminar, aire libre en invierno que en verano se revelaba exiguo. Y la cuarta, por fin para acogerse al sagrado de la cocina, exacta isoterma siempre grata en el sentido de la entrada.

Las zapatillas de Unodé estarían húmedas y frías al día siguiente; el ladrillo se convertiría en un juguete más, tan indefenso y entregado al primero que salga y habrá que buscar otro. Cielo adivinó además un cúmulo de objetos en la semioscuridad, juguetes de un día laborioso que dilatarían la lista del por hacer, por juntar, por ordenar. En el comedor, él acercaba los respaldos a la mesa, esperando a Cielo y al mate.

-Quedan estos vasos todavía.-

-Mañana.

Unodé grita en sueños agitados, presentando batalla todavía, a un enemigo invisible. Otrodé rezonga, mientras él apaga la luz del cuarto. Afuera, los árboles desnudos se yerguen, negros, en un consenso de ramas que claman en silencio.

Cielo se estremece al calor del primer mate en sus manos, que él recibe suspirando, exhalando también, como las tablas del piso, migajas de palabras, saludos, réplicas que se le quedaron dentro. Cielo sonrío, a la soledad, al silencio, a la noche. Él recibe el mate y su mirada, el roce de su mano, como caricia tácita. Sabe que una noche semejante sólo puede inaugurarse de una manera, que ella comunica en el agua caliente de la pava, tres cuartos llena, vierte por el pico gracioso y lento e infiltra en el dibujo misterioso de las hojitas húmedas y burbujeantes. Palabras recónditas, locuaces, seductoras. Espantan a las otras, ruidosas, que llenan la habitación, oscurecen las hojas de los libros, opacan las volutas del bargueño y crujen como arenillas bajo las patas de las sillas, molestando todavía. El brebaje es de acción lenta, pero deliciosa y ejerce en ambos un efecto seguro, casi no se miran pero besan el lugar donde besaron los labios y no pueden resistirlo. Si sus ojos se cruzaran en ese instante, lo echarían a perder. Suerte que haga tanto frío... Pero aún... aún... "una audiencia... vos sabés lo que es una audiencia... tiene un clima, una preparación, es casi una puesta en escena, concentración, y todas las lecturas que tenés...son cuarenta años, no es poco, y no se disimulan las ganas que tenía de leerlo, vos me dijiste que lo tenías... yo no te creí... podés creer, ¡un enano! te lo juro, yo no la invito... o si no le invito el amante ése que vos no conocés lo que es ... de este alto, no te miento: en una semana lo leo, pedí postergación y me perjudico, pero claro, ella quiere venir... créeme un abogado enano, te lo devuelvo yo leo rápido cuando quiero, no la invito, ¿me podés creer?..."

Unodé expulsa las palabras, que también se metieron en su cama, en la mitad de abajo, donde no llega y siente los pies fríos. Ella tira con rezongos y un coletazo de frazada que cae sobre su hermano que tiene el sueño tan pesado que ni lo siente. El mate es una risa tibia y callada ya, que se va apagando en las manos de Cielo, que apura los gestos del orden. Mañana es día de madrugón y hay que apagar las luces, cerrar la llave del gas y celebrar el conjuro que ahuyente un poco la muerte. Ella echa la llave a la puerta como quien pone un punto. Ella cierra la cocina sin mirar el calendario. Las palabras ya están desinfladas como globos de domingo, la

mañana del lunes

Cielo se desviste ensimismada, no de espaldas sino de frente, que de espaldas le parece vulgar. Descalza un pie y el otro en dos pasos cortos y rituales, se quita el pantalón de lona azul y descubre sus piernas enfundadas hasta la cintura en medias blancas, abarcada exactamente por el círculo mágico que retacea el velador. El suéter levanta la melena y los brazos que caen lentamente bajo la mirada de él, detenida ahora que la camisa la vuelve fantasma, anacrónica imagen con puntilla barata hasta el cuello, que la pantalla vela y disimula. El captura fugazmente los senos erguidos con pezones enhiestos de frío y toma la instantánea. Espera su danza, su acercamiento envolvente y seductor, pero ella apenas sonrío, se arrodilla en la cama y burlona, toda ojos sin pudor espera su número. El rehuye el círculo de luz de su lado, le da la espalda con un vago prejuicio. Un aire dulce de otoño a pesar de que el león transcurre, momentáneamente se cuele por las jambas carcomidas. El círculo de luz espanta el polvillo, la pelusa blanda en las tablas apolilladas del piso, sólo limpias en el reducido sendero de tantas noches. En el medallón vacío de las sábanas, Jano reintegrado se mira en los ojos y se encuentra a sí mismo extrañado quizá del rostro izquierdo regio y anhelante de unidad, extrañado tal vez del diestro que se abre.

Cielo, el pasado, el regreso, consiente la acometida en un vaivén que miente resistencia. Cómo no permitir que el rey se acoja a su regazo húmedo de humedades propiciatorias. En el puño del cetro se agolpa ya el futuro. Un gemido que es risa lo convoca. Y abre el olvido del tiempo y la distancia. El estruja unos senos erizados que son suyos, ella surca la piel de una espalda que la sostiene. Quién sabe si en el fondo la vagina de Cielo no repara una antigua mutilación, no celebra el hallazgo de una identidad perdida. Ella es la llave del enigma, que desquicia, nocturna, el ultraje de andar por el mundo en dispersión. Quién sabe si en el vértice, el animal en celo no ventea guarida abandonada, que en un tiempo feliz habitó con deleite. Quién puede desmentir que piel y piel no fueron sino piel entonces por instantes de pasado y futuro, sometidas a desgarró inevitable.

Cielo ya no es una niña. Aprendió a conocer la oportunidad de cada uno de

los pliegues de su piel y de sus nervios. Ya ha recorrido los siete cielos en una nave que es un relámpago y un vértigo, un empujar profundo del verso a la reja. El agota su sustancia en un remedo gimnástico del salto. Más abajo de la frente, en la unanimidad de su centro, Cielo entorna el tercer rostro. Umbral del presente que los mira, ahora rotos y quebrados, en la soledad absoluta de su cáscara una y dos, donde se pinta el recuerdo de lo que fue sin tiempo un yo perfecto, sin fisuras.

Él se despierta primero y en la punta de su pie encuentra un pie tibio y en la media conciencia lo cree suyo. Siente la cosquilla en su planta y ya se está moviendo ella. Por la ventana vertical las ramas se ven confusas, veladas un poco por la niebla y por el polvillo de los cristales. Sobre él, el aliento de la noche se hizo espeso y le robó al cuarto un pequeño milímetro más. Cielo encuentra el reloj al pie del velador, él no encuentra algo, ya de pie, tiritando. Cielo piensa dónde puede estar, mientras se pone ella también con los cajones de la cómoda. Con los ojos en sus dedos halla un par de medias envueltas en sí mismas, que vuelan a las manos de él y se desarman en un instante. Unodé ha corrido al baño y se oye su chancleteo cruzando el espacio helado y arrojándose al baño caliente que se oye tan diferente a la cocina. El se ha puesto la camisa y los pantalones del tío. Es que la entrevista es importante, merecedora al menos de cierto empaque, bien que modesto (pantalón ajeno, gris de tiempo, camisa pasable en puños y cuello, vaya a saber el resto, zapatos cuadrados cuando se usan puntiagudos, elegantes, saco pelado en ciertas zonas previsibles) Cielo contempla el resultado y anticipa una mañana larga en expectativas. Abridada en el negligé raído de su primer embarazo que cuela frío en su amplitud sobrante, ya está en la cocina encendiendo todo lo que puede encender con un fósforo, disponiendo las pavas, cortando el pan. La heladera le sopla en las manos un aliento hostil cuando le arrebató dos potes demasiado livianos. Estira como puede la margarina, que en los bordes del pan conoce los límites de la materia, los cubre entonces con mermelada, sabor a cáscara de fruta desconocida y edulcorante permitido y apenas les echa una mirada las dos

pavas le chiflan que ya es tarde. Los niños, en el comedor, discuten el tamaño de las tajadas y ellos en la cocina, de pie, intercambian frases y mates.

-No te hagas ilusiones.

-No, pero quién sabe. ¿Las fotocopias?

-En la biblioteca, si nadie las movió anoche.

-¿Y la tarjeta?

-En el bolsillo. No te preocupes, después de todo, aún si esa cátedra sale, no es la lotería.

-Pero.... Cielo encarece, pensando que quizá sean las dos últimas cifras, o un premio chico, de los que salen en números minúsculos, algo que sumar con otros pequeños premios y hacer un kilo de carne, o una mermelada de frasco, auténtica, identificable, o un pan de manteca.

Él ya tiene el sobre café que contiene certificados de certificados, fotocopias de copias, auténticas y selladas. Sus premios y sus becas, sus diplomas reducidos y la tarjeta en el bolsillo del saco envejecido. Y su orgullo de aspirante calificado. La firma de la tarjeta es un enigma, un jeroglífico inútil de descifrar, estampado por un amigo del Agente, ex-rector de un colegio suburbano. Hoy, jubilado, lleno de amigos y chismes de retiros, siempre dispuesto a hacer un servicio extendiendo tarjetas de favor. Y el Agente le habría hecho uno al parecer, alguna operación ventajosa, compra redonda o venta difícil. El Agente le ha dicho a él que vaya con confianza, que cualquier lugar que hubiera era cosa hecha, que su dedo índice era mágico y abría puertas con facilidad. Si va a esperar, mi amigo, que lo vayan a buscar... acá corre el dedo, mi amigo, el dedo poderoso que toca donde hay que tocar, vaya, vaya con confianza... Y él va desconfiado, con la llave del auto que en la mañana invernal estará de mal humor, reacio a mover sus fierros entumecidos, la grasa congelada de sus articulaciones y roncará en falso, como animal huraño. Cielo lo acompaña a la puerta apretando en la garganta el abrigo delgado sobre el camión. Cerrá, dice él con un beso rápido.

Cierra ella la puerta, cierra el mundo y corre al comedor, donde los niños han liquidado el desayuno y luchan con las zapatillas y los botones y los

abrigos, que se defienden con desnudo. Cielo interviene a favor de los niños y doblega a los vestidos con la superioridad de su fuerza y su pericia. Ya corretean afuera exhalando nubecitas de vapor como si fumaran compulsivamente, inventando rayuelas diferentes con trozos de carbón. Cielo se encierra en su cuarto, dispuesta a vestirse rápido, dejando la ducha para cuando salga el sol. Entrecierra los ojos con pereza, pero toda la magia ha desaparecido. La luz del día, torpe, se cuela revelando en un ángulo la inmensa mancha mohosa, una gigantesca provincia de San Juan, un gigantón de poco seso con falo pendiente y amarillo que ofende al celeste vivo descascarado que forma una geografía imposible. Desnuda la luz ese rincón de trastos, intransitable, la tapa del sótano evidente remendada que ella evita en un paso largo al ir al ropero. Ella imagina el antro como un infierno de tres metros de alto, repleto de arañas que viven del polvo y las hilachas, tejiendo redes de un extremo a otro. Ella imagina el estrago cada vez que un trasto se vuelve prescindible y corre con un pie una tabla de las que tapan uno de los boquetes para arrojarlo al infierno. Tarda en caer el trasto rebotando en las redes, arrastrando en su viaje las telas cuidadosamente simétricas, trabajo de meses. Ellas recomienzan enseguida la labor, apenas bajan las nubes de polvo que levanta el proyectil, incansables. Cuánto tardarán las tejedoras en recomponer la trama. Cuánto más en llenar ese cubo siniestro de hilos grises hasta hacerlo compacto, un cubo de nada, gris, sutil pero cohesionado, nube de telas de araña privada de vuelo, tormenta aprisionada en las entrañas de la casa, justo bajo el lecho, amenazado de hundirse cuando las polillas, que son parientes de las arañas, terminen de carcomer las viejas tablas del piso, abiertas aquí y allá en heridas rectas y secas que ya no cicatrizan. Aunque él las ha restañado con tablas desparejas, también viejas, que no admiten más clavaduras.

Cielo no mira ya la provincia de San Juan, gigantón de vientre hinchado y falo pendiente, no mira la tapa del sótano donde las arañas tejen sin rumores ni alardes. No mira el cielorraso que no es de raso sino de arpillera cosida cuyo destino de envolver cebolla se frustró en la tienda y fue a servir de cielo cercano, no plumizo sino café, corteza de pan, encerrando tormentas de cobre, lluvias de tierra, relámpagos de arena, nada de raso, la arpillera



cosida sostenida por alambres que cruzan tres veces el cuarto. Las combas de la tela acercan el cielo al lecho en nubes desparejas rellenas de yeso caduco que varía su forma como las nubes de afuera. Cielo fantasea, en horas sombrías, que la tela cae en cataclismo sobre ellos amortajándolos unidos, haciendo que se toquen en amplia caricia cielo y tierra, tela y piso, burdo hilo de envolver cebollas convertido en tierra y madera vieja, porosa de años, vacilante sobre el mundo de arañas que tejen alimentadas de polvo e hilachas. En el medio ellos, en la tumba del lecho regresando, con la casa hecha cenizas confundidas, al centro de un mundo también decrepito y caduco.

Pero sólo se ha caído la arpillera en un rincón, el rincón de los trastos, al soltarse un alambre que cae en una oblicua desordenada. El jirón ha soltado de sí un puñado de yeso como una nube de utilería que estalla en chaparrón. Y tras el yeso, el agua que se cuele por una chapa abierta e irreparable. Y por la chapa la luz, la luz del cielo de afuera, cáscara final de un mundo que Cielo adivina decrepito. Los niños llaman al rayito, ojo del fantasma, que a media mañana se manifiesta, espiando desde arriba los sucesos de aquí abajo, proyectándose limpiamente sobre el piso.

El Agente tocó el timbre apenas Cielo terminó de vestirse. Ella oyó el alboroto de los niños desde el cuarto, en el extremo de la casa y recorrió el largo trayecto hasta la puerta preguntándose quién sería, mientras con su ojeada en marcha registraba el desorden por todas partes.

-¿Cómo le va, mi querida señora? con el dejo de burla de siempre. Algo de ellos le excitaba el deseo de tomarles el pelo, de ser ostentosamente vulgar y groseramente paternal.

-Su marido no estará, supongo, a estas horas. Pero igual me dije que bué, parece que hay algo que puede interesarles.

-¿En forma de qué? apura Cielo retorciendo la expresión para devolverle algo de mala leche.

-¿En forma... cómo me dice? No, yo le explico cómo son las cosas.- Los niños ya están tirándole de lejos bolitas de papel a los pies. El hombre oscila

en un vaivén como de tango. Es su costumbre, su forma de descontrol. Entonces Cielo lo hace pasar al comedor, donde la penumbra hace suponer, sólo suponer, grandes muebles oscuros e hileras de libros donde se mire. Ella está en su terreno, él tal vez no, la luz del sol sobre las ruinas es su medio. La tasación y venta de ruinas, su oficio.

-Mire, señora, yo sé que ustedes quieren, necesitan, irse de aquí. Yo le aseguro que hay quien vive peor. Por eso le hago la gauchada de mandarlo de parte del doctor Echagüe. A lo mejor son unas chauchitas, pero un poco aquí, otro poco allá. Y ese sí que me debe un favor, un negocio... terrenos, invendibles, un clavo remachado. Yo los vendí, al Estado se los vendí...

-Que nos queremos ir es obvio, ahora... hay que ver si está a nuestro alcance... si son otra vez cuentos de colores (la mención al fracaso anterior lo pone humilde, humilde para afuera, como todos sus ánimos, máscaras para el cliente. Aunque sí obtuvo su ganancia aquella vez. Por eso su contrición es histriónica, efectista y efectiva, la del vendedor que a diferencia del artista sólo cobra si convence. ¿Quién es Cielo después de todo, rodeada de muebles oscuros y libros en exceso? Casada con un intelectual inútil para desenvolverse en la vida, llena de hijos que la estorban para meterse en un monoambiente o en una de esas casitas que podrían comprar por el valor del auto inservible y unas cuotitas. ¿Quién es esta mujer que desmenuza sus dichos y no corea admiración ni siquiera por cortesía? Entonces disfraza de cortedad lo que es puro desprecio: -Es un sistema de construcción en el que el comprador abona el terreno y después le hacen (subraya el dativo nunca más interesado) la vivienda no tradicional en veinte días, un mes si hay lluvias o huelgas. A la entrega usted abona el veinte por ciento del total más el gasto de flete en obra y los impuestos. Y al ocuparla sesenta cuotas fijas de trescientos mil. Se escritura después, pero los gastos ya están incluidos.

-¿De dónde sacamos el terreno?

-Lo eligen ustedes.

-¿Lo financian?

-Hasta cierto monto, hay crédito.

-Dígame el monto

-Dos millones.

-Nada más.

-¿Qué quiere? No es para San Isidro

-Comprendo.

-Pueden verlas en estas direcciones.

-Por dentro también quisiera...

-¡Querida señora... si la dejan entrar!- desaprueba el diálogo, las réplicas de Cielo no siguen el estándar de su repertorio de vendedor.

Ella calla, el hombre se rasca sus canas ensortijadas con un dedo ensortijado, aferrando con la otra mano una cartera sobada de plástico negro rebosante de folletos, pagarés y planos. Los niños seguían su diálogo paralelo: "Nos vamos a comprar otra casa. ¿Otra? si ya nos compramos una vez. Sí, era chiquita, al lado había una cancha de fútbol y en la esquina una montaña de tierra altísima... bajábamos corriendo y saltábamos la zanja. Porque si te caías te comían los sapos. ¿Y porqué no los cazamos los sapos? Porque estaba lleno el fondo, eran demasiados y había lagartijas y un pozo ciego. ¡Y perros! había perros chiquitos del vecino, los tocábamos a través del alambre... si nos habríamos ido a vivir..."

-Hubiéramos.- corrige Cielo

-Si no nos fuimos a vivir al final.-

Ella retiene estas palabras que dice Elmayordé con escepticismo brutal y el Agente suspende la búsqueda del folleto correcto. Se ha quedado suspensa en aquel sueño. También recuerda la calle de tierra la primera vez que fueron con las llaves, el porche firme de baldosas veteadas, la reja verde erguida, los dos cubos conectados por un paso pequeño y el bañito donde se oficia sin dar un solo paso: de frente, reverencia al lavatorio, enjuague lustral de manos, vista al espejo que la muestra hasta los senos sin pararse de puntillas. Luego, giro sobre sus pies hacia el toallero. La ducha mínima dando la espalda al inodoro y saliendo la pared que se romperá cuando construyan los dormitorios que faltan. Media casa fue porque la otra mitad se la llevó el juicio y los abogados de un mal arreglo. Al Agente se lo llevó su prudencia animal, deshecho en explicaciones y puñetazos de buena fe que lo exculparon finalmente. Hubo un dinero que se fue pero no regresó y un hundirse nuevamente en esos pisos que ya no resistían los tacos de Cielo, en

estos muebles inmensos que magnetizan el polvo, en este patio absurdo que quiere cerrarse y no se cierra. Encalaron las paredes y trataron de olvidar, entretenidos en la espera del Tercer día que recién se anunciaba.

-Señora, el folleto, y los espero con el terreno. Vamos a la empresa, los presento y firmamos los papeles, la hipoteca, ¿me entiende?

-No.

-Mientras se pagan las cuotas la propiedad es de la empresa, como con cualquier banco. Si le están financiando el terreno usted toma un préstamo, pero si a usted no se lo dan, a ellos sí. ¿Ahora?- Despliega la evidencia con descaro, ganas de irse de allí. Los niños lo escoltan y ven a su madre disonando con ese hombre altisonante que sin embargo es recibido y escuchado. Y vuelto a ser recibido cuando se aparece con su sonrisa vendedora. Sabe dónde se oculta el posible cliente: debajo de las piedras, en las rendijas de las ruinas, entre escombros de guerra, gentes que no pueden ver la luz de los bancos, que no pueden exhibirse en solicitudes, los del quién es quién de una sociedad paralela, que viven sin saber unos de otros, víctimas fáciles de policías ociosas y hambrientas o de inhibiciones legales que los rechazan en el primer mostrador.

Él entra arremetiendo contra la puerta y detiene en el aire todo movimiento. Al grito de Papipá los niños se precipitan y lo rodean. La media mañana pone sol en el patio y suaviza toda sordidez.

-Me dieron seis horas más, Cielo.

Auspiciosa, decide que la hora avanza benéfica. Se sonríen. Ella ordena los hechos en clave de sumar: la visita del Agente y un poco de trabajo más, una pequeña esperanza. Si él hubiera regresado cabizbajo, mascando un fracaso más, la ecuación Agente-tiempo perdido hubiera dado un nublado de tristeza, un remontar la cuesta otra vez. Pero él desgrana ya los avatares de las horas transcurridas, reclama un mate, se resbala los niños de los brazos, las piernas, y hasta del cuello, donde el menor cabalga no se sabe qué victoria.

-Una hora lo esperé al Fulano en la secretaría. Vieras qué lindo lugar: gimnasio grande, espíe la biblioteca... tiene algo de salesiano, no sé si en la

media caña entre la pintura marrón y la pintura cremita o en la galería que se pierde... pero más reducido, y más moderno. Me recibió con mil disculpas el rector, revisó el currículum y se puso serio. Ahí me di cuenta de que había algo. Después empezó con la historia del colegio, el fundador, el espíritu y todo ese rollo. Y entonces sí, la justa: la indisciplina de los cuartos y los quintos y en fin, que hacía falta un profesor varón, que ya habían renunciado dos mujeres este año, y las sospechas, que lo tienen mal y le pueden costar el puesto. Eso no me lo dijo así. Drogas, en los baños... los tienen ubicados y los va a echar y hay que tener al resto. Y bueno aquí está el horario, este es el cascabel -blande la hojita- y mañana empiezo a correr al gato.

-¿Y la tarjeta?

-La perdí por el camino. Dale con el mate.

La misma tarde salieron a buscar terrenos. Se trataba de encontrar algo sumamente barato, inexistente en el rubro lotes del diario, sin importar el tamaño, donde poder erigir la casita del plan.

-Una vaca necesita una hectárea para sobrevivir. Un hombre mucho menos. Un metro con ochenta para dormir, un techo a poco más de dos metros sobre la cabeza...

-Pero el hombre busca la hectárea afuera, sale de la cueva donde duerme y busca el sustento en los alrededores, husmeando la caza y la pesca en el coto de todos. Por eso es problemático. Unos y otros animales merodean la misma manada y disputan ese territorio que es de nadie. Para asegurarse una parte hay que sumarse al clan del jefe, el más fuerte, que marca los límites de la zona y permite que sus secuaces sobrevivan.

-Pero hay quien carece de instinto gregario...

-Y no se asocia al mono guión...

-Por no compartir su hembra... ¿Por dónde agarro?

-Por donde quieras, pero seguí más lejos, todavía estamos en zonas caras.

Van en el auto, que hoy está condescendiente y se deja llevar, con la hojita del diario en la mano de Cielo como un mapa de ruta, los niños atrás, dispuestos al paseo que promete ser largo. El auto es la casita aquella que

perdieron, el saldo de la operación desventajosa, estafa –si hubiera habido pruebas- que de hogar en ciernes terminó en cuarto sobre ruedas, casa mínima, techo y piso, ventanas amplias y luminosas y la magia de ir de aquí para allá como si quisieran cambiar de vecinos y buscar barrio, donde afinarse y detener el motor que la pone en movimiento y ser casa otra vez. Casa que los albergue cómodamente sentados, mirando por la ventana, uno al lado del otro, los de adelante y los de atrás, mirando aquellos lo que tienen enfrente por el amplio ventanal del parabrisas y los otros por la luneta el camino recorrido. O merendar amablemente como ahora galletitas que Cielo convida a los chicos y a él, desparramando migas por el tapizado que se limpia con dos palmadas.

A veces, cuando el caserón ruinoso los expulsa como bestia enorme que se sacude parásitos, salen en el auto en busca de paisaje, más allá de los suburbios, en excursiones larguísimas que duran lo que tardan los niños en impacientarse de tanto horizonte vacío y disputar el lugar de la ventanilla o los últimos caramelos. Entonces pegan la vuelta y emprenden el regreso a la bestia adormecida, apaciguada y fría por el largo descanso. Ellos traen los ojos renovados por tanto espacio, y bajan estirando las piernas, hambrientos.

Hoy el rumbo es un poco más breve, fuera de la ciudad pero dentro del círculo habitado, donde los terrenos baldíos sobran aquí y allá como huecos que dejan dientes caídos de la boca de un viejo. Por eso será que no parecen sonreír las barriadas bajas, aisladas del resto por exiguos arroyos de cauces enormes, como para albergar torrentes. O extensos predios fabriles con galpones altísimos para guardar maquinarias enmohecidas, ociosas, o terrenos fiscales, los más abandonados y yermos con cercados que cuidan la propiedad fantasmal de cardos y yuyales. Montañas de residuos se levantan en las esquinas, que se abren vacilantes a anchas avenidas de tierra apenas hollada. Carteles de lata oxidada anuncian loteos antiguos, otros, caseros - blanco sobre negro- equivocan la ortografía en su lacónico mensaje que ofrece mano de obra insignificante.

Guiados por los avisos, ambiguos en su jeroglífico, y por la intuición, ubican algunos lotes en venta. Él baja a veces y pregunta a vecinas

distraídas qué servicios adornan estas calles... luz, casi siempre, a veces gratuita con un artificio de lo más fácil. Y por todos lados anuncio de cloacas futuras, gas natural o entubamiento de riachos malolientes. Pero mirando la zanja que hierve de ranas y verdísimos juncos casi se ponen a desear que todo quede así... ¿Te gusta? Bucólico, campestre... qué hermoso atardecer... El arranca con la certeza de que todo quedará en un gasto extra de nafta.

El otro extremo de la ciudad, simétrico por el sur -vienen del oeste- no es muy diferente. Sobre el suburbio de este lado planea una mítica gloria de hazañas antiguas. Barrio bravo lleno de metáforas de fuerza y coraje. Se nota el orgullo indígena, una fisonomía insolente en los comercios de la avenida, ex camino de cintura con cierto aire de frontera en la vía muerta que agrega hierro a la mineralogía de las almas. O en el club local que anuncia en la pizarra sus actividades. Lejos de la principal, hay terrenos vacantes. Los recorren con ojo crítico. Aquí, por ejemplo son optimistas con respecto a una cierta solidaridad, cierta compañía, a condición claro, de mimetizarse con las vecinas que salen en ropa de entrecasa, a hacer la tarde por las verdulerías, o con los púberes que gastan cierta esquina, esperando que abran los videojuegos al anochecer.

-Acá es más caro- dice él mientras piensa qué diferencia éste de aquél barrio. -El descampado, allá son campesinos, acá orilleros- acierta y se conforma con la sociología al paso mirando de reojo a Cielo que va tachando un recorrido en la hoja llena de patitas negras.

De regreso, asfixiados ya por el aire enrarecido del coche, los niños descomprimidos se desparraman en su cuarto. El vuelve a mirar los folletos del Agente, los planos simples de la empresa que muestran tres tamaños de interiores. La más grande presenta un trazado impecable, una distribución brillante. Los tres dormitorios en torno a un paso pequeño destinado a marcarse de huellas y huellas, sin duda el lugar más frecuentado. Los dormitorios son pequeños, calculados para aprovecharse hasta sus rincones, dos camas cada uno y una yapa angostita. Cielo imagina a sus niños, espalda contra la pared, arrojando un dado al centro del cubo, donde yace un tablero de juego. O la pila de zapatillas, una sobre otra, coincidiendo a distancia de lanzamiento normal a esas edades. Un dormitorio al frente, el de ellos, y dos

hacia atrás convergiendo al baño y en oposición al comedor, exiguo, la cocina justa de cinco baldosas de ancho, en una línea el mostrador, el gas y la piletta y nada más. El falso chalet se termina con una cochera techada por el agua que de frente queda a la izquierda. Dechado de vulgaridad, la casita es sin embargo tentadora, nuevecita, limpia y fantasmal también, dibujada en el deseo, en la posibilidad.

-¿Y los libros?- (Tapizando los muros de cartón, placas de portland por fuera y plástico por dentro, irían los libros en la habitación, comedor y sala, harían necesaria una gimnasia especial: por ejemplo, al salir de la cocina hacia el baño, un salto hacia la primera silla que encontrara el audaz, de allí a sobre la mesa, descender al otro lado, tomar un libro quizá para leer en la amplitud del baño y bajar finalmente al nivel del mar, es decir, al pasillo pequeño, cayendo justo en el lugar, suponiendo también que en el camino no topa con nadie. Ahora bien, si el morador quisiera pasar a un cuarto, entonces el salto en chanfle, conseguido tras un riguroso entrenamiento, posible en los niños, livianos y elásticos)

-Los libros son otro hijo- sentencia él. Y Cielo asiente, se ensombrece, recuerda una vaga inquietud frente al almanaque de la cocina salpicado con mariposas discretas, único instrumento que su empecinamiento y su natural supersticioso admite.

## CAPITULO SEGUNDO

Deliberadamente estruja la ropa mojada tratando de que quepa toda en el balde. Las piezas empapadas, blanco del primer jabón pesarán fácilmente el doble. Iza el balde chorreante del interior de la piletta y lo apoya en el piso.

-Te ayudo.

-No, dejá, yo puedo.- o

-Sí, por favor, me puede hacer mal si es que...

Él toma la manija, se le estira el brazo y balanceando el otro en busca de contrapeso, llega al medio del patio, bajo las sogas del tendedero. O...

Él sigue de largo dejándola allí, junto a la piletta gris enorme,



arremangándose el brazo derecho, tanteando la manija. En un esfuerzo levanta el balde lleno y decididamente, aunque a los tirones, da tres pasos hacia el patio. Allí lo pasa a la mano izquierda, nuevo tirón del brazo hasta el hombro, de allí a la cintura, la pelvis se resiente y ya está bajo las sogas.

-Yo te cuelgo en la más alta.

-Sí, por favor, ese movimiento... dicen que es malísimo.

En puntas de pie con dos pinzas de madera revolea la primera sábana chica. Después, una a una todas las piezas del balde, los brazos rectos arriba, un saltito donde el hilo se escapa más alto. De vuelta se detiene frente a la sansiviera, de un metro de alto, en un macetón de barro. El rayo de sol de la mañana, que ya sorteó el rascacielos de la esquina, cae dos baldosas más allá. La planta, en sombras, casi en el paso. Tendría que pedirle a él que la corriera junto a la otra. Pero...

Tomándola con fuerza, rodillas firmes, cintura quebrada, el abdomen poniendo en obra los músculos, pega el tirón con un *hop* marinero. Algo le cruje en las vértebras cuando el macetón se mueve a su pesar sobre los mosaicos con una queja de arenillas. Jadea ahuyentando un leve mareo, suspira, inspira, desordena su respiración y sigue el ir y venir de la mañana.

Transcurre la rutina de siempre, preguntándose sin embargo qué la completa. Hay algo más, una dimensión que se suma, una sensación física, textura, matiz, melodía que se va revelando en cada objeto que toca. Con todo, la rutina continúa. El lavarropas abierto exhala lavandina con demasía. Los residuos de la víspera liberan su identidad con descaro. Un pregón impúdico sale del cubo y dice cáscara de mandarina, verdura marchita, tierra de papas, cenicero vacío, yerba húmeda, tinta de diario, grasa evanescente y un no sé qué dulzón, pasado de frescura, lácteo sin dudas. Del día anterior, entre las hornallas ha quedado un acento de cebollas, mientras la alacena abierta envía el tarro de café, la canela envejecida, especias que se mezclan en un frasco. Qué quieren decir... qué dice, en fin el polvillo de los libros, la tierra de los rincones.

Porqué despierta la tinta de las páginas viejas y amarillas, la viruta del lápiz. Vuela al baño y es atacada por las esencias del lugar. La náusea en

puerta le recuerda que no limpió allí todavía. Jabón, orinas, pasta, colonia, el vapor de las duchas de ayer, el cloro. La mano abierta de nudillos blancos ayuda al vientre sublevado que expulsa lágrimas y lágrimas.

Estas cuentas no pertenecen al álgebra, ni siquiera entran en la teoría de la relatividad. Se parecen más bien a las sumas del almacenero o a la edad de las actrices de cine. Dan lo que yo quiero. A ver de nuevo: veintiséis hacia adelante, un futuro que ya pasó. Nada más que para ver si es posible. Yo siempre recuerdo esas cosas. De aquí para atrás, del hecho posible, no verificado todavía (todavía, todavía con el dedo en el casillero rojo de este domingo que no fue rojo... ¿voy al baño a ver de nuevo? porque al baño si estoy sola, entumecida, las piernas cerradas para que no escape la desilusión) De este domingo que no fue rojo como dice aquí voy para atrás unos catorce y ésta es la zona que debo recordar. ¿Quién va a verme en la cocina? Desde aquellas ventanas podrían verme. ¡Ah, algún psicópata con largavistas! Si hubiera una muchacha tomando sol... pero es invierno y yo... el próximo verano... Nada. Nada. Nada. ¿Cuánto más conviene esperar? No quiero pasar por ansiosa. Si pudiera recordar. Es que ahora todos los días son iguales. Todos domingos, rojos y negros.

Él, que sale temprano a cavar zanjas, a descargar arena o entrar ladrillos, tuvo dos alumnos ese día. El día de los ladrillos hubo dos y faltaron tres. Por la noche cenamos alfajores... alfajores y café, fruta... él tenía las manos blancas de cal, en el borde de las uñas y el pelo áspero. Y la clase de griego a Szutner fue ese día. Nos reímos de Szutner antes y después. Durante la clase me reí sola en la cocina. Y él me llamó por los aoristos que siempre olvida y yo recuerdo. Les llevé mate y sin que se diera cuenta le saqué del cuello una plaquita de yeso. Lo ayudé con el aoristo y Szutner me miró con envidia y desprecio, él, que quiere delirar interpretaciones y no puede, ni podrá nunca. Nos reímos tanto después que no terminé el alfajor. Debería sentir algo ahora pero no sé qué debo sentir.

Cómo borrar a Szutner, pensamos, la carretilla de arena, la cena absurda, el querosén aromático que se había terminado y los motores que se detienen

junto a la ventana, siempre por la noche, y se apagan. Alguien aguarda y aguardamos nosotros. Breve tensión, breve miedo al zumbido que nos acosa. Hemos hecho una superstición de los motores que se detienen en la cuadra y apagan. En vez de cruzar los dedos, conjuramos el instante yendo con la mente de la cerradura a la tranca, las luces que se ven del frente, la salida de escape por el fondo. Gatos negros, como bebés demoníacos que lloran por las noches, son el mal agüero que derrama sal en las veredas. Luces malas hay que circulan por las calles oscuras de una ciudad desierta y aterrorizada. A veces, sólo a veces, tras apagar los motores, en el silencio restituido y pavoroso, estallan los gritos, los disparos. Después todo pasa, los motores arrancan y chillan en las esquinas. Y nos quedamos barajando dónde ha sido, quién ha sido esta vez.

Pero esa noche no hubo motores. Hubo Szutner, alfajores con café, dolor de espaldas y nada de querosén. Y en el lecho hubo labor. Por eso, esa noche es la que importa, y estos días que parecen no querer transcurrir. Ni un dolor, ni siquiera chiquito, una punzada pasajera. Nada. Esperar, entonces que la sangre quiera bajar. Ya no tomamos precauciones y con él sólo cambio miradas al respecto.

Madre miente la edad, no con palabras, con su aspecto, la tiesura de su espalda, sus hombros de sastre, el rechazo a piropos moderados de caballeros con sombrero que elogian sus tacones rítmicos. Madre entra y regaña a Cielo por no teñir sus cuatro canas. De sus bolsas salen: un suéter a medio tejer, dos revistas de modas y moldes, un par de frascos de dulce casero, lápices de colores, un par de medias ¿grises, dijiste? Me olvido de todo... un par de medias para ella de falsa seda, para usar con pantalones. La hija agradece y amontona los regalos, menos el suéter, que habrá que medir sobre Unodé. Mira antes a su madre, que mira la ropa por planchar, las migas del desayuno, la soledad de Cielo en el silencio de la casa y ve también su rostro nublado, pero no dice nada. Cielo despega sus caderas del apoyo de la mesada, sector de la pileta y Madre ocupa el lugar, toma la rejilla y riega de miguitas el mármol. Entonces enjuaga el paño, vierte encima un chorro hirviente de la pava. Cielo retrocede y se sienta, le duelen

las pantorrillas y suda de tanto saltar a la cuerda en la vereda, casi sin desayunar, porque le gusta remolonear en la cama y sabe que desde temprano, justo cuando el sol llega a su vereda ya están Claudia y Lili y Gloria y si se demora con el café con leche se pierde el primer turno de "dar" y debe aburrirse esperando que las otras se cansen. Las tres son mayores, amigas entre sí que la excluyen porque apenas la dejan meterse en sus casas. Cielo no sabe porqué le niegan ese permiso. Quizá sean las historietas sentimentales, de princesas con cabellos que se enroscan en los tobillos y príncipes que las besan a media página con el FIN sobreimpreso. Revistas mejicanas que Cielo hojea en las raras ocasiones en que se mete en lo de Claudia. Las figuras son preciosas, las niñas de las cabelleras con cinturas que son un punto y faldas que se abren en abanicos inverosímiles, se asoman siempre por ojivas grises, esperando, sí, esperando siempre al príncipe que llega del mundo cargado de imágenes. Esas mismas princesas las tiene Cielo en las figuritas alemanas con brillantes que sí aprueba su padre. Pero son apenas escenas congeladas en su nube de polvillo plata. No hay historia en ellas. Cielo no sabe qué pasó antes de que la rubia con trenzas se sentara bajo el árbol. Ni porqué el conejito la mira detrás del tronco esperando que termine de conversar con el pajarito celeste que sobrevuela su frente. La niña sonrío. Cielo inventa historias, pero siempre son planas, iguales.

Quizá sea que el padre de Claudia fuma en exceso y es abogado. En las medias palabras del padre se adivina un bochorno en esa familia. Claudia pasa muchas horas en la vereda. Pero sí puede jugar un rato al sol en la vereda con las tres que ya usan remeras adherentes, que hacen tintinear esclavas de oro o de plata y conocen gestos seductores para sacarse el pelo de la cara. Y ella con su jumper fruncido, el pulóver de su hermano y las mechas tirantes con una gomita en la coronilla, tan pequeña, inexistente.

Entonces Cielo se irrita, vuelve al hogar, a leer los libros de su hermano que transcurren en la selva, en los llanos de los bereberes, en el Pacífico y sus islas, en fin, en el ancho mundo de los aventureros y los corsarios. Cielo los lee con hambre, porque en ese mundo nadie espera, entonces echa un puñado de brillantina y sueña, especialmente cuando el desdichado corsario

se despiden de Carlota o cuando Carlos de Santelmo gana a Ida de Santaflora al noble Zuleik, el preferido, el amor secreto de Cielo que se pierde por los perdedores.

Mira a su madre y trata de verse, verla. Ella, del tamaño de Unodé, ambas ligadas en dirección de futuro, la misma mujer que conteniéndose a sí misma un día exteriorizó su imagen, naciendo de nuevo en un tiempo nuevo, para verse vivir. Como en ese juego de los niños, cubo abierto por una de sus caras, que deja caer la caja idéntica, ilustrada con dibujo diferente, letras de colores o animalitos. Madre es otra vez en Cielo, y ahora ella en plenitud, individuo que contempla su ayer en la descomposición de su edad, la porosidad de sus huesos anteriores, la distensión irreversible del útero que habitó, sepulcro vacío de su primera vida. Madre ya no obra en el cosmos, no es más que una espera que se entretiene en el privilegio de verse en la hija. Atanor frío que se regocija en la obra nueva y se calienta en fragua ajena, Cielo es caverna que viene abriéndose en partos, que hasta ahora -y quizá nunca- no la han traído en un tercer nacimiento, para que su tercera muerte traiga paz a sus entrañas.

Estuvieron días discutiendo dónde iría Cielo a revisarse y confirmar la noticia. Se estremecieron pensando en los hospitales públicos y gratuitos, donde se programaban partos siniestros y hasta los bebés eran prisioneros. El niño no nacería allí. Entonces, la clínica en la que ambos nacieron, en tiempos en que los padres podían pernoctar junto a la primeriza y el hijo y nadie hacía cuentas o encontraba lujos inútiles. Poco hubo que confirmar, con la certeza íntima que tenían y las náuseas y las repentinas lágrimas y sobre todo un sincero e impensable asco al mate.

Fue entonces que recrudeció la noche. Casi no se podía salir. Cada avenida, cada cruce, cada salida estaban controladas y era tal el desconcierto que muchos perecieron en tragedias sin explicación, pero teñidas de sospechas. El sobrino de una vecina de Madre fue baleado por pasar un semáforo rojo, en pleno centro de la ciudad en lo que fue calificado como enfrentamiento. Un verdulero, al obedecer una orden de requisa en

sus fondos para entrar a otro edificio, cayó muerto junto a unos cajones, dicen que de un culatazo. Y así, salir a la calle, hacer un trámite en el banco, saludar a un amigo en forma llamativa o andar en pareja en auto se convirtió en una lotería sangrienta. La ciudad se despobló de jóvenes. Las cercanías de la universidad sufrieron un éxodo que fundió a propietarios de bares, kioskos y puestos de libros. La guardia permanente custodiaba un edificio vacío, recién pintado con colores de cuartel.

El perdió por entonces -Cielo anidaba su bebé aún sin ostentaciones- su jornal de peón zanjero, por carecer de libreta habilitante, fondo de desempleo, recomendaciones y antecedentes comprobables. Esto, generalizado, desencadenó una deserción que los diarios metamorfosearon en repunte auspicioso de la demanda de mano de obra. Eran los días en que se popularizó una especie de atraco callejero. Consistía en una requisa forzada, que el ratero apuraba en nombre de la seguridad pública. Nada más fácil, disfrazados con camperas de lona, gorras de campaña y botas o borceguíes se alzaban con relojes de acero, anillos de compromiso, abrigos de gamuza. Tras el atraco, el despojado suspiraba agradecido. Dejaron pues de usarse joyas y relojes y sobre todo, desaparecieron los abrigos de gamuza, ya sea para no tentar o simplemente para no pasar por sospechoso ya que se difundió el consiguiente rumor de que sería necesario portar, en el bolsillo de dicho abrigo, la boleta de compra, debidamente autenticada.

Cielo también se encerró en el pantáculo del departamento que entonces alquilaban los dos y dejó transcurrir los días y los meses. En los recibos -y esto les pesaba- jamás rezaba el mes próximo pasado. El que pagaban en mayo decía marzo y el de junio, abril. Pero para Cielo el tiempo se medía con otra minuciosidad. Se contaba célula por célula en su creciente progresión. Nunca estaba sola, el rumor del ajetreo allá adentro la seguía, los latidos nuevos y veloces le sobresaltaban los propios, los primeros, mientras el espejo le mentía mostrando una sola imagen, donde debían verse dos. Se puso voraz. Espesaba la leche con sémolas o féculas, engordaba los caldos con pastas de formas caprichosas y ensopaba pan donde fuera, en jugos siempre exiguos, cedidos por él que rumiaba frugal y salía a buscar una changa, un salvavida cuando las paredes se le venían y empezaban a

oprimirlo como oprimen a los hombres ociosos.

Entonces Cielo aprovechaba para leer, para preparar los últimos exámenes, resumiendo páginas y páginas para hacerle camino a él. A su placenta llegaban, con las sopas y los flanes, amargos conceptos literarios, duras historias semejantes a la suya, letras de sangre y de hiel, delirios de hombres solos, de poetas asesinados. El niño se alimentaba de su siglo crudo, aprendiendo también que fuera de su huevo un tejido de palabras, admonitorias y crueles lo envolvía. Su madre asimilaba, adentraba, comprendía y después, atenta al plazo que la acosaba, emprendía un camino diferente. Había que reducir el cosmos que leía a los mezquinos rubros del programa de examen. Entonces ordenaba datos y fechas, biografías y avatares históricos, letras muertas que habrían de verter sobre las mesas examinadoras.

Por la mañana no hizo más que pensar en el regalo para el bebé de su hermano. Un puñado de monedas y al kiosko de la esquina. Hizo desplegar a la empleada una variedad de sonajeros y absurdos juguetes didácticos demasiado caros, para elegir un conejo polvoriento que le ofreciera la otra con rebaja y el consejo de lavarlo para revivirle los colores. A media mañana llegó él con el desgano del fracaso, sin ánimo de estudiar, dejándose contagiar un poco la excitación del cumpleaños, que ella fingía aniñándose a pesar del vientre enorme y la hinchazón de los tobillos.

-¡Todavía! fue el alarido con que la recibió Cristina, abriendo los brazos sobre la panza y mostrando a los demás con risueño enfado el egoísmo de Cielo al no revelar la criatura. Todos entonces la rodearon, la midieron, las mujeres mayores vaticinaron encareciendo el frío que se adelantaba y sobretodo la luna, que rodaba urgiendo partos. Cielo quería darle el paquetito a su sobrino, espiar su ansiedad mientras rompía el papel, pero lo pasaban de brazo en brazo pintando de rouge sus mejillas y fastidiándolo. Sobre la mesa del gran comedor se desplegaba la sordidez de la pobreza en la factura de las viandas. La cuñada de Cielo era hábil en estos disimulos: la harina estaba en los pasteles, poco huevo y mucha esencia, algo de azúcar, en las pizzas desprovistas de queso, en los bizcochos untados, las frituras con gusto a ajo uniformadas de grasa que se pasaban con naranjadas

sintéticas y vino áspero. Los globos saltaban ente los sobrinos sin que la tristeza los rozara, mientras el hermano se paseaba, desconocido, como siempre bromeando con él y su próxima paternidad, guiñando la experiencia marital del embarazo.

Cielo no terminaba de encontrar su infancia en ese hermano. La imagen no coincidía, velada ahora en una adultez que era ya realidad y negación de tantas promesas, tantos horizontes. En los juegos eran para él las jefaturas, las presidencias, los mayorazgos. Mientras para ella el segundo lugar, la diferencia mínima de años que jamás se alteraría. La eterna hermanita perfecta, la amiga de sus parejas, la pareja de sus amigos, la primera mujer de su vida, y él, el primer hombre de su tamaño, tomado de su mano en las primeras fotografías y sobre todo en la de comunión, pantalones cortos y mirada baja, ella con los tules blancos, el velo y la falda ancha de broderie, sin ramo pero con limosnero, emblemáticos repitiendo a sus padres hasta en los nombres, pareja imposible. La imagen envejecía en el cuarto de viuda de madre, dorándose, inexistiendo con el paso del tiempo, con los sucesivos adulterios de la adolescencia, hasta que la juventud los condujo hacia otras bodas y sus frutos, esos niños que van naciendo de la misma sangre disuelta en otras sangres y abandonos.

Amarilleaba el cuarto sobre los voraces sobrinos y las abuelas enfadadas y el hermano, distrayendo en el festejo el fracaso cotidiano que envolvía a todos como una mordaza.

Cielo maneja su náusea. Le cuesta mantener su antipática negativa a probar bocado. El la mira entre las cabezas que van y vienen, con cierta aprensión, Tampoco él querría interrumpir la fiesta y convertirse en el centro de la atención, desatando quién sabe una caravana de parientes al hospital.

Sin embargo, una punzante llama le trepa por la vagina. Contiene la respiración, apura el aliento y tensa los músculos. Pasa. Madre también la observa cerrar las rodillas y rechazar por enésima vez una silla. Puede percibirse la desilusión de Cristina que vuelve a ofrecerle el ajuar del niño, de madre que no deja de buscarle síntomas, de la suegra del hermano que con pases mágicos desenvuelve masas finas como de milagro, del hermano que desconoce a la mujer-hermana que sigue siendo su primer enigma, de su



sobrino mayor que acecha otro misterio al alcance de su mano. Sólo él percibe el alivio en el momento de echarle en los hombros el tapado que no cierra, besando a todos con la promesa de avisar lo que suceda en cuanto suceda, de aceptar todas las ayudas y reservarles el privilegio de saber cómo, cuándo, qué fue.

Tres kilos de papas, medio de cebollas, un buen pedazo de zapallo, una docena de bananas, tres cuadras en subida a la despensa, aquí varias latas, un paquete de harina, lentejas, yerba y azúcar. La canasta llena del brazo derecho al brazo izquierdo con brío. Paso rápido y ya que estoy averiguo si reducen fotocopias y miro, dos cuadras más allá el precio de las medias. Otra vez al derecho y casi en el aire de vuelta a la zurda. Paso vivo hacia la casa donde los chicos están demasiado solos. Izo la canasta a la mesada, un par de flexiones en este décimo día de atraso, de angustia de plazo no cumplido, de cuenta regresiva que empiezo sin querer, sin querer, y uno y dos y uno y dos. Ahora la escalera que hizo el abuelo, chicos, voy a limpiar las telarañas. ¿A esta hora, má? ¿Y la comida? Sí, a esta hora que ya sé, es demasiado tarde y quién sabe en qué está mi cuerpo que no responde. La escalera, el plumero que no alcanza los seis metros del cielorraso, pero en puntillas sí, allá donde se atreven las arañas y prolifera la roña del gas en estalactitas que se agitan ahora con mi furia. Yo acá arriba, el brazo más arriba con fuerza, el palo que pesa en esta postura y arranca a los músculos de sus sitios. ¡Má, bajate que te vas a caer! La escalera está mal apoyada y las lágrimas de un duelo próximo nublan los ojos pero ven la víctima invisible que no puede quejarse y sin embargo grita en mis narices un olor a polvo y tierra del plumero y grita en mi garganta dilatada en náusea, que gime en el mareo que vuelve. ¡Ma! gritan ahora desde abajo y son varias las voces que detienen el crimen y hacen que la asesina baje la escalera que queda allí, incongruente, pesada.

Llega él interrogando y los niños explican. Unodé pide la comida porque Otrodé anuncia con alarma que en la cocina el fuego está apagado, las ollas frías y no se siente olor a mediodía en ningún rincón. El la busca y la encuentra sentada en el lecho revuelto, allá en el fondo de la casa. Se mira

la punta de los pies con fijeza, conteniendo lágrimas y reproches que no tienen destino, sabido que la trampa estuvo en ella misma, en una noche de frío que necesitó calor.

-¿Estás segura?

-Huelo cada cosa de esta casa, todo me cae mal en el estómago, hay algo en mí que no soy yo, que me asalta, me invade, me copa... estoy segura.

El se queda sin palabras y esto es todo un síntoma. Se le aleja a Cielo a una distancia que no puede recorrer porque no sabe por dónde emprender camino. En su interior asume una culpa que no dice, en su irremediable dependencia de ella, de su cuerpo en riesgo permanente. Sabe que puede embarazarla con la mirada, con una caricia. Que todos los trucos gratuitos fracasan y los otros... oro y platino a precio de dólar. De contrabando por los vetos de la Iglesia, prohibitivos y prohibidos. Qué no podrá entonces el abrazo profundo, la caricia de la piel que es la única fiesta, el solo asueto de los días oscuros. Recuerda la llegada de Otrodé, el plan del crimen esbozado en su mente y en silencio, para allanarle a ella y dejarle la mera sentencia. Pero era un silencio aterrado, avergonzado, tomado por la visión de un feto con su rostro, lanceado en el refugio del huevo, aferrado a las vísceras de la madre entregadora que se mezclaba con la visión de cuerpos con su rostro, lanceados en el refugio que fuera, aferrándose a la vida como a una madre que sin embargo lo entregaba a la crueldad de los asesinos, culpable de quién sabe qué, como no fuera un furioso deseo de vida... No, Otrodé, el inoportuno, el segundo, debió vivir en esos días de muerte. Superstición de acallar los gritos de los muertos con vida pequeña, sin oponerle chapitas cotizadas en dólares o artificios químicos o pases mágicos de látex o jabón... Superstición de no aparecerse por las clínicas negras donde encontrar chupados y bebés fantasmas, caídos en enfrentamientos falsos. Cielo alucina que le extraerían el feto y lo conservarían vivo, como trofeo, parte de su cuerpo y el de él.

-Otrodé tiene miedo de quedarse sin comer.

-Ya voy

-Todavía tengo el teléfono de esa doctora, el que me pasó Sara cuando Edit quedó mientras tomaba pastillas, ¿te acordás? Si querés llamo.

Pero Cielo se emperrea en su fatalismo, le teme a los actos que orillan las playas de la muerte con la vida y ya está en la cocina, improvisando un concierto de sabores, con el aperitivo de sus lágrimas... Sabe sumar los ingredientes, tiene el don. Los domina hasta el punto de obligarlos a dar de sí más de los que tienen. Un guiso resulta al cabo, sorprendente y abundante, mientras él entretiene el hambre con cuentos, juegos con palabras, gritones y carcajeantes. Los niños festejan cuando entra pero aún así no se les escapan los silencios de él, los suspiros de ella que revive en la memoria la llegada de Otrodé, tan seguido del primero, que le desbarató la reconstrucción del desbande de su cuerpo tras el primer alumbramiento.

Desde que la pusieron allí la acosó el deseo de que todos se fueran, para irse ella también. Huir. El reloj invertido, difícil de descifrar, no mentía sin embargo las siete horas exactas que llevaba tendida, con un calor focalizado en el estómago, tras el ombligo. Estiraba el cuello en el solo pasatiempo de verlo discurrir desde la horizontal insoportable. La espera no se alivia con nada y Cielo desea sentir el dolor de una vez. Por ahora es sólo una cadencia rota, una sorpresa que la desafina, un ritmo inadecuado, un ensayo de orquesta que no atrae a nadie. Todos los que la visitan sin hablar están sumidos en una rutina incomprensible. Pero esos acólitos del templo son afables, segundones con ínfulas de segundones, verticales y lejanos. ¿Controlan el proceso? Solo una de las sombras se destaca, pequeño y consumido fantasma con expresión de desgracia, de urgencia dolorosa que frunce el ceño revisando el pulso, que desvía discreta la vista recogiendo la ropa interior de Cielo para llevarla vaya a saber adónde sobresaltándola con la pesadilla de sus bombachas en dependencias lejanas. Pero siente que puede confiar en ella: es la única en calibrar la exacta magnitud del acontecimiento próximo. Los demás, insolentes, frívolos, distantes, profanan con indiferencia la íntima sacralidad del ritual de sangre que sólo le pertenece a ella.

Pero Cielo sabe que nada ocurrirá hasta la llegada de la doctora, que no le

avisarán hasta la inminencia, que no gastará un paso en esa sala sino en el preciso instante que guarda el paso del reloj, en la pared, en ángulo imposible.

El rondará la calle, entre deudos de enfermos, en busca de un periódico que estrujar, tan íntegro de huesos y carnes que debería avergonzarse. Nunca tan lejos, pendiente como está. Quizá entretenido en un papel sin sobre recogido en el apuro de salir, doblado y en el bolsillo junto a la orden de internación.

Cielo ahoga el alarido que quisiera liberar, franco y primigenio, pero los modales la inhiben. El dolor es ya presencia y movimiento, plegamiento profundo de entrañas. El cataclismo ignora ya su voluntad. El rito comienza. El trance se logra. El grito que devuelve garganta abajo le corta la respiración y azuza un nudo de leones en su vientre. Y ellos no reprimen. A simple vista, la cobertura blanca y áspera se deforma en sinuosidades. Alguien serpentea allá adentro despierto y sobresaltado por el mismo mandato. Absurda, Cielo recuerda el jumper con moño que adornaba el vértice del huevo.

Cielo libera ya el grito, enajenada y convoca a los fantasmas. Se apresuran las formas blancas y en su prisa conservan el dejo frívolo que profana. Ella esperaría un no sé qué de grave y propiciatorio. Pero ahí está al menos la pequeña y vieja Esmeria (retiene ese nombre único en la parquedad de los comentarios). Tantea su pulso, pasea sus ojos de los de Cielo a los del imberbe de bata blanca que comanda a los contrarios. Este quiere convencer a Cielo, neófito insolente de que falta aún que el dolor se instale al ritmo que marcan los libros. Una melodía que no termina de definirse. Ella debe provocarla con un fraseo de aire, a través del indómito instrumento de sus músculos. El dolor se va, remontando el tiempo. Es un sonido, una palabra que retorna a la danza del lecho en aquella luna. Esmeria ordena las arruguillas de su rostro, pero no sonrío. Cielo, tan sola, grita el canto que es aullido y lamento, cuya belleza última nadie festeja. Alguien, por detrás prende las luminarias de la escena. Las lágrimas del rostro horizontal, la maquillan, mientras el coro silencioso pero ya eficaz se subordina y trajina según la marcación. Ya está aquí la doctora, bruja, hada sacerdotisa que

sitúa el epicentro con los cuatro rincones de rigor: mirada, mano enguantada con percepción de ciego, túnel abierto revés de la vida, mirada espantada del cordero sangrante. Mientras palpa, fija su mirada velada de pestañas y comprende a la madre. Es alta, de cabello renegrado tirante hacia la nuca, los rasgos tensos sobre pómulos altos, firme entre las piernas abiertas en ángulo imposible. El coro se ordena tras ella, se repliega a foro. Pero Esmeria asiste. Sabe lo que se espera de ella. Con una fuerza impensada sujeta los muslos desnudos con tiras de cuero. La pelvis se levanta impúdica, ojo abierto de terror y asombro que no se puede mirar. Bajo la piel, la danza se acelera. Deriva el ombligo tenso a punto de estallar. Una mano enguantada la penetra, apartando molestias del camino, arrogándose el derecho de la primera caricia a quien llega, héroe desnudo que escribe la fábula de buscar la gloria.

Las formas blancas rodean a Cielo, se entienden con miradas que cruzan sobre la camilla y la saltean. Sabe que no pueden ayudarla, que asume ahora sobre sí, totalmente, la humana condición del desamparo, la irreductible individualidad que trae la muerte, separada de toda solidaridad. Quisiera irse, levantarse, dejar el vientre enloquecido, dejárselo a las sombras y volver luego a mirar los despojos del combate.

Pero sabe que no se irá. Una fuerza incontenible la posee y la recorre ombligo abajo. Es un placer brutal, un orgasmo diferente en su relámpago que viene desde adentro, con un clímax sangriento y total, ¿qué más quedará para sentir en este mundo?

Piel adentro, el héroe da la nave no cesa en destruir buscando manifestarse. Se pierde la noción del tiempo. El reloj huye por la ventana en los ojos estrábicos. Hay el apoyo de un metal helado al que aferrarse con desesperación. La esfera del vientre cae en sorpresivas calmas y retoma su perfección. Pero nuevamente el centro se desquicia. Dentro se combate. No es sólo un centro sino que se parte y dos puntos se distancian con tensión de desgarramiento. La esfera es una elipsis, desenfocado círculo que se estira en ovoide que no puede mantenerse. Ella no es quien es, brutalmente distorsionada en dos conciencias, dos latidos igualmente desbocados irradiando vida en direcciones opuestas. Lo que convergió diverge con furia.

Pero es la misma piel. Y no puede dejar de rasgarse, de lastimar el yo que alberga al otro yo decidido a la luz y el reconocimiento.

El rostro de Esmeria se pone sombrío, anticipa una inminente desgracia. La doctora entorna las pestañas, esperando, animando con voces cortas más al héroe de la cóncava nave que al casco convulso entre el oleaje. El imberbe de bata blanca toma partido, estrujando las costillas de Cielo con las dos manos, como si quisiera matarla. En los breves descansos en los que el desconocido cesa para tomar brío, Esmeria enjuga la frente y hay distensión junto al cuadrilátero. Entonces vuelve, furibundo, el ataque. Ha reunido fuerzas, se juega la vida. Crujen todos los huesos al violentarse el ángulo de los muslos. Desgarra entrañas el ingrato, derramando aguas y sangre. Cielo entera parece escurrirse tras sus vísceras arrancadas a sus corolas de muelles tejidos. ¿Gritan las formas salpicadas de sangre? ¿el cráneo de Cielo hinchado por sus venas crece tanto que roza las paredes de la sala?

Esmeria es una parca pequeña, tocada de blanco que corre de aquí para allá, excitada por la precipitación de los hechos. Dos jóvenes immaculadas toman en brazos al titán exhausto y enjugan de su cuerpo los aceites de la lucha, la sangre que lo cubre de esplendor. La doctora termina de darle la libertad, cortando las últimas cadenas. Lo oye gritar, pero ya es apenas una caverna abandonada, una prisión en el recuerdo, prisa habrá por olvidarla.

Alguien intenta reparar el daño, tejiendo cicatrices, dolor sobre dolor. Entonces reaparece, cubierto de atributos de hombre y es depositado sobre el campo de batalla, tan distinto, tan ajeno. La esfera ya no existe, el lazo ha perdido su materia. El doble centro de la elipse opera ya en órbitas distintas, en la dirección de otra mirada. Los brazos pequeños que se cruzan, los piecitos que emprenden una marcha, el pequeño falo que cobija dardos futuros de fuego.

Un niño no puede nacer con los ojos cerrados y abrirlos a la angustia. Este tiene la mirada de él en el óvalo de ella y de ella también dos hoyuelos que se insinúan en las mejillas con el ir y venir de las muecas. El cuarto se ha viciado de visitas que besan a Cielo, zamarrean al niño, dejan un regalo y se van, no sin antes cambiar frases festivas. Con todo son mucho más discretos

que los deudos de la cama contigua. El bebé es veinticuatro horas más viejo y ya están llegando los de segundo y tercer grado que apenas saben a quien saludar. A veces son Cielo y su crío los festejados por estos y entonces los diálogos y las explicaciones son agotadores. Desde que Cielo bajó de la sala de partos con el retoño encima, mareada y feliz, el rostro de él recortado en los techos de los pasillos deslizantes, las irrupciones se suceden. La distraen de un hambre incontenible que la devuelve a la prosaica cotidianeidad. Una reliquia nauseosa, empero, le recuerda el trance, pero igualmente consiente que él se vaya, vagamente preocupado en pos de arduos trámites en la administración. Aún conserva en el bolsillo del abrigo el papel que recogiera al dirigirse allí, del que ella no sabe ni sabrá nada por ahora.

Las tocas verdes se asoman y preguntan, equivocándose casi siempre. Es que el piso de maternidad no es lo mismo. Las muertes, que también las hay, son celosamente ocultadas y los moños y las flores sólo significan alegrías. Pero cuando aciertan y rodean la cama vecina el niño de Cielo se sobresalta. Son muy ruidosos, y ya están fuera del horario. Ella finge dormir pero no puede cerrar los oídos y hay una abuela particularmente disonante. Con un ojo la descubre, dama de Elche vulgar y sonora, jeta enorme, aros tal cual y un hombrecillo chillón que le hace *pendant*. También hay un adolescente incómodo que se esconde junto a la cama de Cielo. El niño de al lado llora y lo alzan con premura mostrándolo hacia los cuatro costados. El adolescente se niega a mirarlo, impresionado por sus fantasías de partos sangrientos y vaginas enormes y ya está la vieja recorriendo la habitación con el trofeo. Sin aliento, Cielo quisiera reír, pero los dolores se van instalando quizá por el fastidio. El adolescente ha zafado de la gorda pero ahora es la madre que reclama protagonismo. Sus intestinos afuera en primer plano y un "doctorcito divino", que con las propias manos evacuó lo necesario para que naciera el machito. El jovencito huye despavorido mientras Cielo trata de distraerse alzando su niño y poniéndolo a un pecho hinchado y febril. Nada les sale bien y vuelve a acostarlo. El público saborea aún el episodio anal de la otra parturienta, cuando Cielo siente leones en sus entrañas despertando dolores inauditos, traídos quizá por la succión reciente. Se dobla bajo las lanzas de fuego con que le punzan los demonios el útero

vacío. Ahogada alcanza el timbre, pero nadie lo nota. La toca verde llega al fin, ávida de las propinas de los felices, dispuesta a meter mano donde sea y se encuentra el cuerpo doblado en dos, casi fuera del lecho. Huye en pos de un médico que la endereza echando con autoridad a la chusma, palpando bultos que se retuercen en su vientre. En voz baja ordena, la enfermera corre, la chata está en su lugar, Cielo desnuda otra vez, las caderas izadas sobre el enlozado frío. El médico presiona el vientre deshabitado. Las mujeres que se quedaron empecinadas se acercan olfateando que vale la pena y un chorro de sangre espesa mana incontenible del cuerpo sacudido, alcanzando la toca verde, la bata del médico, las pieles, las paredes.

-Firmé tres pagarés para que salgas: uno para la doctora, otro por material descartable y el tercero para la mutual del sanatorio. Ahora tomamos un taxi, pero yo me bajo en casa para esperar el *service* del lavarropas que me juró sin falta que venía hoy. Vos seguís con el nene-divino-abuelita-qué me dice. ¿Él te espera, no?

-Tenía que buscar la cuna, limpiar la estufa, comprar querosén. Sabe que vos me acompañás. Madre toma el bebé y Cielo la sigue, despacio, cerrando el ángulo que se abriera durante el embarazo más allá de los 180 grados. Antes, la espalda hacia atrás buscando el equilibrio; ahora la frente yendo hacia el suelo en reverencia, cerrándose sobre el vacío. Hace frío. El chofer del primer taxi las ve venir, deja de frotarse las manos y les abre la puerta. Las lleva por la avenida, bordea dos plazas se detiene en lo de Madre, que desliza billetes en la mano de la hija y besa a los dos. Gracias musita Cielo y siguen. Atardece, la estufa estará prendida después de reniegos y toses. La cuna también, pero ¿el colchoncito? La vecina que debía repararlo es capaz de haberse olvidado y de haber salido en el momento en que él fuera. Aprieta al niño y piensa que no importa, unas frazadas dobladas y listo. Y con la estufa encendida, vigilando que no se apague y desparrame ese olor a rancho que con todo tiene algo de acogedor, íntimamente amable. Dobla el taxi la esquina ¿mano derecha o izquierda? Derecha, alcanza a pronunciar Cielo, helándose de golpe.



-¿Dónde están esos muebles o después?

-Es lo mismo.

Paga y baja apretando al niño hasta el ahogo, esquivando las sillas del comedor, las bibliotecas llenas que salpicaron sobre la vereda algunos ejemplares, la garrafa y la estufa, helada, la cuna y el colchón grande y todos, todos los trastos de su casa, incluida la guitarra y él, sentado en el banquito del baño, mirando las baldosas, con los ojos de los vecinos, avergonzados, encima.

Él, la cara entre las manos, la descubre entonces y le muestra el telegrama de ejecución, se levanta y estrecha la mujer y el hijo, abrazo y apoyo y deja caer su frente en el flequillo de Cielo.

### CAPÍTULO TERCERO

Madre puso el grito en el cielo y la suegra, por no ser menos, en el infierno. Coincidieron una malhadada mañana en la casa. Cielo, por cobarde, tuvo el coraje de informar a los dos pájaros de un tiro. Les tiró la nueva esperanzada en que volviéndose una hacia la otra, se neutralizaran. Lo fue maquinando despacio, mientras dejaba que vaciaran sus alforjas.

El contrapunto de siempre acabó con un honroso empate. Madre empezó desplegando cuatro calzoncillos de oferta, envueltos en el papel de la tienda más barata del centro, mientras del otro bolso salen, precedidos por su fama un terceto de pulóveres tejidos a mano, del talle de los niños. Son reliquias, guardadas celosamente en naftalina, prodigio emanado de las milagrosas manos de la bisabuela, muerta prematuramente y nunca suficientemente llorada. La misma, que como pregona orgullosa la suegra, se negara irreductible a tener lavarropas, confiada siempre en la fuerza y el mérito de sus puños itálicos, únicos capaces de reducir y aniquilar la mugre de las prendas antiguas, pesadas y duras. ¡Pero qué blancura! ¡Y qué punto! El más

difícil, trenzado en ochos que siguen en la espalda, combinados con lanas de colores diferentes, milagro de economía. Lana apelmazada, gastada y que ya no abriga, piensa Cielo, y a la moda de los cincuenta. Madre, calla, cortés, todo comentario. Objetivamente, un empate, porque Madre debió quitar ese papel delator y no evidenciar el origen vergonzoso de los calzones. Pero el encuentro es casual y Madre ha armado la bolsa sin segundas intenciones. Sólo para Cielo a quien socorre en su relativa pobreza. Normalmente ése era el pie para darle noticias del hermano, que carga sus diplomas científicos como cascabel de leproso que espanta la suerte, la prosperidad que un día se le insinuara, el trabajo, en fin. Pero frente a la consuegra, la acción sigue otros rumbos.

Ahora son las viandas. Retruca la suegra con un cartucho de panadería mientras lo encarece con floridos ditirambos. Sabe del tema. Conoce las especialidades de cada panadería tradicional de la ciudad: La sin sal de acá, la abizcochada de allá, la marinera, las de miel. Pero su saber es también diacrónico. Puede trazar una curva de calidad, a través de años, hundiéndose en un mar de sabores antiguos, de prosperidades perdidas. De antaño no celebra simples galletas sino delicias artesanales, europeas, hojaldres, poloneses, piononos. Cielo la detiene y la trae, agradeciendo como sabe: escuchando. Y muerde una galleta añorando un sabor que no conoce. Madre desembolsa ahora media torta casera, mientras recita la receta por quinta o sexta vez, sin ofenderse porque la hija no se la pruebe "dejala para el café, así les alcanza". Después, el marcador es incierto pues si bien las galletas son compradas, el puntaje puede estar en la caminata, la selección de la ofrenda, contra la comodidad de quedarse en casa y armar algo con lo que se tiene a mano. Pero Madre suele tener nueces, aguas perfumadas, mantecas auténticas. En fin, cuando Madre extrae después un par de revistas francesas, la suegra palidece. Cómo competir frente a tal distinción. Únicamente con un par de semanarios nacionales todo color en sus páginas que despliegan ires y venires del *jet-set* indígena, chillón y vulgar. Sólo así. Y así lo calibra Cielo, sabiendo que es difícil que se abra el marcador, conociéndose como se conocen. Ambas recomiendan mucho el cuidado de las revistas, que no queden a mano de los niños ya que claro está, "éstas son

importadas y éstas me las pasó Olga, esposa del doctor no sé cuánto que vaya a saber porqué las compra, de puro aburrida con lo caras que son y las pavadas que traen, pero para mirar y pasar el rato... ésto es brócoli en escabeche, al nene le encanta, yo lo preparo con albahaca y orégano, pero no cualquier brócoli, el tierno, bien abierto si no, queda duro y no toma el gustito". La cacerolita tapada milagrosamente no manchó los pulóveres ni las revistas. Cielo no se atreve a abrirlo, porque la náusea sería tomada como ofensa mortal. Madre acusa el golpe de un presente tan especial, pero no ceja. Ella ha traído uno de esos táper lleno de medios zapallitos rellenos como sólo ella sabe hacerlos, como le gustan a él: comino, queso rallado, cebolla bien frita. Pasalos a otra fuente así me lo llevo, porque si voy a lo de tu hermano tengo más para él. La suegra se siente vencida, o al menos un poco deprimida, no por los zapallitos, que bien mirados no le hacen sombra al brócoli, si no por el recipiente, tan moderno, tan adecuado. Sin embargo, para Cielo es un empate. Siempre ha de descontarle a su Madre por ese aire de superioridad y siempre le suma algo a la suegra que desde que la conoce lucha por remontar un algo de inferioridad.

Sin dirimir el pleito, como leales oponentes, ordenan -ordena Madre, como siempre- que se guarden los presentes y entonces Cielo vacila. Tal vez es el momento de decir "para mí nada, ninguna golosina, nada rico, justo ahora que me muero por un bocadito especial, un bombón, un quesito, ni hablar de un rollo de palmito tierno o unos quinotos en almíbar casero, justo ahora me traen figurines y fotos de artistas flaquísimas, que voy perdiendo la cintura aunque casi no se me nota. Pero usted me estudia como siempre y trata de descifrar qué enamoró al hijo y sólo ve lo distinto, lo incomprensible, y vos, mamá, que creés conocer mis trampas y has espiado más de una vez el almanaque para asegurarte que lo tenga al día y buscás explicaciones a mi cifra, la descomponés en los factores de una sangre y otra sangre sin explicarte porqué permanezco inabordable, porqué si conocés los dibujos de mi llanto desde la misma cuna, nunca descubriste ni un secreto".

Nada han visto y sin embargo, puedo apostar un dedo de cada mano a que después dirás por ahí que notabas algo raro, y dirá por ahí, como siempre buscándose algún don "lo soñé" o más impactante "se me había puesto". No,

no podré creer, pero me callo porque no habría palabras para poner al día lo que he callado estos años y porque no tendría caso revivir viejos pleitos que ya forman la trama de nuestras vidas como nudos de un tejido. Cómo seguir sueltos, desatados, sin esos blandos rencores. Inútil además. Una no me perdona haber arrancado al hijo de la tribu para asociarlo a un clan diferente, que frecuenta otros sitios, otros paisajes, que habla otra lengua con las mismas palabras. No me perdona tampoco la desilusión de que ese clan sólo diera un poco de brillo, un lustre de provincia, un eco de apellidos del centro que mueren en la memoria de los viejos. Madre no perdona, en cambio, el egoísmo de mi alianza tan secreta para todos, el pacto individual de dos mitades que eran ya un todo por sí mismas, a espaldas de otras partes que no tienen cabida. Madre ve que me aparto de un clan en el que no cree y no intenta el acercamiento a los que trae el que le traigo. Ambas se conocieron días antes de la boda y sin dar cuenta a los hijos.

Como todos en esta tierra, vienen de caminos lejanos. Madre tiene sangre francesa y en sí misma se condensa una discordia. La suya, parisina, precozmente huérfana, trajinaba la rue Voltaire desde su departamento en altos allá por los primeros del siglo, inaugurando la propia liberación en sus cursos de dactilografía. Y fue quizá por esa soledad, o por el aire decompuesto de aquella Europa que el racionalismo de su sangre la lanzó mar afuera. No a la aventura si no con contrato firmado, secretaria calificada de empresa constructora, con el preciso encargo de trazar, en el pueblo costero, el borde prolijo de una rambla, urbana, contenida, a pesar del atlántico.

Como francesa, inmigrante distinguida, sólo se mezcló con los suyos. En el taller de una modista una dama la eligió para uno de sus hijos. Labrador, llegaba del mar en busca de tierra. Una grave lotería le negó Argelia y un destino de *piéd noir*. A su mirada se le ofreció también el Canadá helado y entre la colonia caliente, oriental y mediterránea y el frío del norte le quedó el destierro del sur, con sus campos desiertos, sus vientos libérrimos, su desgano endémico. Se desafrancesó el abuelo a pesar de la dama que le dio los hijos. Arrendó un campo en el corazón de las mejores pampas donde blanqueaban resignados huesos de soldados forzados y trajinaban en su

lugar paisanos sembradores. La abuela aplicó a la pampa su celo cartesiano. Se hizo enviar de París libros sobre granjas donde se explicaba la cría de conejos, de la *volaille* numerosa de razas, y las más modernas normas de puericultura. Así se criaron Colette, Madelaine y Denis, civilizados en la mesa, de impecables modales, pero perdiéndose en las siestas en los maizales infinitos, que los doblaban en altura, apretando polluelos de ganso en sus manitas entusiasmadas, cazando sapos con los pies en el barro, congeniando con parcos peones, que en la cocina y en ausencia de Madame, mateaban con el francés acriollado. Y tanto, que cuando se hizo necesario pensar en la escuela para los niños, dejó el campo y se acercó al pueblo, pero apenas al linde, a regentear una pulpería donde despachaba yerba, carbón y caña, en vasitos de vidrio compacto. Madame entonces, sin transigir, salió a paliar la crisis universal dando clases de francés. Llegó al corazón de las estancias, a las casas puebleras de los patrones, a las salas amplias de médicos y abogados, que en plena barbarie refinaban a sus hijos como podían, recibéndola como a una embajadora. Las hijas amplificaron la luz parisina en la noche sureña y acataron el sueño materno del diploma universitario. Las dos, apenas salidas del nacional, marcharon a la capital de la provincia como pupilas de monjas francesas, por supuesto. Se convertirían en *Madames* con título. Inabordable la una, regresó a la barbarie en pos de una carrera docente teñida para siempre de la universal *civilisation*. Vulnerable la otra, encontró impecable la pronunciación de un profesor cincuentón, habitué del hipódromo y del Jockey, cuyas inclinaciones nacionalistas lo alzaron a la dignidad de un decanato. Eran tiempos en que la cátedra equivalía en moneda a la dignidad de un juez y a las jinetas de general. Nació un varón, rodeado de todos los augurios de bienaventuranza. Y luego la niña, emparejando la prole, anunciando un futuro que no podía ser sino brillante. Pero cayó Perón y todos los funcionarios con él. El padre de Cielo fue dejado cesante con el mote de ultra y Madame hija sacudió los calores del nido y salió a trajinar las aulas del secundario, mientras los trámites de jubilación del marido demandaban dinero para los sobornos y cartas firmadas por coroneles que también eran carísimas. Quedó en la casa al cuidado de los hijos como un abuelo, dándoles una infancia llena de

paseos, historias, respuestas. La situación no los rozó hasta que murió dejándolos adolescentes, tal como vaticinara Madame, cuando supo la edad del profesor, veinte años atrás. Entonces, Madre renunció en nombre de su hijo varón al *carnet* del Jockey que se le ofrecía como herencia y llenó sus días de trabajo en los colegios, tratando de que la situación no aleteara sombría sobre el futuro de sus hijos, del cual comenzaba a dudar, en vista de la debacle que afectaba a todos por igual. Sin embargo, Madre no comprendía del todo, los hechos escapaban a su análisis, su racionalismo galo sobrevolaba la locura sin hincarle el diente. Lo que debía ser, no era, las cuentas no daban y el famoso diploma iba en camino de ser sólo eso, un cuadro, un blasón.

Exalta en sus clases de civilización una especie de elegancia que aquí se tiene por francesa. Repudia las fantasías doradas y sólo condesciende con las perlas. Sin ser alta, dibuja un porte erguido, altiva y cortés, afectuosa y distante. Jamás pregunta por las inclinaciones religiosas o políticas del interlocutor y menos por sus entradas de dinero. Ignora la salsa de tomates, invento tardío de la crisis de su infancia que disfraza los guisos sin personalidad. Ama las pausas y los tonos bajos y en el trato con los hombres, es capaz de hacer un caballero del repartidor del pan. En casa de Cielo hace valer su sangre en los detalles de cocina, sabedora de la ventaja que significa ser la madre de la madre sobre ser la madre del padre, dúctil masa masculina en las bambalinas del hogar.

Por eso el brócoli pasa ahora a la heladera y los zapallitos a la fuente. La suegra entonces emprende el destierro al lavadero, donde se amontona la ropa de ayer. Revisa el lavarropas como si fuera de ella, - y lo es, lo regaló cuando el nacimiento del Primerodé- y lo pone a llenar mientras separa lo blanco de lo oscuro, lo fino de lo grueso, echando una mirada a unos calzones de Cielo que de vez en cuando le proporcionan el alivio de saber que no hay novedad. Cielo va y viene, queriendo sentarse, al ver la tarea en buenas manos. Sabe que toda la ropa estará colgada en un rato, que la cocina estará ordenada y pulcra, que el patio aparecerá baldeado, sin hojas ni papeles, que el almuerzo estará resuelto tan temprano. Aunque después no encuentre nada en su lugar y su desorden personal haya desaparecido.

Se pone a guardar ella también una cosita y otra cosita, haciendo tiempo, esperando que las dos se crucen con ella una mirada elocuente que la libre de poner en palabras el secreto. Pero no se cruzan, compiten denodadas en su sacrificio permanente de darlo todo. Ahora es la escoba que ambas toman al unísono y por un instante Cielo, que desde el comedor ensaya una actitud, piensa que van a disputar por esa escoba, el cetro que privilegie a una sobre otra, que decida un triunfo del hijo sobre la hija, de un estilo sobre otro estilo. Madre cede, invocando un lumbago pertinente, con sus diez años de ventaja y se va en busca de la plancha.

Cielo encuentra una frase que él festejaría: "Oigan, mi tetractis pitagórica se quiebra, se desequilibra, se va al carajo por no mirar el almanaque una noche de calentura por el mismo hombre de siempre, una noche tan gris, y tan vacía". Cielo ríe a solas en el refugio del comedor y se decide por la sencillez, el gesto que todos comprendan. Decidida, entra a la cocina, anunciando en voz alta que siente deseos súbitos de algo fuerte, que languidece en esa larga mañana que no llega nunca al mediodía. Ofrece gentilmente a las dos damas un ramito de brócoli en escabeche, la fuente en la mano y tras la negativa, un bocado generoso desoyendo las advertencias "acompañálo con pan" que vienen del fondo del patio. Cielo traga con fuerza y se queda de pie en la cocina esperando que su yo recóndito se manifieste. Confía en que no resista la vianda y se haga oír por sus vísceras. Madre trajina ahora en la pileta, asistiendo en el lavado. Sus diez años de más la dispensan pero no la disminuyen. Da con gusto la impresión de que no más enchufar y desenchufar es demasiado... pero sin embargo esquivada con agilidad la acometida de Cielo corriendo al baño, sin cerrar la puerta para que el mensaje sea bien comprendido y elocuente, revelador. "¿Estás bien?" "¿Qué le pasa?" "Está devolviendo" "¿Puedo entrar?" Cielo jadea tras el trámite, convulsa aún en la perplejidad con lágrimas de verdad. "Hace unos días que no retengo nada... Será el hígado... Brócoli en ayunas... ¿Desayunaste?... No retengo nada... ¿Y tu periodo?... ¿No te viene?... Un atraso de diez días..."

Y huye al dormitorio, satisfecha, dejando atrás una nube de palabras que no le interesan, comentarios que suben en humos espirales. Llegan los niños

de jugar en la vereda y atacan de inmediato a las abuelas. Husmean las bolsas, indagan qué trajeron, quieren probarse las prendas, las viandas, mareando el aire con su alboroto. Cuando reaparece, rostro dispuesto y colorido un reguero de miradas interroga y no le cuesta responder, afirmar... gesto de nada... por los chicos... después hablamos. Las dos no tardan en irse, elaborando reacciones. Les tomará un tiempo. Luego propagarán la noticia a los cuatro vientos... que traerán de regreso archisabidas frases teñidas de compasión y suspicacia, de consuelo y de malicia, de augurios apenados y tibias simpatías.

## DESINTEGRACIÓN

Cuando la multiplicidad de mis destinos empezó a hacer evidente un desenlace para mi individuación, un cierto apego por mi yo-uno, el de antes, el que en un pasado limitara mi conciencia, mis proyectos y aún mis ganas más primarias, me asaltó, como un anticipo de despedida, una urgencia de atesorar lo más granado del patrimonio que estaba por abandonar (abandonarme). Ciertas operaciones empiezan a serme difíciles, por no decir imposibles. El más nimio plan, el proyecto más sencillo, pocos pasos, fin inmediato, como digamos, ordenar mis carpetas de notas en el sentido de su importancia afectiva (con vistas a hacer espacio, eliminar polvo) por no citar más que un posible orden, bien simple, dejando otros ordenamientos, como uno temático, cronológico, bibliográfico o delirante, me resulta absolutamente inabordable. Apenas concebido, apenas esbozado en la mente como solución al tedio de la tarde que se prolonga sin quehaceres a la vista - quehaceres perentorios, de los que he logrado automatizar en todas sus variantes, ahora que la familia parece haberse cristalizado en una configuración estable.

Apenas, entonces, digo, esbozada la intención, ya mis destinos alternativos, sucesivos o simultáneos al acecho, cercenan la iniciativa, congelan el gesto. La cadena de estímulos, que la memoria ordena hacia atrás, hacia el instante exacto del pasado en el cual un somero ordenamiento de las carpetas había sido hecho con fruición moderada, salta en sus eslabones irrecuperables. A



veces solo un dolor, una sensación física de claudicación, muscular o visceral, quizá digestiva. A menudo digestiva. Mis vísceras sanas, mis músculos jamás exigidos miman la comedia de ese dolor y me duelen. Me duele un dolor ajeno, concluyo tras un examen minucioso. A menudo también, tanto como los sufrimientos corporales es el deseo. Como incertidumbre, como excitación gozosa, erección inexplicable. Y es una dicha augurada, segura en algún recodo del futuro. Un dulce padecimiento, tan dulce que quisiera se dilatara no concretado, sabedora de que el amor contrariado fortalece el propio, nunca tan propio en paradoja, y lo lanza a logros más y más difíciles, compensatorios. Otras veces son sueños, y entonces me abandono con gran gusto, sin dejo de culpa, a esos destinos que me di, sí, por los sueños. Los más escondidos e indescifrables son los que más empeño necesitan. Hay uno en primer término -no sé cuánto de mío hay en él- mezcla de teoría naciente sin esbozar, oscura, y un ciego afán de claridad. Le agrego una resolución deslumbrante, como se hace con las pesadillas para conjurarlas, pero es tan evidente su falsificación que no me consuela. Poco después es otro sueño que me toma. Ahora es proeza atlética, liderazgo, martirio o gloria. Después un sueño oscuro de búsqueda o intuición, contemplación del eureka personal, meditación onfálica de la forma encontrada, en principio intransferible porque se esconde en los repliegues del alma. Ah, sueño del arte, forma que reconozco mía, sueño de los sueños. Pero que nadie lo sepa, porque hay otro sueño, sueño final de la ternura. En ese me pierdo y anticipo, me dejo atrás y me disuelvo, trasvasada.

## AMURALLARSE

Cuando la primera partición le mutiló el afuera, no lo lamentó. Empezó su tarea a conciencia, sabiendo que su trabajo perduraría. "Va para largo" dijo, en un remanso eterno de siesta invernal adivinando la soledad mortuoria del exterior. Empezó entonces a soñar con la muralla. La imaginó consigna, grandielocuente pero terriblemente justa. En primer término, ella. Eliminar

sin lástima toda salida innecesaria. Aproveccionarse. Eso es todo. Lo demás, es fácil. De afuera, el aspecto de la casa es desolador. La desproporción grotesca de las ventanas de interminables celosías, el friso allá arriba, que nadie sospecha, el antiguo color pálido que ya dejó de descascararse hace tiempo, congelado en un mapa absurdo. Y tras la serie de dos ventanas, la forma equívoca, el tercer ojo velado, la ventana ciega. A Cielo le satisface esta trampa. Escamotea precisamente el núcleo, el meollo mismo de la vida adentro. Tras la ventana ciega vive el centro, alientan los seres secretos, inexistentes desde afuera, amurallados por propia voluntad de ella, la prisionera más libre que cantando ha de echar cerrojo, trancar la puerta de metal baja que introduce al patio, que da tras la otra puerta corrompida al comedor y su ventana ciega, que da al cuarto de los niños, que da al de los padres, que da a la galería mohosa, que da a la puerta corrompida, ida y vuelta, para estrellarse contra la puerta que trancará con cerrojos y ladrillos Cielo, la prisionera menos libre de la casa. Y entonces, cuando haga coraje para todo esto, empezará su nueva y verdadera vida.

Cuando nació Otrodé, los dos habían obtenido sus diplomas universitarios, pero también renunciado a cobrar deuda alguna.

La segunda cuna flanqueó a la madre y el mayor ascendió a la izquierda del padre, la línea de las mesas de luz, la ventana a la galería, el yeso vivo de las lluviecitas nocturnas.

La reclusión se acentuó en exacta proporción al incremento de la vida allá adentro. Los niños generaban un aire tibio alrededor de sus cuerpos y sus alientos empañaban la helada atmósfera de ruina. El vapor de los pañales secados a la plancha, en sucesión interminable adensaba las nubes cálidas sobre la cabeza de los adultos y empujaba la claridad vacía contra el cielorraso, franja irrespirable. La pava esmaltada, negra y amarilla silbaba sobre la vieja estufa a querosén exhalando un vapor complejo, humo de agua, gusto de rancho habitado, habitable. Y a la hora del baño de los niños, en el corazón húmedo de la casa, junto a la ventana ciega hurtadora de miradas, Cielo desplegaba los artificios del rito: bombeaba la estufa,

clausuraba puertas y acarreaba baldes humorosos desde el sagrario de la cocina. Con ellos iba llenando una tina de plástico, alzada sobre la mesa bajo la única lámpara. Desplegaba alrededor el instrumental como en un quirófano: rapidez, precisión y gravedad. Cuando la densidad del aire empezaba a borrarle los objetos, a aflojarle la ropa y tensarle los pezones, desnudaba a los niños sin misericordia y allí los sumergía, entre esencias dulzonas, acariciantes, arrastrando la irrisoria suciedad del cuello del recién nacido, -sus propias secreciones en ajenos cuerpos-, pelusilla tibias en el ombligo, las ingles, los deditos de los pies. En el mayor sí, quizá, una sombra de tierra oscura en las rodillas, un regusto de dulce pegajoso en el latido de las muñecas. Envueltos en seguida en toallas humeantes y tostadas empezaba a vestirlos en un orden riguroso: camiseta y camiseta, bata de lana y bata de lana, chaleco y chaleco, pulóver y pulóver. Después los pies, dos veces medias, una escarpines y una zapatillas. Todos los nudos necesarios y pausa. Ahora descanso, no hay prisa. Baja lentamente la mecha de la estufa, tuerce el frasco de querosén hasta un goteo avaro, entreabre la puerta hacia los cuartos. Baja el agua jabonosa de vuelta al balde apoyado junto a la mesa. La bruma se disipa. Ahora es ella la que exhala humedad en las comisuras del cuello, el canal de los senos, los puños de la camisa vueltos, el bajo vientre del vestido, salpicado durante sus artes de operar con aguas y entonces sí, con la mesa seca continúa: pañal y pañal.

Y la jornada del baño va terminándose, pero ha sido tan larga que Cielo ha visto secarse sus pechos, reducirse, amainar los pezones. Entre el vapor mísero del querosén ha sentido sus entrañas vacantes de nuevo, pendientes, vacías. Y entre alarmas de afuera ha entrado él, trayendo un no sé qué de desamparo. Y a través del vapor de la tina Cielo le ha masajado el cuerpo con las esencias dulzonas y lo ha hecho reír con los frascos en forma de animalitos. Y le ha sacado rápido, cuando ya casi dejaban de verse, la ropa vieja. Sin miramientos enjuagó su piel y casi al terminar esa jornada lustral, de nuevo los pechos se hincharon en honor de Otrodé, el tercero, el moreno, de mirada infinitamente triste pero que se alegra en la espuma que Cielo, eternamente joven en su invernadero de bruma del cuarto ciego que se burla del afuera de muerte hirviendo vida, sopla hacia arriba entre

carcajadas, ante el sagrario rojo y su incienso perfumado a querosén.

## IOCASTA

Mientras sólo te entendía, callando, en las horas del amor, cuando todo entre nosotros era un idioma de los cuerpos, piel y sangre, calor del lecho oscuro, los días transcurrían en la celebración de tus hechos y mi quietud orgullosa. Ignoraste mis secretos casi tanto como yo no quise hacer caso a la verdad que se ocultaba en mis entrañas. Fue un engaño, ahora lo sé, y puedo permitirme abusar de las palabras que de todas maneras ya no sirven ni te hieren ni herirán mi pecho mucho más. Por eso déjame decirte -la enorme herida abierta ya no deja al cuerpo registrar la mínima ofensa de una espina en la planta del pie- que el primer crimen fue abandonar esa lánguida postura echada que fue mi destino, investidura y condena a la vez, y después de conocerte fue una carga, un castigo. Cuánto odié mis atributos incompletos, el poder de mis garras que hieren con nobleza, que desgarran y al mismo tiempo honran a la víctima. Cuánto me estorba para seguirte la piel de este cuerpo en potencia de arranque, máquina masculina ponderada en el reposo armónico de una colina de fuerza, en la suave curva de su lomo. Cuánto odié mi apéndice de escamas proyectado en la incongruencia de mi flanco, reposo insólito que se ofrece a la incredulidad más humana. Atributo imposible, inexistente, único, fue mío y lo desprecié como se odia lo diferente. Solo mi rostro y mis senos me dieron contentura. Porque había esa boca semejante a la tuya y la belleza que promete el placer de carnes suaves. Pero fue sobre todo la boca y su palabra que te dio la existencia. La boca que interroga, que hurga en el corazón y urge una respuesta. Supe de antiguo que el hombre anhela responder, hallar claves, que por ello parte donde sea, lejos, extranjero y solo, todo por descifrar o por encontrar quien le dé ocasión de la palabra propia. Y fui yo, Quien extrajo de ti una palabra envuelta en el ornato de la seducción y allí creciste, uno junto al otro, con la frivolidad de un diálogo visiblemente inútil del que hiciste depender la gloria de tu destino. A mis pies estabas pendiente de mis labios, y si hubiera querido, sólo desviando la mirada hubieras sido nadie. Pero hablé y habrá sido un dios quien movió mi corazón y labios de piedra fría en aquella

pregunta trivial destinada a perpetuarse entre todos los hombres que anhelan el interrogante, la prueba, el enigma.

Viniste a mí perdido y apagado. Yo te di entonces el mundo en mi diseño imposible, tan nuevo como tú eras nuevo en el mundo y tan necesitado de conocimiento. Jamás debí hablar, jamás debí ser yo la interrogada, jamás debí permitirte poner en mí otra cosa que no fuera el signo de la estrella, la luz primera, la aguja imantada e infalible. Pero erguida de amor en mis dos nuevos pies dejé la cáscara de mi multiplicidad monstruosa y te seguí seductora, más allá de los umbrales de mi patria. Y tú que conocías mi rostro, mis ojos y mis labios, la columna de mi cuello, mis senos redondos y colmados, volviste a caer en la súplica primera. "Pregúntame, busca en mí la verdad que solo tú puedes extraer. Trae a la luz la joya de mi noche interior, muéstrame que también soy un hombre". Debí detenerme entonces. Pero ahora, tarde ya, no dejo de preguntarme, antes de que clausure este dolor público y culpable para siempre, qué fue lo que me turbó de ti hasta tal punto. Y respondo: cada gramo de tu peso sobre el mundo me susurra una cifra desconocida. Cada mirada anticipa un dolor en mi pecho. Cada suspiro, una disminución en mi alabanza; cada veneno que devoras, una herida en mi costado. Cada lágrima, cada triunfo, cada traición urde la trama, el relato de mi vida que se adosa, se hace par en mi historia. Y echo de menos entonces mi artificio monstruoso, mis garras, mi rabo de quimera, mi cuerpo amenazante, mis alas de recorrer espacios. Y echo de menos que seas monstruoso y fragmentado.

Porque has de saber que el punto de partida es el punto de llegada. Todo ha salido de él, todo, amado, debe retornar. Puesto que todas las cosas -y hablo ahora desde mi boca de piedra que fue tu primer y único hechizo- sólo existen por el principio, sin el cual no podrían subsistir. Debe haber entre ellas y él un vínculo permanente, como los rayos que unen el centro con todos los puntos de la circunferencia. Fue tu anhelo de saber, impudoroso y arrogante, impetrandos los cielos y los dioses, lo que te sacó de tu ignorancia placentera, colmada de halagos y afectos. Y fui yo la que siempre supo sin saber, que en el destino de todo hombre hay una triple encrucijada, un cruce de rutas acechando su paso y planteando otra pregunta. Tú caíste en la

rotonda prevista y allí se desarrolló el drama de tu vida. Hubo sangre que sigue clamando a través de la historia. Hubo crimen, y al regreso, por el camino que abriste con tu mano asesina, tan entera y olvidada de mi cuerpo de roca, que no debí dejar nunca, estaba yo.

Dijo Iocasta.

#### CAPÍTULO CUARTO

Últimamente sólo llegan a la casa visitas indeseables. Cielo tenía una tarde particularmente trabada, que no conseguía desenredar. De la mañana quedaban demasiados cabos sueltos que tras el almuerzo parecen impropios, doblemente cansadores. Han quedado las camas de los niños, las mudas dispersas que equivalen a la ducha, al menos en invierno y en esa casa. Los abrigos de él, convidados de piedra en los respaldos, siempre reacios a encajonarse en los roperos húmedos y lejanos. Los platos, sí, recién lavados, dibujan en la mesada riachos y deltas, delatando un día perezoso, lento, como si la noche anterior hubiera sido parranda y sólo hubo sesenta minutos de tv, la dosis tolerable, después de dormir los críos... y luego silencios, demasiados. Por eso los golpes a la puerta la sobresaltan. Tiene la sensación de ser descubierta, ubicada, puesta en evidencia. Pero ver en el escalón irregular de la entrada, un poco fruncida, pero sonriente a Alita Martínez Smart, la nubló como de tormenta. Siempre elegante, clásica, diría el cronista de sociales, cara por los cuatro costados, con su aire de estar oliendo mierda y no saber exactamente de dónde viene -diría él con resentimiento plenamente justificado- allí estaba en efecto, esperando ser introducida, como olvidando que era su casa, su propiedad, como gustaba decir, pero necesitando el gesto, la reverencia, la confirmación de ser registrada y bienvenida. Cielo la hace pasar, parca, con palabras que van envolviendo el patio y la galería, advirtiéndole los escalones con la mano en el codo, ladeándola para que entre ya, rápido, al comedor, la estancia más noble de la propiedad, a pesar del polvo, los abrigos confianzudos, las telarañas que condensa el gas de la estufa sobre las cabezas. Una ojeada, el

frunce de la nariz en alto : -Pusieron gas.

-Trajimos de la cocina con esa manguerita. Son habitaciones muy frías.

-Pero amplias, querida. ¿Cómo está tu madre?

Se sienta ahora sin dar tiempo a que Cielo se fijara si había migas, sin sacarse el abrigo de piel, anticuado pero auténtico sin dudas en su opulencia de animal muerto. -¡Qué milagro sola! extrañando el acecho de la horda de chiquillos.

-Los llevó mi suegra

-¡Qué alivio para vos, un rato tranquila!- acomoda sus mechas patricias, incómoda en la falta de cháchara que sirve para dar pie al nudo que la trae. Cielo no habla el *argot* de salón que es el único idioma de la Smart.

-Sí, responde. No es soledad sino trajín, continuo trajín de otro latido que le alborota últimamente hasta la demencia y hace callar ahora dejando el vacío para que la otra lo llene de una vez.

-Te cuento que Gustavito se casa.

(Se casa el hijo con alguna hija de familia, dentro del clan. Cielo adivina qué clase de alianzas puede aprobar Alita, con tal de permanecer ajena a la debacle de su clase, inútil de toda inutilidad. Sabe muy bien que nunca permitiría el extrañamiento de su retoño en pos de oxígeno para su sangre. Su abolengo es apenas secular, como la ciudad, mentado por sus pares y las sociales del único y malentrazado diario en favor interesado, patente en glorias tan falsas como los arabescos de cemento de sus casas apenas viejas como sus padres, que ahora pintan de colores vivos o blanquean, resaltando un estilo que se adocena en la decadencia de sus zaguanes, que no hay quien limpie, de sus ventanas altísimas que se cubren con metros y metros de *voile* de seda, sus habitaciones de servicio a la calle, habitadas ahora por el estudio del hijo universitario a pesar del techo bajo, la ventana exigua y la escalera de metal, a la intemperie)

-No me dirá que se viene a vivir aquí. Audaz, Cielo quema las naves de su curiosidad con el toque justo de ironía que linda con la insolencia, anticipando la maquillada intención de Alita.

-¡No! ¡Por favor! escandaliza -Tavo piensa ir a 16 y Tacuarí que está desocupada y es construcción de primera... y tiene jardín... Proyecta mil

refacciones de todos modos... y Bea... Peña Viamonte es ella... estudió en el Liceo... tu madre los conoce, está chochísima con el lugar... ¡No, querida!

Sigue descartando, destilando ofensa ante lo sorpresivo de la sugerencia.

-No, claro, aquí más que arreglos o decoraciones...

-Acá vale la ubicación, hija, el lote. No te digo que uno espere que se venga todo abajo... Ofertas siempre hay... Todo el tiempo... Coco me dice que acá te hacen un edificio de categoría volando.

(Desenrolla la amenaza como una venda sucia, la herida siempre mana, pero no se mira de frente, abierta como fue por la generosa soberbia que no permite olvidar el don y esgrime el plazo siempre por vencer, siempre por cortarse un día y volver a la vereda, esta vez tan destruida por los plátanos centenarios, nobles, ellos sí, desdeñosos gigantones próceres que marcaron el damero, antes de que las Alitas, las Beas y los Cocos estrenaran el ferrocarril, el Jockey, la Hípica y la Catedral, dando para siempre el sello tilingo que es ya marca indeleble)

-Vine a traerte este impreso, son reglas que nos mandó la municipalidad, para el arreglo de la vereda. Mirá las pretensiones, es una intimación. Yo le dije a Coco... ¿porqué no mandás la gente que ya empezó en Tacuarí?... son unas baldosas y un poco de mezcla, pero... vos sabés, Tavo está como loco con esa casa y Bea lo apura... Y Coco sabe que tu marido se da maña, si un día pasamos y lo vimos con esos arreglitos... no es la primera esta intimación. De paso por ahí ustedes aprovechan y hacen alguna cosita más, en estas casonas siempre hay algo. Eso sí, la amplitud no se paga con nada. Más con tantos chicos... Te lo dejo y voy volando a la modista que me tiene loca. La próxima cuota vence a fin del mes así que espero que ya no venga más este aviso... en un fin de semana, me imagino... Coco se enferma con los impuestos. Al fin es un castigo ser propietario, conviene vender todo y quedarse sin nada, mirá. No sabés qué suerte, tu marido no se te va a enfermar de úlcera.

Cielo disfraza la risa, se reprime, sería una carcajada colosal y cruel. Termina de irse Alita, con mil saludos, liviana ahora de ese gasto inútil que repugna a su avaricia siempre arrepentida de aquella debilidad. Tiene la conciencia del error, la carga de haber hecho un bien, un favor apresurado,



un irse de boca con consecuencias que no termina de turbarla.

Cielo no había estado allí. Fue por boca de su madre, que los albergaba después del desalojo, como expósitos que tocan el timbre sin más equipaje que el normal: unos pañales. Supo ella, en un té de jubiladas, de la casona de Alita que se arruinaba, desocupada. Madre desplegaba su bandera de siempre, la lucha de los hijos, brillantes y promisorios contra el hambre de una desocupación absurda. La desocupación y encima, ahora, el desalojo, "los tengo en casa... imagínate" Allí fue que Alita abrió su boca, en voz bastante audible ofreciendo, entre los saladitos y los *petits fours*, que le hicieran el favor de ocuparle la casona, para mantenerla... "vos sabés que habitada es otra cosa. Hay que hacerle cositas, pero si tu yerno se da maña. Porqué no llaman a Coco al estudio para que vaya alguien a mostrársela... la ubicación es espléndida." Madre voló con la noticia y apretó el paso de los trámites.

Cielo no termina de acordarse que ya están llamando de nuevo a la puerta, con fuerza. Abre y se encuentra con el Socio y su "Hué, seora" balbuceado, y su mano en alto. Hoy viste un saco de paño verde, un pantalón pata de elefante y unos increíbles anteojos verdes que la impresionan. Cielo depone su hostilidad y responde el saludo. Él, con sus señas de retardado, le muestra una bolsa de nylon llena que sostiene para que se vea que está rota. Por el desgarrón una masa de ropa se escapa. ¿no tendrá una bolsa para las cositas que me dieron? Y un vaso de agua, seora. Ella entra entonces y busca una bolsa dentro de otra bolsa que tiene muchas bolsas, las que traen madre y suegra repletas de cositas, cada vez que vienen. Cielo las amontona para el día en el que ella salga a repartir su nada entre los que ni eso tienen. Pero este pide sólo una bolsa y agua. Un vaso viejo, de plástico, en desuso, por los chicos, no sea cosa de olvidarse después de pasarle lavandina. Aunque el Socio sólo padece mal de olla, que no se contagia por el vaso sino por la tierra, las fronteras, los virus de la miseria que traen de muy lejos y se incuban en las ciudades, los bancos, los despachos relucientes.

Sale ahora con las limosnas y debe acercarse a él, que desenfunda prendas ajenas de toda laya y las va pasando a la bolsa sana. Después el

vaso y ella unos pasos atrás, siempre el recelo por el gesto brusco, el ataque de esa mente confusa y ese cuerpo indefinidamente adulto que deambula por las calles arrastrando apetitos.

-¿No tendrá un suéter para el frío? Toma el vaso vacío y vuelve a cerrar la puerta para buscar algo de él que pueda servirle. Es inútil. Cielo juraría que el mejor pulóver de hombre de esta casa no está más presentable que el que lleva el mendigo. Por fin halla uno que él usó para pintar, descartándolo definitivamente. También tiene polilla, y Cielo sospecha que mañana lo verá en la esquina, despreciado. No sería la primera vez. Antes fueron zapatillas chiquitas que una madre pordiosera le agradeció con el alma y después arrojó con puteadas dos árboles más lejos. El Socio guarda la prenda, tan considerado siempre. "Unas moneditas para el micro hasta el río..." Cielo vuelve a entrar y regresa con medio boleto. "No cobramos todavía". El Socio sacude la cabeza, compasivo. Recuerda en su oscura memoria, los mil pesos que él le dio para que fuera a un acto político, al enterarse, en conversación de hombres, que compartían ideología. Rieron después, Cielo y él, suponiendo que el Socio se habría comido y bebido los mil pesos a la salud de todos los políticos y todas las luchas. Lo bien que habrá hecho, concluyeron.

Y la tarde se había ido, con la idea de que Alita y el Socio no se habían cruzado por minutos, aunque la distancia entre ellos era de siglos, mientras que Cielo y su casa estaban más cerca de la miseria del tonto que de los dignos pelos de zorro muerto de la Smart, amiga de su madre.

Cielo empieza a escribir la tarde con paciencia y obstinación de poeta. Desdeña la crónica otra vez, esta tarde no resiste los hechos mundos y lirondos, desprovistos de disfraz de fantasía. El llegará y habrá que entretener su tristeza con algo más que una cronología reducida a los meros hechos antipáticos del día. Comenzar por el Socio, por quien él siente afecto y solidaridad y después intercalar a Alita, personaje secundario de la trama de estas horas, así como al pasar, motivo que nunca podrá ser ciego porque es hilo conductor de la acción que cada tanto interrumpe provocando páginas de cólera. Quizá disfrazar la imagen de la dama en una sátira afilada y cruel

sería mejor, pero Cielo siente que la musa despiadada se le escurre del estro doméstico que ejerce desde hace tiempo. Teme rozar lo ridículo si se entrega al tono directamente trágico que adivina en su materia narrativa, o quedarse definitivamente en lo patético, subrayando los contrastes del zorro muerto pero brillante en el frunce roedor de la Smart. Quizá descenderla a mero número de bestiario en una *mélange* surrealista que acentúe una visión de la vereda arreglada con sugerencia de tumba para visitantes indeseables. Quizá el grotesco del Socio invitado a tomar el té con Alita para discutir la política impositiva. O el alegato social y panfletario que destaque la mugre de nuestro tiempo, revolcado en el fango de la injusticia que padecen los oprimidos en favor de una clase opresora en torno a una mesa cubierta de bocaditos exquisitos.

El está por llegar y Cielo se demora en sus fantasías sin encontrar el tono, el enfoque que aligere la sordidez de esta tarde, árida de inspiración, tan poco creativa, como que toda su potencia se consume en la fragua de huesos, de plasmas, de músculos. En otros tiempos, no hace tantos después de todo, recién instalados, encontraba fácil la fabulación de los acontecimientos del día, no porque estos fueran de materias más ricas, sino quizá por una predisposición más favorable en ambos, por la ventura de un mal recién aliviado, tal vez la alegría más intensa de los desdichados.

Las hazañas del pequeño que crecía, sus progresos, hasta sus hambres promovían la composición de una *épica*, original, naciente e ingenua como en el verdadero comienzo de las estirpes. Pero hoy, justamente hoy, Cielo no está para literaturas. El llega con su opresión en el pecho no enunciada, esbozada en suspiros profundos apenas ella le da la espalda, en la mano que se lleva al acecho de un dolor que es un pánico, disimulada en los silencios que los acompañan aún entre la cháchara de los niños que han entrado solos y tejen sus artificios sin metáforas. Y todavía no le ha contado nada, adivinando tal vez que no hay forma que convenga a la visita de Alita, que el Socio es un detalle irrelevante, que el fondo le exige una forma despojada y cruel, más de drama que de relato, obligándola a jugar un papel en la trama que dirige un *régisseur* malévolo que ha dispuesto para su boca un puñado de pies ásperos, catalizadores de una acción que se precipita en el pecho,

más liza que arena de circo. Ella se ve a sí misma desdoblada, como vieja actriz. Alguien le marca ahora su línea: "Estuvo Alita" justo cuando el busca aire. "Trajo unos papeles de la municipalidad" mientras abre el balancín de la cocina que no hace si no confirmar el veranito de San Juan opresivo y malsano. Urge el director una dilación en los tiempos, manejando la congoja que amenaza convertirse en protagonista. "Es nada más para que arreglemos la vereda, los intiman, los multan si no arreglan" El se nubla más en un cabeceo de ahogado. "Me falta el aire" y sale a la noche del umbral, entre el follaje del patio de adelante, bajo la mirada de Cielo que vigila su silueta en el exacto sitio en que el Socio reclamara el pago de su eterna deuda.

La cena se apura en las ollas al máximo, en el tendido de los cubiertos, desparejos, los platos desconchados, la fuente única y humeante que calienta a los chicos y ahuyenta a la madre que de tanto probar el punto de la sal se ha quedado sin hambre. El ahogo retorna en la mesa convocando las miradas de los niños a quienes el director dispone en un coro dispar y entrometido. Cielo demora el postre exiguo de la manzana cortada en cuartos, bocado simbólico que alivia lo salobre del caldo, empuja la digestión y refresca la llegada del sueño. Teme la hora del lecho, el silencio en el trajín de la vereda, la ausencia de auxilio que tampoco le prestarían esas voces que junto a la ventana ciega del comedor transmiten bromas. Teme la alta noche en las calles insensibles a su grito de urgencia. Sin embargo él da prisa a la clausura del día. La fatiga lo empuja al lecho y empieza el recorrido desde el baño a la cocina cerrando llaves, el pasador, constatando el abrigo y el sueño de los niños. Cielo lo sigue, muda en su papel de antagonista, imaginando cómo torcer el rumbo de ese guión despiadado que ya ha visto, cada vez con el corazón oprimido. El trata de relajarse, concentrado y distante, apagando la luz cuando ella se desliza a su lado, como quien se interna en los telones, fuera del ruedo, inoperante. Se adormece, Cielo lo capta en su ronquido acompasado, en el bulto aplomado que yace inerme al roce de su pie. No llega a abandonarse a este anticlímax engañoso, sabedora que la acción sólo se repliega en la oscuridad para hacer más impactante el foco seguidor que se encenderá quién sabe cuándo, en esta nueva puesta de

la pesadilla.

Y ocurre exactamente cuando el sueño ha dilatado su peso sobre la sábana y cargado los párpados de una delicia sin límite. Bruscamente sentado, el ataque lo yergue. Una inminencia de muerte se le insinúa en el pecho tenso, en la nuca cargada de plomo. Cielo se culpa de su torpe descuido. Se ha dejado sorprender otra vez. Aunque sabe que este golpe a su modorra está escrito. Él responde entredientes que la puntada no es constante en su sitio más agudo, que oscila entre la molestia monocorde y el estridor más hondo. No permite el soborno, el consuelo que Cielo le ofrece en forma de té, bolsa de agua , cuarto de diazepam, sabiendo que tomará siempre como insulto la suposición de que su mal es psíquico, somatización previsible de tanta tensión, tanto contratiempo cotidiano. El está solo en su padecimiento, en el espectáculo de agonía que despliega sólo para ella. Y ella lo recibe como reparación, como necesario equilibrio para su propia agonía que toma forma de copamiento, de invasión y desgarró de su cuerpo y su alma. En el trance del desmayo, él ensaya la marcación irguiéndose en sus piernas que le fallan, tanteando la ventana que se resiste en la falleba hasta que Cielo desesperada tironea en busca de aire. Boquea él, cara a la noche, incapaz de traerle alivio alguno. En las eternas horas de oscuridad, Cielo ya está lista para su recurso extremo. Febrilmente anticipa el desenlace. Lo pone sobre la cama, insistiendo con ruegos, confirmando la gravedad en su súbita sumisión y echando un abrigo sobre el camisón, las botas sobre los pies sin medias, se lanza sobre la acera húmeda, cruza dos calles sin siquiera mirar y tabletea por la rambla sus pasos angustiados hacia la clínica donde la luz que se desparrama anuncia una vigilia amenazadora. Llegaría a la guardia con tanto desamparo gritado en el rostro, el abrigo abierto sobre la puntilla rosa, las botas incongruentes, el tartamudeo que no puede dominar, que el empleado se alarmaría hacia las habitaciones donde un médico estaría cabeceando en espera de llamados. Volvería con él tableteando la rambla, ciento veinte metros de eternidad que suspenderían el hachazo de la muerte. Quizá Unodé ha despertado en su constante reclamo de luz, agua o calor. Quizá el pequeño ha venteado la pesadilla y se ha deslizado en un lecho mortuario sorprendiendo a una parca desconocida en el lugar de su madre, visión

horrible que tortura a Cielo... La magia ha resultado. Él ha cerrado la ventana quejándose del frío, tiembla bajo las cobijas respirando a tientas, espiando el retorno del dolor. Quién sabe qué es lo que lo ha herido esta vez. Qué suma de pequeñas injusticias y humillaciones se le albergaron como una espina sucia, hinchando hasta encontrar este alivio, esta supuración cruel que necesita la soledad, la noche, el pavor. Pasa el temblor por su cuerpo tendido y es Cielo ahora quien asume la convulsión y la expulsa, descarga involuntaria que celebra con risas de ternura. "Me lo pasaste a mí" y lo abraza con la mirada y las mantas, la mano por la frente, el franco fluir de palabras que componen un poema del despertar, del empujar la pesadilla de la muerte que otra vez ha pasado de largo. Él, a su vez, diestro, tercia en la rima, impone su verso naturalmente irónico a la prosa de Cielo que desnuda a la Menéndez Smart y al mendigo, ofreciéndole por fin la materia inspiradora, para que él trabaje la forma, encuentre la imagen, ordene el texto definitivo de ese día que se cierra ahora en un paso de danza, y se fuga con puntilla rosa de nylon en torno al cuello, ahora afuera, sobre el piso, lejos. En la salud recobrada hasta el alarde, el corazón tenso de deseo pone en fuga el acecho tanático con un fondo de risas, reverencias y telón final.

Ya es la tercera vez que la rubia insoportable ha instalado en el comedor el aparato de limpieza cantando siempre la misma canción, esgrimiendo después los mismos argumentos. Sonríe cuando el adolescente enrostra el paquetito no identificado, lo sacude para ver si tiene algo y baila el rock con la chica de la vincha, que trae de un brinco a un señor de corbata, serio pero bienvenido porque interrumpe un poco el griterío, aunque con una jerga ceremoniosa tan verosímil que debería callar antes de que empiece a parecer tramposa. Se esfuma rápidamente con aire de catástrofe y he aquí el comedor invadido por animalitos tiernos que se persiguen chillones, se estrellan sin dañarse contra los muebles o directamente en picada contra el piso. No puedo saber si finalmente el gato se salva del pajarillo porque ya está trenzado de nuevo con un bulldog imbécil en un torbellino con estrellitas. Entre todos ellos, él intenta convencer a Cielo de las ventajas de comprar la casita prefabricada que les propusiera el Agente. Es hábil

discutiendo. Su discurso se enciende en palabras que convencen a las palabras anteriores que van trepando andamios de argumentos, ya firmes como hechos constatados, aire exhalado que se apoya en más aire. Y sube, sube en una persuasión que no admite el escepticismo. Elle asume en estos casos la tarea de demoler pacientemente el edificio de aire tan resistente sin embargo. Asume la parte que frena, la que destaca los obstáculos, la amplitud del salto, la potencia del músculo. Si él no estuviera tan dispuesto a la acrobacia, quizá ella reculara en su insoportable negatividad y viera un resquicio para colarse, y dejar pasar la luz, un lugar para amontonar sus trastos y argumentos y abandonarse a la esperanza. Entonces los animalitos emprenden a mandíbula batiente un Figaro ya sin perseguirse pero desplegando una coreografía brusca. Cielo se distrae y la arenga la socava al extremo de aceptar ir a ver, tan sólo eso, ver con los propios ojos una de esas casitas terminada y habitada. El Agente dijo que avisaran si estaban dispuestos para que pudiera organizarles la visita. Pero el asentimiento de Cielo es más que nada comedia, astuta aceptación de lo que no vale la pena evitar porque no compromete a nada. Es preferible ver a rumiar interminablemente el "qué hubiera sido", como tantas veces. A los niños, que adoran meter las narices donde sea, los fascina el paseo. Unodé pregunta si los invitarán a comer, si habrá niños con quien jugar y así hasta que una orden los somete a un silencio mortificado que deberá durar hasta el regreso.

El coche del Agente es un Fairlane presidencial de los `70. Una mole de chapa metalizada un poco caída de cola y rebelde de motor pero sobradamente espacioso para albergar a los siete: Cielo atrás con Tresdé, para escapar de la conversación de circunstancia. El adelante, sosteniendo la alabanza del vehículo con monosílabos de incredulidad retórica cuando el otro exalta el exiguo costo de nafta que le ocasiona el mamotreto, ocho cilindros voraces. Fabulador de oficio, relata entonces con aire confidencial las tratativas de su compra. El coche perteneció a la gobernación, era negro en esos años, pomposamente llevado de aquí para allá, alimentado por los fondos públicos, del palacio de gobierno a la capital, visitando de paso amantes varias. (Delata en voz baja la prueba del desliz, un pendiente

carísimo desprendido de su broche y hallado en los entresijos del tapizado.) El Fairlane, caído en desgracia el funcionario, siguió prestando sus servicios convirtiéndose, en el agitado crepúsculo de la noche más larga, en coche mortuario de un coronel acribillado al salir del palacio durante uno de sus continuos traslados entre su puesto político y su asiento en el comando. “La carroza fúnebre, entonces quedó horadada aquí y allá, bajo la bagueta lateral que hice cromar íntegra, mi amigo, y la ventanilla hecha polvo, vio, como sal gruesa y el parabrisas también y el todo arrumbado en el corralón de la Federal hasta que salió a remate tal cual. Yo le hice tapar los agujeros y pintar a fondo, a mí el negro no me llena, vio. Estucados los balazos y con la capa de pintura quedó joya. Claro que se está cayendo un poco de cola y de trompa, por los remolques, pero es un chiche y no me lo va a comparar con esos autitos de plástico donde no cabe un cliente, que recalientan en dos minutos y no tienen este andar. Si es un avión, no me diga.” No le dice él, no dice nada, porque ya llega y estaciona frente a una casita de lote estrecho el enorme pez plateado que deslumbra al sol de la tarde y atrae las miradas de los vecinos que se asoman a ver la multitud que desciende, escena más bien para portal de ópera, con otros trajes y otros ánimos. Más que para estas calles subrayadas a pulso de zanjas y de postes exangües que dejan caer los cables sin energía, cortados aquí y en la esquina, reliquias pilosas de un caserío que peina esos pocos cabellos lacios con resignación.

-Bienes Raíces, buenas tardes. Y atraviesa decidido el puentecito de tablas que franquea la zanja y pasa el sendero de lajas que termina en porche. La vista de la casa, al pie del buque varado, pierde sin duda, obstruida por cachivaches que se amontonan aplastando la mata de diente de león que ya ha echado tronco. Un carrito sin caballo, con neumáticos gastados, una parva de botellas vacías, piezas de carrocerías antiguas, un triciclo inútil y formas de caño y metal sin concierto avisan la profesión del dueño. Dos palabras cruza el Agente con la morena en el umbral, que los mira y asiente con la cabeza mientras sonrío rubricando la sonrisa falsa del otro y su gesto invitador, la mano en alto. Los niños admiran de pasada los tesoros del buhonero, se preguntan por el caballo y las delicias de un paseo en carro, al sol de la tarde por las calles de tierra saludando a todo el barrio bullente de



chiquillos oscuros, descalzos y libres. Adentro, el aire se achica, baja el cielo como un manto opaco una cuarta sobre la cabeza de él, se vienen las paredes encima y los muebles oprimen una red de senderos donde se derraman los visitantes. Unodé desborda junto a la desembocadura de un pasillo al que dan los cuartos ¡Quietos! El Agente pretende organizar los movimientos, junto a la propietaria que se distrae enderezando una lámpara, repasando la mesa con el delantal como si se fuera a juzgar su eficiencia.

-Quiero que la vean, nomás, doña, así, habitada. Son unos buenos clientes, je, me refiero a ellos, ustedes están en camino y han tenido mala suerte, je. Vamos, dígales lo funcional que les resulta.

La morena mira a Cielo, sus jeans, el flequillo de los niños, la seriedad del padre y sus manos suaves y su rostro afeitado y se hunde en una timidez con algo de sometimiento.

-Vea, señora, señor, aquí estamos bien, nos resulta cómodo... tenemos el baño adentro... mire, y ni una pared de chapa que eso sí es la muerte, porque se le cuela el frío en invierno y en verano no se puede ni dormir, vea. Y hasta motor pusimos porque bombear es la muerte y mi compañero se va de madrugada y una queda sola. A más la luz eléctrica... es una gran cosa, ya empezamos a comprar los aparatos y los pisos de linóleo con un poco de querosén le quedan con un brillo que parece cerámico, vea, ahora no están tan lindos porque agarré trabajo, dos casas, pero ni un bicho hay, claro, porque no pueden entrar. Y con la cuota uno se arregla, vio. Lo primero, eso, después se come. Nosotros el terreno lo tenemos del primer loteo, vio, pero no se podía construir. Parece fácil si uno se pone de albañil, pero si además trabaja fuera, ¿qué? ¿cuándo?... no se va a matar. Acá vinieron y la levantaron en dos semanas, para qué le voy a mentir. Y la cocina adentro y el baño como la gente, mire, vea, pase.

Se desorganiza el grupo de visitantes por la espita abierta junto a un aparador que bloquea en parte un pasillito al interior. El Agente se desplaza como por una pista de baile, amplio en el recule y la reverencia. Ya dan los dos pasos hacia el baño, como si se hubieran puesto de acuerdo. Los niños se comprimen y se tensan para ser los primeros. Cielo registra los laminados por doquier, el piso veteado de verde, negro y blanco, el mismo verde opaco

en el revestimiento de las paredes, enormes paneles subrayados por juntas de madera, con astillas frescas percibidas bien de cerca; el cielorraso laminado en verde apenas más claro cierra el cubo por arriba tan cerca de los niños que crecen y hasta ella se siente gorda atropellando muebles con la cadera. La voz del Agente suena distinta en este antro. El dormitorio, bajo las siete narices detenidas en la puerta revela la cama enorme con zefir a rayas, el barniz con mucho brillo en las mesitas que la aprietan, la radio a transistores cerca de la almohada y la morena a los pies del lecho, sin palabras para encarecer virtudes. Él, con cansancio, dice "bueno" e insinúa un cambio de frente, vuelta de pasos hacia el comedor para toparse con el hombrón, más moreno, de bigote oscuro que viene de la cocina secándose las manos y la cara mojada. El Agente presenta con gesto risueño al buen cliente, el futuro cliente y su familia. Cielo quiere aparecer más cicunspecta, morenizarse tal vez y Unodé sueña todavía con masitas y cacao. Aventura entonces la morena con ingenua iniciativa ¿"La querrán para fin de semana?" Él sólo vacila antes de responder con una sonrisa dedicada a su compañero: "No, para vivienda permanente" El Agente se despide con un torrente de palabras, los otros dos sólo se miran, intuyendo que en común tienen al menos cierta dignidad atravesada y que podrían entenderse perfectamente si no se interpusiera el Agente.

El regreso, atravesando el crepúsculo de los suburbios, más lento que en la ciudad, transcurre en el silencio de los niños, que asesinan cada expectativa sin cumplir y la cháchara del Agente en otro discurso, acomodado ahora a la confianza de sus clientes.

-Es práctica, es limpia. Y funcional. Por supuesto que no es material tradicional y el diseño es estándar. Pero es una casa... una casa... Y ahora todo viene así. Fíjese que los planes oficiales tienen en estudio esta misma unidad, con placas y laminados. Es la última palabra en lo no tradicional, - subraya.- En estos valores es lo mejorcito. Y después siempre le queda follarla con ladrillos, de a poco, pero ya está adentro, me entiende.

Los deja en casa, poniendo en punto muerto al auto desde la esquina, pequeño ahorro de combustible. Se desliza silencioso y frena justo en el umbral para que desembarquen, un poco mareados del equilibrio flotante del

aparato al que le está faltando un mástil y, en la antena cromada una bandera, la calavera en plata y las dos tibias sobre fondo retinto, por supuesto. De la enorme gaveta, con la despedida que alienta un próximo encuentro, extrae una tarjeta que le alcanza a Cielo, la última en bajar: "Bienes Raíces" -proclama-, es mi nuevo teléfono, creo que no lo tienen.

Lo de bienes vaya y pase -dirá Cielo en el conversatorio del lecho- entendido en un sentido puramente material, el Agente hace un corretaje de propiedades, pero no podés dejar de advertir que hay un toque de ironía en esa palabra "bienes", con mayúscula, cuando la mayúscula conviene al singular. "Agente del Bien" -el artículo individualiza el objeto único que redundante en la mayúscula. Yo no le veo uñas de guitarrero al Agente. Tal como lo conocemos ni siquiera da para cometer o corretear males, publicitados como bienes. Imaginalo tocando timbres para ofrecer, digamos, un lote de justicias con alumbrado y servicios, cloacas que drenan el abuso y el miedo, con zanjeo de aguas curativas. O la edificación por consorcio de la libertad, en propiedad horizontal, ya sería demasiado, con amplios espacios comunes, terraza de privacidad y personal de vigilancia individual que no la desampare ni de noche ni de día. O si no proponiéndonos una cómoda y accesible renta de misericordia, sin pedirnos garante que nos obligue a merecerla constantemente, sin exigir mes a mes la gratitud que nos comprometa a disfrutarla, la misericordia, corriendo con los gastos que ocasione reparar los deterioros del uso, eso sí. Por ejemplo, bloqueando nosotros mismos todo escape de culpa, todas las grietas de la pereza que podrían hacernos pasibles de desalojo... El se duerme entre las risas de Cielo que se festeja a sí misma la descalificación que emprende en defensa propia, la suprema burla que desahoga la impostura de esa tarde, la inicua excursión a los suburbios en busca del Bien, que sólo el Agente puede financiarles.

Pero eso de Raíces -prosigue para sí- no me lo trago. Nadie puede ofrecernos raíces, hoy por hoy. Y no tenerlas no es suficiente razón para tentarnos. De todo lo que carecemos: vestidos, postre, juguetes, vino y dulce, raíces es lo único que no podremos comprar. Eso se tiene sólo por

herencia y a nosotros no nos las dejaron entre los bienes que recibimos. Las raíces no se compran en una Agencia inmobiliaria como no hay tienda donde comprar un tono de piel, una respuesta espontánea, un vicio, una obsesión. Venimos ya de individuos sin raíces, cortadas por su propia mano en una juventud impiadosa que exaltó el extrañamiento. Las dejaron allá lejos, en un puñado de tierras desconocidas entre sí, incapaces de soportar el injerto, violentándose en las mezclas de savias diferentes. Las mías, que ningún Agente internacional puede restituirme, se entierran junto a un caserío en una llanura que empieza a ser peñasco y el muñón yace a estas horas bajo una autopista. El caserío, suburbio anexado a la megalópolis vascuence, láctea y metalúrgica, olvidado de todos. Tampoco me alimentan las raíces galas de la Memé acriollada, fundidas ahora rue de Voltaire, pleno centro de París. ¿Y las tuyas? Las tuyas fallecieron a manos del padre de tu madre, que las repudió al nacer el siglo, en busca de fortuna prefiriendo traerse la horma y los martillos y el arte del cuero, así como sus hermanos se llevaron de San Giuseppe el sabor del vino y la violenta ley de los mafiosos a la costa oeste del norte. Pero las raíces las dejaron. Como las dejó tu otra abuela taciturna, al arrullo de un fado llorón para distraerlas de su fuga. Con los pies ligeros se vinieron aquí y lloraron hipócritas nostalgias, evitando echar brote de aquel miembro semimuerto. Terminando de matarlo en la complicidad del progreso que echaba un río de asfalto sobre el suelo, un entramado de tierra derretida sobre esta tierra, donde no brota otra cosa que un yuyal demente, pertinaz, invasor. A mí se me cuela un frío en el muñón cicatrizado, me duele la amputación antigua, me tira la piel, me sube el reuma por el hueso lejano. Y he decidido entonces, a solas, con vos, reparar el crimen, enraizarme aquí como los primeros hombres que engendraron mutantes, que a su vez parían mutantes nuevos, diferentes. Pero aquí no hay tierra. Estamos en la ciudad nueva, disciplinada y muerta, trazada antes de los moradores que llegaron dóciles a ponerse en las cuadras previstas, numeradas. (Madre añora a veces su infancia en el desierto de la pampa bonaerense. Entonces compra una bolsa de tierra, llena sus macetas y practica una jardinería de bóveda mortuoria, sin raíces, en su departamento. En la estación propicia saca un gajo de potus, de peperonia, de helecho y pasa la ramita verde y desgajada

a un frasco de vidrio con agua hasta la mitad. Al tiempo, un hilo blanco apurado por el sol que llega tras el cristal, se insinúa en el medio acuático que lo nutre de cloros y desinfectantes) Quizá nuestras raíces, nimias, tallos blancos y tan leves que se ajan con el roce de una mano, crezcan en esta casa alimentados por la ciudad acuosa, olvidada de la tierra. Acaso mis niños crezcan así, venidos de un útero sin memoria cuya placenta de origen, seca, termina de desvanecerse en otro continente. Y me pregunto entonces si la próxima mutación no les permitirá vivir, no ya del agua desprovista de limo y de fósiles antiguos sino del aire solo, como si el tallo arrancado de la planta y arrojado lejos, lejos, obtuviera su sustancia de lo aéreo, lo brumoso, lo atmosférico que reina en esta latitud olvidada y detenida. Mis niños vivirán del aire que aún es libre y echarán sus brotes en el humo, humus impalpable y húmedo en la ciudad fantasmal recostada a las orillas de un río vaporoso.

#### COPA Y ESPEJO

No sabría decir cuándo empezó este proceso. Tal vez cuando te vi por primera vez en la encrucijada de tus veinte y mis veinte años, buscando ambos lo que nadie daba, niños perdidos con una bolsa de culpas para echar, como flechas de una aljaba listas para oscurecer el sol, un sol heredado e incompleto... quizá antes, en el exacto momento en que se dividieron los cromosomas y en la *y* estuvo el *ying* y en la *x* el *yang*. Fue la unidad y el auspicio del fragmentarse. Destino de roca que se cumple en arena, de ola que se realiza en espuma, de cristal que se añica en restos de lo que fue, espejo o copa. Cada trozo un rostro que me mira, diferente y asimétrico, pero el mismo. Cada trozo un regusto a vino porque fue copa, rota ahora en sabores diferentes que en la botella fueron sangre junta, presa y ahora libre en la defensa de su filo y la identidad de su forma nueva.

(Alguien recoge los trozos del espejo, con cariño y tristeza, con gesto de "sabía que iba a pasar", uno a uno en una caja los va guardando. Allí, unos junto a otros como antes, pero sin poder volver al espejo y devolver el mismo rostro, unánimes, quedarán recordándose hasta que quien los puso allí vaya tomándolos según su necesidad, para pulirlos, engarzarlos tal vez en un marco de plata, madera o cartón. Recobrada unidad, hará camino

cada trozo, devolviendo rostros nuevos, diferentes, demorándose en alguno. Habrán también granos de sal en el fondo de la caja, minucia hiriente sin uso posible, que no cabría en marco ninguno, desazogado y nimio, brizna de cristal sin rostro porque los ha devuelto todos: yo.)

(Alguien junta pedazos de una copa, bella y torneada, arte antiguo de sopladores venidos de lejos, más allá del mar. Tallada con amor y sufrimiento. Alguien que barre sus cristales conoce su historia y todas las historias. Alegres vinos se han bebido en ella, vinos de la tierra, escanciados en bodas y bautizos. También vinos amargos de cesantías injustas y fracasos crueles. Más sangre que néctar el vino de esa copa. Más hiel que dulzura en años que fueron agostos. Irán a parar a cubos de residuos las estrellas de cristal y vencido el plazo de un día sin tiempo, alguien lo toma en su mano y lo mira al trasluz. Un dibujo nuevo se ilumina, filigrana única de una guarda circular que ahora es asimétrica, diamante que gira entre los dedos sin herirlos. Bello objeto que podrá ser abalorio en un engarce apropiado. Toma otro, es diferente, el recuerdo de la guarda se hace olvido y dibuja un garabato audaz y solitario. Será anillo. Uno a uno los fragmentos se lucen en la mano, por la talla que nace ante los ojos o por la fiereza de sus puntas, ideales para defender muros. Por fin el tallo roto, mero, sin talla, aparece ante la vista, vidrio liso, sólo conserva de su vieja unidad, las huellas de los dedos que lo tomaron para llevarla a una boca sedienta, huellas de caricia, sin guarda, que la borró el amor: yo.)

DICE ÉL en el quince fatídico. No, no vamos a caer en el quince. Aunque siempre existe el riesgo. El azar no se gobierna y no hay oráculos a la vista que nos canten la jugada. Y si fuera así, que no valga, que no valga. Vos fijáte que apenas lo pasemos vamos a decir "y ahora qué nos puede pasar" Y eso, ¿te das cuenta? Eso que nos puede pasar una vez que superemos el quince fatídico que merecería llamarse trece, se llama perder un turno.

Perder un turno consiste en:

Replegarse, soslayar el deseo, enfriar la sangre y mirar. Mirar cómo juegan los otros. Dejarles el paso libre, correr los codos de la mesa para que se pongan cómodos. Aguantar. Hacer como que a uno no le

importa. Rumiar el desquite. Por qué no digo "la venganza". Sí, lo digo, la venganza. Y lo grito en silencio.

Todo pasa. Los turnos también. Pero se hace largo, y se pierde también la gana de jugar. Un turno como una vida. Y miro a los chicos y me pregunto si hemos perdido sólo un turno. Si en este juego que ha perdido -yo digo que se lo han escondido- el cartón con las instrucciones, no hay un casillero donde perdés dos turnos. Y los miro y me digo que no puede ser, que ellos reanudarán el juego. Te reís. Si el turno es una vida. ¿Y si la vida es la tuya? ¿Si perdés el turno y la vida es la tuya?

## CAPÍTULO QUINTO

El nacimiento del Tercerodé les dio un respiro de alegría. El estrenó un saco de abrigo, pelo de camelo oscuro con arrestos dorados, émulo del carísimo "blin-blin" de París. La madre de él lo trajo para el cumpleaños de Cielo entre risas y disculpas mientras insistía en que se lo probara y él se negaba avergonzado de ser obsequiado en cambio de Cielo que carecía. De abrigos, de zapatos de taco alto, de lencería con encaje, de borlas y pinceles de maquillaje. Entonces, ante su vergüenza, ella hizo el mohín que esperaba, de ofendida, y zapateó lejos del comedor iluminado en busca de la última cuna, un moisés de panadero, con la hogaza morena, en la harina del crochet y las sábanas. Era bueno el recién traído -él no había pedido nacer-, perezoso, dormilón, menudo. Con él se redobló la reclusión. Cielo empezó a concebir otras formas de cercenar el exterior que arreciaba negruras. Digámoslo. Fuerzas no identificadas transitaban. En pocas cuadras a la redonda, con centro en la casa, había habido estallidos sin explicación. Mientras toda la vida las sirenas sucedían a las explosiones, ahora sucedía exactamente lo contrario. El grito de la sirena preludia con desfachatez algo

que vuela por los aires. Además hay arreglos que hacer. Alguien ha traído ladrillos desparejos y un médano pequeño, a la medida de los hermanos, que lo miran de lejos como a una montaña mágica. Ya alguien ha prometido unas bolsas para fraguar un cerramiento, un muro que aleje sirenas, más que estallidos.

En los días siguientes, él parece un albañil y el adentro se cubre de polvillo chillón. Las narices de Dosdé se irritan y moquean porque siguen al padre, lo vigilan, lo rodean, le hacen la vida imposible. Visten los dos mamelucos de tweed, ex-polleras de las abuelas, uno y uno, una y una. ¿Quién vestirá al nuevo? El tercero es la discordia. Cielo goza las guerras de celos, pero odia ser celada, que lo es y mucho, por él siempre dispuesto a descubrir los signos de la pérdida para poder morir esta vida tan trabajosa. Le cuesta engarzar la conchilla centenaria, que se desintegra con la mirada, con el cemento fresco, joven, mojado y poderoso que ha revuelto con todas sus fuerzas, con toda su saña, con todo su odio. Tanto, que ha soñado por la noche que los dos niños iban revueltos en la mezcla, grises y pastosos, quietecitos en las columnas, emparedados sin grietas ni fisuras en sendas columnas, con huesos en vez de fierros del trece. Y se ha despertado en la almohada chirriante, porque no hay jabón que quite ese polvillo. Y se ha hundido en el seno irritado de Cielo porque no hay lugar donde el maldito polvo no se meta.

Los dientes del mayor ya piden hueso y picante pero sólo hay papilla. El segundo también está para más y a veces lo consigue, pero siempre hay papilla. De sémola y cereal, de soja y hortalizas, de papas blancas picadas de lunares y zanahoria. Cielo compra con recelo y poco dinero. Cuidarse de las verduras, que son regadas con aguas servidas, con las cacas disueltas de los arrabales. Cuidarse de las latas que vienen de Brasil sin controles o de Singapur, pasando por el Caribe sin controles, con venenos y ganancias para los importadores no dadores de trabajo y pan, que tiene harina ratonada (Cielo la ha visto una mañana de análisis de sangre por las puertas entreabiertas de la panadería) y la galleta de la suegra también, Dios no permita que ella lo sepa. ¿Y los huevos? recocidos porque las gallinas están



enfermas de una tristeza, un virus incurable que resiste el pasado por agua y el leve frito de la tortilla. Y las porquerías del kiosko, el pan de todos los niños que nadie sabría negarles, "veneno puro", sostiene Cielo que vigila los hígados. "Estarán enteros a la hora de emborracharse" bromea él y Cielo calla. Y hierve las mamaderas hasta hacerlas estallar.

De mañana, él se ha ido a recorrer calles y oficinas, a la changa, al recreo con los hombres. Las tres cunas se revuelven, se hablan, se contestan. Hay una tregua justa para todo. Ella corre y aparece minutos después. En los bolsillos de la bata vieja, sendas mamaderas. Para el nuevo, los dos pechos. No se enfrían ni estos ni aquellas. Ni el agua del mate que le ocupa las dos manos y le repondrá los líquidos. Los cuatro chupan en la orgía de tibia dulzura. Y después, bellísimos y harapientos con sus pantalones de lana tramada cosidos en la rodilla y en el hueco poplíteo, con sus tricotas de lana de veinticinco años atrás y los zapatos de ocasión, rígidos y ásperos, se lanzan a llenar de fábulas la casa. Incluyen al menor, en calidad de público, y a Cielo, en calidad de juez.

El quinto atraso de Cielo es todavía un secreto, compartido por pocos: las madres, que leen los silencios y los pasos, que miden el ángulo de los pies de Cielo y la hipotenusa de su espina dorsal respecto del suelo; él, que recibió la nueva con sombras de terrores porque alucinó sorprender una mirada de odio en los ojos de Cielo. Él, culpable absoluto, necesitado de calor, de abrazo, de consuelo. Él, hijo de sí mismo y de su amada, vulnerable como un embrión y cobarde como un feto, tan hombre sin embargo para hacerse cargo de la especie, acosando a la hembra con las claves que ella misma le diera. Él se lo calla como tabú, para no recibir la vuelta del escándalo. Las sombras de su humor ya no sorprenden ¿Y los niños? ¿Sabes?... Qué decir. Callan más de lo que dicen, y dicen tanto. Pasan las horas del día en la casa, diciendo. Los nombres de las cosas, sus músicas, sus rimas. Preguntan y definen, exclaman, pisoteando el *chantier* de otra obra, menor si se quiere, pero tan necesaria. Cerrar parte de la galería, tapar el siniestro mapa de hongos y humedad, frenar el agua de la canaleta roída y también por ocuparse, inaugurar, regustar el hábito de esa novedad para que lo sea, lo

siga siendo un poco más...

¿Quién más lo sabe? Tal vez Cristina que de nada se sorprende y menos de embarazos imprevistos. Ella está de vuelta de todas las desilusiones, de todos los sueños fallidos. Si con ellos hiciera una muestra, en el primer salón pondría los diplomas de su marido, en el segundo un gran chalet con parque, muchos cuartos, sala de juegos, en el tercero las perchas con los uniformes de sus hijos: blazer azul y pantalón gris, corbatas, boinas, escudos, jumpers grises y camisas blancas... en el siguiente las vacaciones, siempre la misma playa, lejos del centro...luego los aniversarios: un tapado de piel, el viaje a Europa, un monoambiente en la capital... y para las bodas... para las bodas qué podría soñar Cristina... todavía nada. Salón vacío ese último, justo antes de la viudez, temida a imagen de la de su madre... Ah, sí, Cristina debía saber lo de Cielo. Madre, quizá, con el corazón henchido de... ¿pena? ¿indignación leve hacia su yerno? ¿emoción? bah... Y la suegra, si lo ha contado, nadie lo sabe. Porque casi ya no salen de la casa y casi nadie entra a ella. Cuando Cielo decidió amurallar -lo venía pensando sin decirlo- él no quiso contrariarla, temía un rechazo, un exabrupto irreparable. Cielo quiso amurallar, él se guardó la opinión. Los niños miraron con curiosidad el destino de aquellos ladrillos y el cemento que amenazaba apelmazarse si no se usaba. De verdad se creyeron que era sólo por aprovecharlo. En realidad ellos no frecuentaban el afuera de la casa. Todo lo tenían dentro: lo suficiente, aún lo inexplorado. Podían disfrutar el terror de correr al fondo de la galería y tocar la pared, rebotar y volver, con los pelitos erizados. Podían tejer leyendas, como la del "ojo del fantasma" al mediodía, en la penumbra del último cuarto brillante como una gema y fugaz como un milagro falso.

No costó demasiado amurallar. Las ventanas ya no se abrían, teniendo luz como tenían por el largo patio bien orientado al sol de la mañana. La puerta era más bien ancha, pero sobraban ladrillos para completar el hueco e integrarlo al paredón de más de tres metros del otro patio, el de adelante, el de la entrada. Cuando hubo terminado, él se volvió hacia ella, que cebaba mate en silencio, rodeada por los cuatro niños que miraban, sólo miraban. "Mañana me presento por esa cátedra..." Quizá saliera, era por las noches, nivel superior, temas difíciles, mal pago y no conseguían quien la diera.

Arduo, barato, a deshoras... se la darían, con seguridad. Renegar y cobrar monedas. Oblicuamente Cielo responde "Alisá esas aristas, están frescas, quedaron desprolijas". El sonrío, la muralla, franqueable, está hecha. Nada puede entrar, y lo que salga, que no querrá, lo hará con mucho trabajo.

A medida que pasan los días Cielo se ensombrece. Va siendo más Lilith que Eva y él se percata. A veces, tentadora, lo acosa con artes que antes desdeñaba, falsea su personalidad, seduce con rencor, su iniciativa es viril. Su vientre crece poco, mal nutrido, inapetente de los guisos que amaña en la cocina. Los niños se percatan, también. Son perseguidos, amonestados, puestos en rigor por nimiedades. Unodé es deportado al cuarto, prohibición de tocar un juguete. Otrodé es privado del baño aunque las costras de sus rodillas piquen y llora y protesta, el morenito, tan cascabel, está sombrío de tanto rechazo, de tanta sospecha, y al bebé le faltan brazos. Pero Cielo está de venganza, en su órbita, invisible, celosa de la luna, sacada del mundo, obligada a una fragua tan dura... Quién la comprenderá, quién le perdonará su ausencia de sonrisa, quién abogará por ella y la excusará de esta donación de órganos constante, de este robo de huesos que le lleva su calcio. Vampirizada ¿quieren que sonría? Por eso la muralla,

## LA MURALLA

fortaleza que guarda cuatro niños, un hombre desolado y una mujer que es joven y es dos

Adentro no hay armas

Hay desesperación

Hay una célula terrorista en los cuatro corazones (ya se les une el quinto)

No queda nada para comer

Lo que sí hay son libros: leídos, robados, prestados, olvidados, comprados y heredados

"Si tuvieras el dinero para ir a comprarlos todos ahora te podrías comprar una casa en el centro"

En esa biblioteca hay una casa

En esa casa hay una biblioteca.

¿Dónde están Cielo con él y los niños? Atrás de la muralla. Emparedados. Quizá nunca salgan. Tampoco las ratas salen, circulan como locas a la luz del día hasta que en la pinotea encuentran poros por donde salir. El sale a su trabajo trepando a escondidas. Ya no tiene ganas de salir. Si nunca las tuvo. Cielo sale de vez en cuando en busca de provisiones. Salta con violenta agilidad. Quiere probar al intruso, aunque él está en su muralla, firme, de entrañas.

El televisor es cruel, irónico, inoportuno. Chispea cuando están tristes, dramatiza por pavadas, solemniza cuando están graves y refriega en las narices todo lo que tiene como un mal amigo, caprichoso y acomplejado. Te insulta en tu propia cara y te deja despechado. Por eso Cielo lo apagó. Por eso pero sobre todo porque siempre termina bien. Es intolerable que los niños vean todo lo que nunca tendrán. Y lo que sí tienen nunca aparece en la pantalla. ¿Y qué tienen? ¡Ah! Qué es lo que tienen. Eso en lo que son ricos, eso que les sobra, que heredó él de los padres obreros, ella de sus padres universitarios, y los niños en extracto concentrado... ¡Ay! Por ahora se llamará terquedad, testarudez, emperramiento, altivez, inadaptación, irreductibilidad... ¡bah! nada televisable. Por eso Cielo lo apagó. Además él decidió hoy ocuparse de las ratas, que han roído anoche la cara de un muñeco en la misma pieza de los niños, sobre la mesa, a tres metros de Unodé dormido. Como una mojada de oreja.

Las ratas acosan todo el tiempo. La casa es de ellas, aparentemente. Nivel de la pinotea hacia abajo, sí, seguro. ¿Quién osa tomar posesión efectiva de esos antros? Pinotea arriba, no. Están las manos rosadas de los niños, sus bocas ávidas, sus ojos húmedos, la ropa de cama, los vasos, las tazas... y el moisés, la cunita de mimbre inmóvil en el último cuarto, del lado de Cielo. El último cuarto, con su boquete arriba, sobre el cielo de arpillera y su criba abajo y el cubo de arañas, bajo las tablas incompletas, con vistas al abismo. Y los zócalos. Enormes, doble o triple de los normales, con molduras, tapando un espacio incontenible, como el desfondo de una caja rota que uno levanta haciendo pinza con los dedos y deja por la mitad, en el suelo el piso

y todo lo que contiene.

Las ratas defecan aquí y allá como quien se burla sin temor de represalias. Mordisquean el clavel que alguien trajo o inutilizan un libro prestado, que aparece molido, del lado de él. Inyectan las sábanas, dentro del ropero o la ropa de la otra estación guardada en bolsas enormes. Inyectan los cajones, bien al fondo, donde no llegan las manos apuradas. El las combate, como en otro tiempo combatió. Planifica, pero les teme, como en otro tiempo temió. Y va perdiendo, como antes perdió. Y ellas siguen estando ahí, como el enemigo sigue en las calles, infestando y aullando, acechando las rendijas de las murallas, tendiendo a su vez trampas con cebos apetitosos. Y él sabe lo que sienten ellas. Esta noche, el combate será cuerpo a cuerpo. No hay plata para veneno, que por otra parte ya sólo les hace bien. Estas son ratas mutantes, seguramente sus rasgos y su pelaje delatan los tóxicos. Su sistema nervioso también. La mutación nunca se completa.

Pero la cena ya terminó. La hora se aproxima. Cielo ya no tiene nada que hacer en la cocina. Cierra bien y va al comedor donde todos se ubican para acechar la llegada de los bichos que suelen, desaprensivamente, bajar por el caño de agua exterior, visible desde la puerta del comedor, y merodear el patio, meterse en la cocina, comadrear en la galería. Precisamente allí, el cebo. Pero dentro de un cerco de ladrillos que sobraron de las refacciones. Desconchados, rajados, desperejados forman un recinto circular con una abertura, medio metro de alto. En el medio el cebo y la trampa desvencijada que siempre resultó inútil. Oscurecen el comedor, imponen silencio. Los chicos están excitados pero callan. Cielo vacila. ¿Acaso esto está bien? Si es una carnicería, ¿qué impresión llevarán? Pero si no enfrentan a las ratas, qué temores exagerados conservarán, qué rostros pondrán a los altos terrores de la noche. Para él es otra cosa. Le teme más a la rata gris, cruda, chilladora, que a todo lo que no ve. Parados sobre el sillón, codeándose por llegar a la ventanita, los chicos soportan la espera. Cielo quisiera hacer café, pero él está ensimismado en su guardia y prohíbe salir.

Por fin aparece. Es una sola, grande, bajando por el caño, junto al jazmín del país (él, tan fragante, las atrae). Tantea con inteligencia, sirviéndose de su cola pelada. Tantea y baja, tantea y baja. En el piso, mira hacia arriba y

hociquea aullidos en sordina. Otra y otra más bajan, sin tantos miramientos. En el comedor es el pánico. Se impone el silencio. Cielo siente sus palpitaciones, pero las de él son más fuertes. No la jefa, si no otra, más pequeña, se adelanta a la galería, hacia el cebo. Sólo la lejana luz del lavadero ha quedado, por disimular. Hay un conato de discusión afuera. El queso huele bien (era comestible aún, lamenta Cielo en el momento de armar la trampa) y no les despierta sospecha. Una de las jóvenes se lanza. Escala la muralla -desilusión y risas adentro itan fácil!- y la vista del queso y su olor la ciegan. No reconoce el artefacto que la rodea, no es tan vieja, y come. Pero la cola la precede. Es así que con un "clic" terrorífico la trampera se cierra y en el fragor del cuerpo que salta dolorido, el cuadro se detiene. Adentro gritan. Afuera también. Sólo la cola ha quedado atrapada. No está herida, pero grita y se sacude bailando para desprenderse. El va a salir, pero se detiene. Las ratas también. No han retrocedido un centímetro. Es más, se han adelantado hacia el círculo de ladrillos con chillidos pausados, cautelosos. Cielo se aferra al suéter de él. Arriba, tres, cuatro, cinco hocicos se asoman al borde de la galería, mirando hacia abajo. Con asco y terror los chicos sí, pero los grandes no lo pueden creer. Él amaga salir, ella lo detiene. Él se deja detener. Afuera están en otra cosa. Las del piso rodean a la prisionera, que saltando arrastra tras de sí la madera, dolorosamente. De arriba, las de apoyo alientan en un coro estremecedor echando de vez en cuando miradas a la ventana y puerta oscuras del comedor. Adentro no saben qué hacer. Están en desventaja. Él añora un arma para acabar con ellas. Pero ellas son las culpas de los hombres, y no se irán.

Es ahora el puñado de seres en la oscuridad de la habitación la presa de los bichos. Ellos esperan que salgan, ni un centímetro atrás, cuestión de tiempo. Con los nervios a la miseria, él piensa ahora en prender la luz, hacer barullo, espantarlas. Pero Cielo ya está gritando "el bebé" porque, extrañamente, las tres del piso, la herida también, han hecho silencio y han dirigido sus hocicos como flechas hacia el fondo de la galería. En el borde, arriba, en la canaleta, no hay nadie. Cielo corre... "¡el bebé!"... en el moisés, lejos, en el fondo, casi quince metros de carrera a oscuras y ella en desventaja, sin bigotes ni cola para tantear obstáculos. Tropezaba prendiendo la luz: una rata, sobre la cama,

mordisquea olores humanos (el pañal del menor), el moisés ivació! Y todos están allí, prendidas todas las luces en el trayecto. En el cuarto de los niños, sobre la cama de Unodé, todos se han pasado de largo el bebé despierto ahora, molesto por los gritos. Los niños ríen, sacándose los nervios. Otrodé dice, señalando a sus hermanos, en media lengua falseada: "lo trajimos a mi cama entre todos". Cielo no puede reír ni llorar. El se pasa la mano por el pelo, quebrado, por primera vez, burlado...

Afuera, por supuesto ya no hay nadie.

## CAPITULO SEXTO

El Cuartodé había llegado sin conflictos. Cielo lo concibió una noche de un mayo que venía luminoso. El más chico ya andaba en dos pies hacía rato, un año casi y las defensas empezaban a relajarse. El deseo no recorrió caminos solapados. Todavía no fantaseaban con murallas o vasectomías repugnantes. La tempestad de afuera entró en un *impasse*, sospechoso como todo lo de afuera, pero que los arrastró al descuido, al desgano, a una indolencia dulce, proclive a las siestas y al olvido. Madre andaba por Europa después de incontables amagues. Nada de *tours*, de excursiones, de turismo para turistas. La tierra materna, el París conocido palmo a palmo en las figuras, los libros, los dichos de Memé. Y un paseo por España. Una tarde, Cielo chistó a los niños en el patio y los tres, a la carrera, acudieron a levantar la cabeza al cielo encuadrado, siguiendo el dedo extendido ¡Alla va la abuela! Un ronquido lejano, quizá un helicóptero, reforzó el dicho y lo elevó al mito. Rió Cielo para sus adentros y más, cuando luego Unodé sorprendió: "Europa queda arriba".

Cuando Madre bajó, se encontró con la noticia y no hizo comentarios. El anuncio del Cuartodé sólo despertaba encogimiento de hombros, un aburrido "...y... uno más..." como quien dice "uno menos". En la lechigada ya numerosa cuatro cabezas sobre una hormiguita que atraviesa el patio es lo mismo que tres cabezas *idem*. Cuatro vasos de plástico con té dulce es lo mismo que tres *ídem*. Cuatro por dos ocho manos para lavar, ocho zapatillas para anudar, dieciséis por cinco dedos cada pie y mano con uñas para cortar

es lo mismo que doce por cinco... y la sopa de sémola que queda en la ollita... es temprano aún para que el Cuartodé opine sobre la intrascendencia de su llegada. Además, ya está la media docena de todo lo que existe sin que nada sobre y quede nuevo, desparejo, motivo de peleas erigido en trofeo. Sí, todos se encogen de hombros: es lo mismo tres que cuatro.

Encima, nació en verano. El vientre de Cielo crecía dorándose bajo géneros ligero. Sus pechos libres se expandían y la casa, con ser oscura y fresca, se llenaba de aromas. Los árboles inmensos de la vereda, el jardín del ministerio enfrente, el jazmín del país, exhalaban sus aires adormecedores. Todos vivían la vacación de la vacación, una fantasía tranquilizadora. Por otra parte, la ciudad se vaciaba y el mal entraba en receso, probablemente en la costa. Contrariando al mundo que se recluía y se rodeaba de aparatos, ellos gozaban saliendo de la casa en horas de la siesta, no lejos, unas cuadras, entre los vapores del cemento y las baldosas, el juego del sol y de las sombras, el recorrido por veredas con ventanas cerradas ahogando el zumbido de motores refrigerantes. Como únicos habitantes del mundo. Quizá sólo para volver y sentir el choque fresco al entrar en las grandes habitaciones oscuras.

Melusina, un hada refugiada en las ciudades, al desaparecer los castillos, dio su primer grito agorero por entonces, pero Cielo no lo oyó. ¿Debió notarlo? Quizá la advertencia era tan evidente, tanto como para chocársela a diario, que no la advirtió. Esas construcciones, las obras de él en las galerías, en el primer patio, el cerramiento del lavadero. Todos indicios del andar de Melusina en las sombras, advirtiendo... toqueteando los ladrillos, los gotones de mezcla. Es sabido que Melusina construye por las noches, levanta, erige. Pero su obra es defectuosa. Al puente le falta una piedra, el ladrillo por la mitad no cierra el hueco, la costura entre pared y techo, plano con plano que no se entremezclan. Algún visitante desprevenido ha estado -antes de la muralla- y ha preguntado si el cerramiento cerraba acá (donde hay techo de galería) o allá donde hay patio (y con un buen techo nuevo se obtendría un ambiente enorme. Nunca estaba claro qué se construía. Pero el andar de



Melusina debió ser notado. Porque las catástrofes siempre se anuncian.

Quizá porque en estos tiempos exagerados de su vida Cielo se ve arrastrada por lo inmediato en un presente sin fin que la agota. Hace tiempo -desde que esto empezó- que ha dejado los libros. Ellos exigen quietud, concentración, olvido. Cesación de músculos, pero también cesación de pensamientos fugaces. Y son éstos los que la copan. Sus días transcurren en un salpicón mental que la conciencia se esfuerza en registrar y al cabo sólo son añicos, añicos de horas, añicos de pensamientos... Todo lo que dice son frases trucas, de rumbos cortados, como los laberintos de las revistas. Su lenguaje ha perdido no ya la capacidad de la coordinación -estadio primitivo del relato, pero lógico en la secuencia que va hilando- y con más razón la de subordinar -el largo aliento del lenguaje, la construcción soberbia del logos arborificado en causas y consecuencias, en incisos y condiciones, en derivaciones fieles al núcleo originario- sino también la capacidad de la unimembre rápida, económica y brillante, la construcción sustantiva con el núcleo elocuente. Ha caído en una distaxis que la desconsuela. Añora una especie de claustro laico, visión no puesta en palabras, donde todo fuera frescura y silencio, oscuridad suficiente para la lectura y el paseo mental tan deseado, la vacación que nunca le deparó tedio. Quizá porque los cuatro ya deambulan incansables, constructores y desarmadores y la urgen con definiciones categóricas, absolutas, ella es un manojo de palabras deshilachadas, extraviadas de toda lógica. Él la sorprende así, roja, despeinada, apasionada en un juicio salomónico o separando contendientes sin explicaciones, y ¿porqué? se enciende su deseo. A veces la apura con cuestiones como zancadillas para enrostrarle su falta de lógica y lo atribuye a su condición femenina. Si cede, otorga. Si rechaza, también ¿En qué cabeza cabe desaprovechar este rato, con los cuatro rendidos en los sillones, de vuelta de un paseo soleado lleno de agotadoras distracciones? El entonces menea la cabeza y bromea ¿para cuándo el descanso eterno?

Quizá después. Por ahora, Cielo enuncia: El cuchillo corta.

Prohíbe: No toques, te dije no toques.

Suplica: Vamos, dejalo, no es nada.

Inquieta: ¿Quién fue?

Enrostra: Vos empezaste.

Acusa: Fuiste vos.

Atestigua: Desde allá te vi.

Se humilla: ¿Y si te doy un besito acá y te hago cosquillas?

Legisla: Hasta acá te ponés vos, más allá es de ellos.

Pontifica: No se matan los bichitos; los que no hacen nada.

Se lava las manos: ¡Ah, no, si me vienen con muecas y cuentos yo no sé!  
Arréglense.

Se juega: El es más chiquito, ¿no les da vergüenza?

Vuelve a enunciar: El fuego quema.

Y a consolar: Ya pasó, ya pasó, ya pasó...

Discurre: Y cuando todos los indios que había acá vieron los barcos con hombres distintos...

Recuerda: Íbamos en tranvía hasta el final... a mirar los trenes... a pescar al parque...

Y suplica: Que no sea nada, por Dios, porqué no corre con los hermanos, porqué.

Y trajina: Alcanzame los broches, traeme la palita, corré los juguetes, los zapatos mojados, la silla renga, la pelota, el triciclo roto, el canasto sin fondo, las ropa seca, se cae, cuidado, quién fue, te vi, no le hagas eso, la luna es buena, no llores, dónde te duele, por Dios, señalame, ponemos una curita, yo te canto, te cuento, te curo, te cuido, te culpo...

¡Y nada de gatear, arriba, así, una patita... otra patita... una patita... otra patita, uno... y dos... uno... y dos... ustedes salgan, grandotes! Así, arriba, vamos, con los chicos, muy bien, de la manito, a pasear, bien... ¿y si te suelto...? ¡Bien!

Te suelto... te suelto.... te vas... saludame... bien... bien...

La muralla erigida por el encono de Cielo cerró el paso a muchos visitantes. La buena ubicación de la casa, muy cerca del centro geográfico de la ciudad y a mano de varias dependencias y centros comerciales llevaba a muchos conocidos a "hacerse una pasada a ver cómo estaban" tomar mate, agua fresca, vino raras veces, ir al baño y hacer un rato de tiempo cuándo no a

directas consultas del tipo: ¿Dónde era que liquidaban ropa blanca? o ¿No tienen ningún conocido en Personal? La muralla los detuvo, aunque los niños perdieron distracciones y la fascinación de esa gente que no se les antojaba vulgar sino exótica, diferente, atractiva a más no poder... pero aún no tenían voz para oponerse.

Y fue convirtiéndose, la casa sellada, en una gran caldera, una olla sometida a una gran presión. El afuera empuja para fisurar el gran útero, tan fuerte a pesar de su resquebrajada apariencia -es la voluntad que resiste-. Considerada un centro, la casa atraía concéntricos variados. Pues bien, al cerrar todos sus poros, algunos círculos se disolvieron y dispersaron sus átomos por el mundo exterior. Eran esas relaciones residuales, indiferentes, epidérmicas o funcionales. Ex-colegas de él en colegios u oficinas con alguna afinidad, parientes de tercer grado que venían a conocer un niño y encontraban nacido al siguiente e inapropiado el regalo, amigas de madre que venían a lo mismo pero menos curiosas, deseando cumplir con ella, tan puntillosa de deudos ajenos. Alumnos particulares, ruidosos y patéticos, culposos y huérfanos en busca de padre sustituto, tan duros de sesera que daba pena cobrarles. Y también había cumpas, ahora vagos y nostálgicos, con un algo de vergüenza de haber sobrevivido y sin lugar en este otro mundo sin heroísmos. Ellos venían a despuntar recuerdos bravos, nunca tan bravos si estás ahí, oyéndolos con un mate en la mano. Él los escuchaba distante y ellos se iban después de beber todo lo que hubiera, sin comprender cómo ese matrimonio no se había deshecho y seguía allí, sin convertirse también en protones impares, sobrantes, disponibles. ¿Un raro fenómeno de magnetismo?

Los primeros años sobretodo, llegaban a veces estudiantes atrasados y desorientados, en busca de apuntes y monografías hechas. Venían recomendados por ex-compañeros de la facultad, a menudo muertos, y alegaban mensajes póstumos, en el sentido de que ellos tenían esas imprescindibles carpetas, esas fotocopias inhallables y la bibliografía de aquel profesor que nunca más fue visto. Cielo los atendía por la ventana, llena de resquemores (la muralla ya estaba en ella) y les decía que ya los habían prestado, o los asustaba con historias acerca de persecuciones a quienes

llevaran esas ideas y que mejor sería conseguir lo que hoy (subrayado) se pedía.

Afuera empezaba un carnaval que no se podía identificar, extemporáneo, en pleno frío. Durante las noches, las sirenas siguen precediendo a las explosiones, eso no había variado, pero de día transcurrían comparsas con banderas y tras de sí caravanas de autos particulares. Barullo de bombos y platillos entonando jingles indescifrables a través de altoparlantes montados en camionetas. Uno espera comprender en tanto se acercan, pero ya están alejándose, confundiéndose y entonces otro se le pone encima y así el bochinche es constante. Es una alegría siniestra: ruidosa, confusa, no deja huellas. Multitudes siguen a los camiones y las bocinas tapan de nuevo sus voces. No ocurre todos los días, pero los niños, que están disponibles a todos los ruidos, dejan lo que hacen y siguen con los labios los estribillos sin dejar de mirar a sus padres. Ellos tienen un gesto de pesar cuando no de rabia. Entonces los niños hacen como que siguen su juego pero siguen musitando musiquitas, las memorizan, y ritman las murgas con sus cuerpos. "¿Cómo amurallar el aire, cómo clausurar las ondas, qué ladrillos se necesitan?"

Otras veces el carnaval juega a la oscuridad. En algunas noches, Unodé no sabría precisar cada cuánto, todos juegan. Cielo los comanda, ordena tapar las ventanas con papeles oscuros y además recorren apagando las luces innecesarias. Se quedan en el comedor, con una sola lamparita pues el comedor tiene la ventana ciega, la luz queda atrapada allí, tanto que cuando hay sol uno casi no se entera. Tan es así que a veces han sentido la tentación de abrirla y aprovechar los ladrillos para tanto parche que hay que hacer, pero ahora les es práctica para oscurecer y jugar al juego que Cielo pautó. Por ejemplo, si necesitan algo de las otras piezas, probar de encontrarlo sin encender. Eso no les gusta aunque tiene sí, algo de emoción. Pero sobretodo hay emoción algunas noches, cuando estruendos nunca oídos, de esos que hacen saltar las vísceras en el cuerpo, parten el mundo en dos. Él y ella se miran y pronuncian palabras incomprensibles, como si supieran de qué se trata. Una vez de éstas Unodé insistió en salir a la vereda, porque no se convencía de que todas las casas apagaban sus luces al mismo tiempo. El lo sacó y lo llevó hasta la esquina. Esa noche, él tuvo la siguiente

pesadilla:

*La orden de oscurecer era dada por el mismo enemigo, usurpando un lugar que ya nadie sabía dónde quedaba. Así, todos los que se refugiaban y apagaban las luces se atrapaban solos. Tapiados, no podían ver a quien llegaba. La calle se infestaba de patrullas con faros infrarrojos, como los que habían salido en una revista, invisibles pero que permitían ver en la oscuridad ¡Qué fácil! caían todos en sus manos, en esas noches negras de cohetes supersónicos...*

Pero ahora hay signos nuevos. La muralla es la prueba de que son sensibles a su aparición. Ya se dijo que la noche había pasado, pero que el sol que brillaba afuera no era lo más esplendoroso. Signos hay. Los chicos son los primeros en enviarlos. Una hostilidad se instala entre ellos a medida que crecen, paralelos en una jerarquía inalterable. El menor se ha integrado a la pequeña masa anónima. Y entre todos se complacen en colocar a Cielo en un lugar que ella detesta, el de juez, tirano mejor, sin respaldo legal, sin títulos legitimadores. El injusto árbitro del yonofui, yotampoco, elfué, vosnoviste, yoteví. Él, monarca, delega en Cielo las nimiedades y su magistratura se enloda al borde del atentado, el putsch, el golpe.

La muralla, además, les restringe la diversión. Franquearla es difícil, además de que por fuera nadie nota que allí vive gente -desaparecieron los vendedores y buscas-. Los pocos que sí la pasan terminan preguntándose qué han ido a hacer allí, que la conciencia empieza a cosquillar. También puede ser que tenga razón Unodé cuando sostiene que tras la nueva pared se agolpa la multitud de conocidos y que por turnos casuales o arreglados van pasando a hacer lo suyo: visita, negocio, lo que sea. Esta idea los hace reír: un mundo rígidamente domocéntrico, magnetizando gentes dispares, como los santuarios. Creerá Esedé que en ellos hay una naturaleza oculta y vagamente mágica que da razón de existir a tantos seres. Y que su existencia se organiza en torno a ellos, a su voluntad de recibirlos, de atenderlos brevemente para volver extramuros, en espera de otra ocasión... Menudo complejo de hombres el de esos niños...

(Cielo también está ante una muralla que quisiera trasponer. En momentos de silencio y en momentos de palabras sin sustancia, él calla con tristeza y se queda mirándola. A su vez, ella está emparedada para él. Su piel está húmeda y tirante, como inundada de humores secretos. El no conoce muralla más cruel que la preñez. Muralla es misterio, secreto, espalda a su mirada. Pero como broma cruel su despecho construye la propia, en su alrededor. Allí dentro se encoge, se retuerce sobre sí mismo y como los chicos se niega a responder).

Pero hay quienes entran -además de las madres y sus reumas, hábiles escaladoras-. Son pocos, y entre ellos:

Siria y Amador. Pareja simétrica a la de los padres, pero casi distinta (sic Unodé). No tienen hijos, pero sí la misma edad (aclara Otrdó). resplandecen. Se divierten. Es una cuenta de dividir. Lo que va para seis se reparte en dos. Está claro, destila él cuando a Cielo la reconcome un despecho ante la dentadura mantenida de Siria, su pelo artificial (color y volumen), su cintura infantil que desmiente trajines adultos. Amador también brilla, en la montura de los lentes que le dan un aire de animador de t.v., como si los usara por maquillaje, en el relato de banquetes que se han dado a sí mismos o a amigos nuevos a quienes ocultan su pasado. Brillan en el acopio de chismes increíbles sobre gentes vagamente conocidas. Los chicos los adoran, coloridos como son, dispuestos a alzarlos, a preguntarles cualquier cosa y festejar ruidosamente cualquier respuesta, acompañándola con ritmo de pulseras y aros. Además, no dramatizan las viandas exiguas e infantiles que se sirven en esta mesa. Claro que no debe faltar el vino para empezar a recordar enseguida. Se entienden, los cuatro, con guiños y miradas. También hay nombres en clave y episodios incompletos (serenatas, exámenes, policías, póker y truco). Cielo ríe a carcajadas y él le hace eco agarrándose la cabeza, sirviendo otro vaso a todos o conduciendo el relato por una vez, desconocido, con algo de brillo, de extrema juventud. Ah, piensa Unodé y se lo dice bajito a Otrdó, porque los otros duermen rendidos en el sofá: ¡qué fantásticos han de haber sido esos tiempos en los que Siria Y Cielo, Amador y el padre eran jóvenes, libres, felices!

El Negro. Alto, oscuro, hábil para detectar presencias tras las murallas. No había forma de detenerlo. Era uno de los pasaba por aquí y entré a ver cómo andaban. Paracaidista vocacional, equivocó la época para venir al mundo. Destinado a la acción directa, era un misterio cuán directamente había actuado. Pero sugerir, sugería. En su boca todo era salvajemente real. Unodé sostenía que había sido soldado, Otrodé negaba, los soldados no viven en la ciudad sino en la guerra y Otrodé callaba, fascinado coleccionando palabras como copamiento, comando, fierros y boletas, servicios y zanjón, casi susurradas. Cielo no reía ni caía en la fascinación. Iba enfureciéndose callada y él, volvía los ojos hacia atrás, hacia adentro, lejos, lejos, a un pasado sin risas pero también misteriosamente atractivo en el que había emoción, riesgo y movimiento. Ah, dulce miedo que se cortaba cuando el Negro, viendo en los ojos de Cielo un relámpago de reproche, se levantaba y agarraba cualquier cosa: pila de diarios, enrollaba uno y los corría a golpetazos blandos, con gestos de mosquetero. Unodé se armaba a su vez y le castigaba las rodillas mientras Otrodé sobre una silla, enrollaba el suyo y le sacudía la boina negra y Otrodé la escondía como trofeo. Elmenordé bailaba frenético en torno. En la gritería, Cielo juntaba el mate, la pava y se iba a la cocina a renovarlo. Él, pensativo, empezaba su rollo lentamente, sin pasión y se armaba un garrote de papel para defender al amigo que ya estaba dándose por vencido en medio de carcajadas.

Los ex-alumnos. Así, en plural. Adolescentes grandes, tan rubios y rutilantes, con sus cabelleras flotantes y su atropellado andar y hablar. Escalaban la muralla sin problemas, las chicas con risitas, los varones con soltura, derrochando agilidad. Saludaban a Cielo con besos y nombres, le entregaban paquetes de carísimas facturas traídas de pleno centro y tardaban un rato en ordenarse y sentarse en el comedor. Entre risas y cuchicheos, finalmente la voz de él primaba. Se imponía, el coro callaba, pensaba, respondía. Nuevas risas como banda de globos y otra vez silencio. Los chicos adoraban la autoridad de él que crecía, crecía. Hacía callar a esas hermosas mujeres rubias de cabellos larguísimos que olían a menta, tabaco y naranja. A esos

hombres flaquísimos de ojos transparentes y zapatillas portentosas. Unodé gateaba en torno con un autito para mirarlas de cerca. Otrodé se acercaba a él y dejaba que le mesara el flequillo para no perderse nada. Otrdé aceptaba la falda de una de ellas y Elmenordé ni suspiraba en un rincón alejado para abarcar todo el cuadro. Cielo se desdibujaba para atenderlos con las dos pavas y las dos ruedas de mate y las bandejas deliciosas que nadie tocaba ¿De qué hablaban? ¿Qué había en las palabras de él que esos seres tan de afuera bebían con fruición? Ah, ellos no podrían definirlo, quedaban sin explicación, sólo encarecían las golosinas, pero sí les quedaba claro que acudían en busca de palabras, que no los defraudaban y esas palabras eran grandiosas, les hacían bien, las aceptaban, los dejaban pensativos. Agotados los mates, los temas, las facturas, caída la primera noche se iban, o mejor, él los hacía irse, temía por ellos, les recomendaba cosas como: "no digan que estuvieron por aquí" o "no digan quién se los dijo" y ellos, tan ruidosos y risueños, se ponían graves y juraban por todos los cielos. Los niños comprendían que el grupo venía de un pasado, el del padre que retornaba a un contacto resistente de afecto. ¿Cómo habría sido? Ah, esos diálogos oscuros, quién los comprendiera... Dejaban el dulce sabor de ver a Cielo y a él seguir conversando -más él y ella en escucha- hasta irse a dormir entre frases lentas y trabadas, tan llenas de sentido...

## CAPÍTULO SÉPTIMO

El está realmente fastidiado. Ha estado haciendo trámites toda la mañana. En la oficina del seguro médico trató de explicar que no tiene trabajo, pero sí lo tiene. No hay papeles, claro, donde figure su nombre y descuentos o aportes. ¿Entonces? Cómo pretender que este otro hijo nazca en un sanatorio como los otros. Es que entonces los papeles eran de ella. La paciente con sus descuentos y aportes legales. Cómo explicar que ella sigue trabajando sin seguro médico o licencias porque las monjas, por ahorrar le preguntaron al tiro si él había conseguido trabajo y ella, por orgullo contestó que sí, sin aclarar que eran changas, parches, islotes de ilusión de normalidad. Ellas entendieron lo que quisieron y le quitaron el número, le dieron la baja. -Corresponde que lo cobre tu marido- dijo la superiora



agarrándose la cruz del pecho. Claro, claro, respondió el orgullo de Cielo. Ella siempre se creyó indestructible, capaz de vivir sin seguro médico, alardeando de no acordarse de la última vez que debiera guardar cama. ¿Quién hubiera podido adivinar que una de esas noches frías, después de unas visitas que golpean la ruinoso puerta con un "vi luz y llamé", después de barrer palabras de los rincones (los niños llevan todo a la boca) y del mate, hechicero de las doce, el calendario y la sensatez iban a ser barridos por... porqué. Porqué, si alguien puede decirlo. Quién iba a decir que deberían trajinar los pasillos insensibles del seguro social otra vez. Y eso a él lo fastidiaba mucho. Debe mentir -entonces le creen- y debe decir la verdad -y entonces nadie se convence-. Y sobre todo debe ser prudente, callar algo. O si no, cambiar algunas fechas. En el estado cesó un mes antes del golpe militar... en el privado unos meses después. Si llena planillas hace números raros y si es oral rodea los datos con palabras inútiles que mareen al empleado y le impidan entretenerse con la verdadera biografía. Los hechos se esconden, a saber: que fue dejado cesante en virtud de disposiciones emanadas de autoridad militar por integrar listas confeccionadas por ella misma y que obraba en poder del subcomando de esa zona (la autoridad militar competente) y que era despachada a todos los organismos pertinentes. En los telegramas venía un número, entonces no se podía mostrar el telegrama porque el número quería decir todo lo anterior. Algunos que lo poseían lo guardaban con orgullo esperando mostrarlo y medrar con él, como un diploma inesperado. Pero por ahora era una brasa en los burós de trámites. Y estaban también las dos planillas, original y copia, que se giraban directamente a los servicios de inteligencia y que debían regresar selladas y aprobadas, aún para comprar una heladera o vender unos dólares. Cada vez que Cielo o él las llenaban, el interrogante volvía a plantearse. Un tío de Cielo con contactos castrenses, retiro efectivo, nena, no te creas que te voy a mandar al frente con uno de estos, había asegurado que no tenían expediente abierto. Mientras que un ex legislador, amigo del Negro, o pariente de un amigo de éste, había devuelto una lista que le enviaran con algunos nombres subrayados, precisamente, los que debían preocuparse por estar fichados. Y en ésta sí estaban. ¿Entonces? Entonces, según hubiera sol

o estuviera nublado, según Unodé tuviera fiebre o no, según el período de Cielo cayera en día previsto o se demorara un día o dos, le creían al tío o al Negro (que por otra parte disfrutaba el estar fichado, planeando un copamiento de archivos, y un incendio de expedientes).

Cuando él iba de trámites, todos los fantasmas se ponían en marcha. Y por primera vez, Cielo se negaba a calmarlo, como tantas veces, con argumentos infantiles, hasta que fuera evidente que el peligro había pasado.

La actitud de Cielo comprendía:

- Una negación a encargarse de nada que no fuera su panza (niño o propio estómago)
- Una rebeldía irracional ante lo innegable que se traducía en llanos intempestivos.
- Un rencor sordo hacia todo lo masculino y por ende,
- una postura feminista recalcitrante que no perdonaba ni un comercial de t.v., ni un sustantivo en género masculino.
- Un vuelco en los hábitos de los chicos, por métodos autoritarios que no tuvo éxito al principio, consecuentemente:
  - un cese en diversas tareas, por ejemplo lavar la cocina una vez al día.
  - Un mutismo inextricable a la hora de responder a los requerimientos de él, salvo cuando ella frenéticamente buscaba el contacto y exigía pasión con despliegue físico de posturas infrecuentes, como quien se arroja de un piso trece.
  - Un abandono, un silencio, un ensimismamiento desconocidos y desoladores.

Unodé ha untado el chupete del menor con polvo de limpieza. Tranquilo, el chiquitín se ha quedado en el baño, con la puerta entornada ante la montañita blanca que le han servido, tratando de reconocer azúcar, insistiendo en hallar el sabor, mojando una y otra vez, succionando con fuerza, perplejo ante un gusto inclasificable. Pero el mismo instigador lo ha delatado.

El mayordé ensaya salto en alto y largo a la vez con una valla armada en el patio, tabla de pinotea con puntas astillosas, tres ladrillos de alto para empezar. Superado sin esfuerzo el primer obstáculo permite al tercerodé

subir la valla para intentar superar su propia marca, todo delante del segundodé que finge interesarse pero no opina. Toma carrera desde lejos, todo lo que puede -la pileta de lavar- y allá va.

Cielo corre, avisada, hacia el menor que come Odex y pasa a tiempo de ver al otro, -¿cuál? Se cambian la ropa, la comparten, se saltean en el orden de la herencia, los impares son largos, los pares rellenitos, los primeros no dejan calzado, el menor revive prendas tan viejas, las llena, las anima cuando ya han sido enterradas en los recuerdos y las mechas lacias, mal cortadas por la tijera mellada, los flequillos largos, las mejillas redondas y sucias, ¿cuál?-, que cae sobre los ladrillos enredado en la pinotea que encierra entre sus pies como tijera, quebrada, apolillada en los labios, la lengua, el polvo astillado, dócil abre la boca y protesta que es feo, que no tiene gusto a azúcar, la sangre tapa el tamaño del corte, la suciedad oscurece... ante los del medio que dan un paso atrás y como a menudo, les toca mirar. Es que los otros son más ingenuos: el mayor siempre explorando, arriesgando el pellejo seguro de sorprender, y el menor, absorto en sus maestros a los que no discute, tiene tanto en qué pensar. Entonces los dos del medio tienen ideas y eligen el sitio sin compromiso, de poca visibilidad y se convierten en los verdaderos y ocultos resortes de la acción.

Cielo escala con dificultad la puerta amurallada, bajo un brazo el más chico y de la mano el grande llorando mocos sobre la herida, en busca de un teléfono y bajo el otro brazo un cartón donde se lee *sulfonato de sodio*. Los otros dos se quedan abajo, mirándolos ir, resentidos por quedarse solos. Cielo se agota. Un poco de limón, observación durante veinticuatro horas, posibles eccemas, desinfectantes, parche adhesivo, desinfección, prohibición, formalidades represoras. Eso es todo. La muralla la puso al límite, ese salto, esas cuerdas. Y a la vuelta esos dos se quedaron silenciosos, resentidos, satisfechos de no ser castigados, planeando futuras intervenciones en la trama ajena, sintiéndose tan poca cosa...

Unodé, el chiquito, (quiere creer Cielo), ha arrancado todas las manijitas de la cocina, incluida la del horno, y la llave general de la pared. Aparentemente las ha enterrado en el cantero del jazmín del país. Dos se ven, están en su cuarto, se oyen gritos ahogados de excitación. Cuando el

gas empieza a olerse, puede adivinarse qué hacen, porque uno entra y no ve a nadie. Están arriba del ropero para lanzarse en zambullida sobre la camita provenzal. Pero, ya sea por la debilidad del piso que cede, el descontrol allá arriba o la embriaguez de Unodé que después de tirarse baila frenético al pie del ropero, éste se desploma sobre el otro, probablemente el segundo. Y el tercero corre, al grito de "se le cayó el ropero encima y quedó abajo".

Cielo manipula, las manos húmedas de sudor, una pinza, intentando rotar el vástago de bronce demasiado corto, agarrado por grasas inmemoriales, habiendo abandonado por inútil, el interrogatorio sobre el paradero de las llaves -el chiquitín no conoce la palabra que designa esos objetos, es un extranjero detenido en un país ajeno-. Luego intenta con la general, en la pared, sin manija, que presenta un muñón con ranura, inatacable en ese estado de desesperación. Entonces desiste, abre, ventila, corre a salvar al derrumbado, que, inmóvil bajo el ropero, que ha caído -a Dios gracias- con la puerta abierta porque ninguna cierra bien en esa casa, y lo extrae desconcertado entre perchas y abrigos blandos y suaves, totalmente ileso. Cielo mueve el mundo con la palanca de su desesperación y este cruje y libera del todo al aplastado. Ordenes de quedarse ahí, junto a la ventana abierta.

Aunque Cielo sabe que es imposible llenar de gas esa casa y morir inadvertidos. Tantas rajaduras, grietas y chifles tiene por donde se la mire. La ilusión de clausurar toda abertura es ilusión meramente. Pero hay que cerrar, detener ese silbido, no sea cosa que por los aires encuentre una chispa fatal. Si sólo hubiera atinado a prender esos mecheros y quemar el gas, convertido en fuego votivo, permanente... pero ahí viene Unodé con las uñas negras y una manijita, una sola, sí, rota, rajada, pero sí sirve, cierra. Los vientos que atraviesan la casa llevan todavía un regusto a gas, pero es aire fresco. No intenta ya descifrar esas miradas que la juzgan exagerada pero hay en ellas una clave, un dejo apenas, de sentido, implacable. Inquietante.

Los pies de Cielo son dos animales raros. Sugieren algo marino, sin forma ni ojos. Los dedos no se dejan mirar y los tobillos, como rocas erosionadas

presentan líneas toscas, excesivamente pulidas. Cómo van a dejarse calzar. En lo profundo, la sangre no circula ni anima colores saludables. Se estanca allí abajo fatigada ante la proeza de recorrer el largo camino hacia los cuerpos allá arriba. Sus pies se derraman. Casi no se mueve y la casa va enfriándose porque a la hora de comer no entibia los aires yendo y viniendo, pautando seres y objetos. Hay días en que está mejor y se calza- es un decir- las puntas de unas alpargatas ablandadas y grandes que nadie sabe de quién fueron (dicen que de él, en aquel verano imposible de campamento en la playa, antes del desastre general, o del albañil que destapó caños obstruidos por raíces). Entonces anda y el cosmos resucita. Los niños empequeñecen y se convierten en cuatro bebés adorables, gorjean, comen, sonrían, besan. Él reinicia su parte, como un actor temperamental que cede y muestra buena voluntad. Pero cuando Cielo se encama, todo es un teatro vacío, tablas polvorientas, telones inmóviles, luces apagadas y el público, la gente, en cualquier otro lado.

Fue uno de esos días de pie de hipopótamo que llegó la Promotora. Él, lástima, no estaba. Tenía una entrevista en la Capital.

Traía unas planillas, las manos frías y flojas, un jopo alto con laca como empezaba a verse en la t.v. y un abrigo de hombros cuadrados. Tintineaba, no tanto como Siria, con seriedad oficial. Pero se comía las eses. El efecto quedaba así desvirtuado, destruido el edificio de la imagen policíaco-civil que lograba mientras se mantenía en silencio. Las planillas estaban en una carpeta, y la muralla... la muralla no la detuvo. La sonrisa que les dedicó a los niños sembró una duda, pero no hubo tiempo de disiparla. Ella ya atacaba. Cielo la hizo sentar en el comedor. Cielo no tintineaba.

El interrogatorio transcurrió sin que las mujeres cruzaran una sola mirada. Cielo con los ojos fijos en los niños, que se turnaban para observar desde el puesto mejor ubicado, sin pelear, terminando los cuatro adentro, en torno a la mesa, mudos y suspensos. La Promotora fija en sus papeles membretados que venían a medio llenar con los cuatro nombres y el mismo apellido. Tardó mucho en ordenarlas cronológicamente, lo suficiente como para que hubiera risitas de burla, pero tenía la piel dura. Y un parlamento bien aprendido. Constaba de preguntas y al cabo pudo desentrañar algunas irregularidades:

demasiados niños por cuarto, adultos y menores durmiendo mezclados, sanitarios exteriores e incompletos, cloacas en mal estado, instalación de gas sin habilitación y cables eléctricos caducos, además de entradas salariales no verificables y títulos insostenibles para ocupar la vivienda, -si es que a esto...-, y sobre todo, motivo de la inspección, demora inexplicable en inscribir a los menores con edades correspondientes en establecimientos escolares. Todo esto sin las eses del plural. Cielo estaba desolada por dentro, pero presentó una coraza irreductible, un grado antes de la insolencia o la expulsión. El siguiente trámite no daría tanta risa. Argumentó sin saber sobre aplicación de leyes o reglamentos, razones de fuerza mayor y buen sentido sobre cómo enseñar sin títulos a recortar y pegar, a ordenar en orden creciente o inverso, a recitar trabalenguas, y entonces, traidor, Unodé, garabateó un "erre con erre" tan lleno de *gues*, que desarmó a la madre y marcó un tanto para la pérfida.

-No van a ir- dijo él con firmeza pero como al pasar.

-No van a ir- dijo Cielo replicando.

La pera en la mesa, los niños, de hielo, miraban la decisión. Y no entendieron nada de las novedades en el discurso nervioso pero feliz del padre. *Guiones, pastillas, globitos, epígrafes*, pagan por cantidad. Ideas, se cotizan mejor, pero si una frase va en tapa... están horas decidiendo sobre dos palabras. Porque una revista se vende por la frase que resalta en el kiosko No es difícil, no aparece firma, las ventas están aumentando... hay un auge terrible... ahora sacan otra revista semanal para que les haga competencia a ellos mismos... la misma porquería.

Los niños después mordían los días que para Cielo eran su propia cuenta regresiva. Y para él un acumular publicaciones redactadas con fiebre en casa y llevadas a la Capital cada cierre. Sus escritos eran tasados en moneda constante y sonante. Por primera vez lo acometía el furor de trabajar a destajo por la remuneración, cuando lo de toda su vida había sido el furor de la entrega sin paga, el desafío íntimo ganado en el más total anonimato, la victoria sobre la dificultad que nadie persigue ni aclama. Ya no quiere aclamaciones, solo dinero. Pero no es ingenuo, ojalá lo fuera. Su talento fresco, su mordacidad que debía atemperar, su chispa, se prodigaban con

una desesperación quieta, con la fruición del que pisotea un castillo de arena. Y ese goce, lujurioso más que avariento, se veía cuando marcaba las revistas para controlar que todo le fuera pagado. Lo hacía con Cielo, por las noches, a escondidas de los niños, frente a cosas como:

Foto de un hombre negro, piernas abiertas, pene con un nudo, epígrafe de tres líneas,

Foto de mujer blanca, nalgas abiertas, defecando frente a otra mujer, con expresión plácida, diálogo de seis réplicas,

Foto de dos hombres jóvenes, uno husmeando el trasero del otro, sobre una alfombra roja, *curriculum vitae* de ambos.

Esto se pagaba mejor que cincuenta líneas firmadas por una prostituta carioca que castraba a sus clientes con artes de macumba. Mejor aún que el reportaje a un homosexual enano que le llevó un esfuerzo imaginativo nunca sentido. En esa ocasión Cielo lo ayudó con un par de ideas que por fin lo destrabaron. Entregó todo a tiempo con felicitaciones del jefe de redacción por su versatilidad que lo hacía único en ese plantel de publicitarios y periodistas errantes.

Mientras tanto, afuera disparan ya sobre cadáveres.

## CAPITULO OCTAVO

La promotora no volvió. Envió unos impresos a color que mostraban unas historietas con dibujos de personas sonrientes y sobretodo higiénicas. Los niños dibujados sonríen mientras señalan un retrete y un balde de residuos. La madre de esos niños sonríe lavando verduras, baldeando mosaicos y usando lavandina. Los niños de los impresos están en la escuela y se lavan las manos, después rodean a una niña alta y sonriente, vestida como ellos. Cielo quiso confiscar los folletos pero no llegó a tiempo. Los niños los atesoraron como también esos otros que vinieron de afuera, quién sabe de dónde con billetes de la nueva emisión, es decir, que sólo diferían en el papel, satinado, y en el tamaño, reducido. Prolijamente recortados formaban una pequeña fortuna de juguete que iba y venía pasando de manos en los bancos, tiendas, librerías y restaurantes que ponían en los patios y galerías. Con los dibujos de la escuela recortados decoraron las paredes del cuarto y

los convirtieron en espejos, colocándose en las actitudes de los personajes y frente a ellos representaban primero una imagen, después, cambio de frente, la siguiente imagen, pretendiendo que Cielo hiciese de niña grande, aunque sin su traje, distribuyendo lápices de colores, hojas de papel o muñecos variados, cosa que Cielo hacía a diario, sólo que a las apuradas, con cosas en las manos, prendas, cuchillo, papa a medio pelar, escoba o trapo, nunca con la disposición del personaje de la lámina, nunca con conciencia y entrega al otro rol. Y eso le exigían. Su panza, por ejemplo le impedía una adecuación perfecta y, por supuesto, su edad y su expresión.

Después se les ocurrió directamente pintar espejos. Con las grasitas de colores calentadas y amasadas con los dedos, la pasta se extendía con facilidad, empezaron, primero con el espejo grande de su cuarto, -mareado de nubes grises como todos los de la casa- luego el otro enfrentado a la ventana, de cuerpo entero si se retiraban unos pasos y los otros, pedazos casi cuadrados con grampitas a la pared. Todos defectuosos, aportes de parientes que se resisten a tirar y donan sin cariño lo inservible: en los bordes, en el bisel o en toda la luna unas manchas suaves de humedad, ninguno valía gran cosa. Entonces, nadie los retó. Pintaban, borraban y repintaban. Mirar las cosas por allí era toda una experiencia. Había que pararse en el sitio exacto, esa era la única condición para ver el otro mundo, el modificado. Entrecerrando los ojos se confundía la realidad de lo reflejado, el significado cuya existencia nadie puede probar huidizo, opinable, con la realidad retocada, interpretada, a colores de grasa, no tóxicos, sin el control de un estilo o una crítica responsable, libertad salvaje, descontrol del significativo. Cuando se trataba de trabajos muy elaborados y abigarrados, realmente costaba decidir qué era lo imaginado y qué lo real. Más fantasmagórico era ese panorama sombrío de grandes muebles oscuros, ese polvillo eterno flotando, esos seres demasiado bajos de estatura para el cielorraso desmesurado. Para los artistas, todo era mejor que la imagen imparcial y burda del espejo. Y sentían como evidencia que estaba allí sólo para ser modificada, renarrada según la visión que alguien pusiera. Pocos pasaban al acto de plasmarla y ellos llevaban en la sangre el furor de la realización. Cualquier modificación la elevaba. Pero era tan cruel reír y



festejar esas flores ridículas crecidas en la ventana, esas lluvias de cometas y estrellas sobre las camas abiertas, ese sol cachafaz entre nubes gordas recluido en un ángulo del cielorraso como no pudiendo elevarse más y sin embargo feliz. "Pintores de espejos -dijo él, condescendiente- es un negocio raro, pero apuesto que hasta podría ser lucrativo". En el espejo del comedor, más presentable, con cachaduras apenas visibles en el marco, te crecía una cabellera flotante si te acercabas lo suficiente. A ése, cuando ordenaba ante la inminencia del nacimiento y las visitas que desencadenaría, Cielo intentó limpiarlo y borroneó las ondas. Se entristeció ante su imagen encastrada y mientras calentaba agua para usar con detergente descubrió que ya no se sentía capaz de pintar el adorno que hiciera la realidad más amable, más risueña, más tolerable, ni siquiera con grasitas, sobre un espejo.

Él ha deslizado que no estará mal que todos vayan a la escuela, ya tienen edad, necesitan amistades y relaciones sociales. Además, la ley los obliga a anotarlos en alguna parte. El tiene un trabajo poco comprometido y ya nadie se preocupa de filiaciones o militancias pasadas. Una saludable amnesia corre en forma de viento por la ciudad y penetra las conciencias sin ser notado. Nadie sabría dar cuenta de la tolerancia que reina, de la amplitud de ideas de los medios y los espectáculos. Se festeja la audacia, el desparpajo, cuánto más un pequeño conato de escándalo como para ocultar la satisfacción ante el nuevo orden libertino e inocente a la vez. Y él ha caído en el momento adecuado. Entonces propone una tregua, depone su obstinación, baja de su espalda la carga. Cielo lo observa y está apunto de dejarse tentar, pero la fragua de siempre la roba, es decir la distrae y casi no puede llevar el hilo de los argumentos, que son los mismos de siempre sólo que ahora nadie parece recordar. Los niños, para colmo, están imposibles con su madre atada de tareas al pie del canasto renovado. Duda, cavila, se rinde.

Nacería una madrugada negrísima con luna de plata. Moriría una madrugada negrísima con sueño de plomo. Entre una y otra sesenta días de locura, como una sola jornada inmensa.

Se oiría el último grito anunciando la desgracia, pero nadie lo notaría. Cómo

lo escucharía Cielo que es apenas una sombra que acude, un regazo que se mece adormecido, un manojo de huesos descoyuntados dentro de una bolsa estirada. Un vértigo de quietud, un torbellino congelado. Quizá lo podrían notar los chicos, pero no son ellos los destinatarios, la catástrofe solo los rozará, previsto como está que esos días de furia sean apenas un lejano y desvanecido recuerdo de la madre llorando un sollozo clandestino, del padre grave y circunspecto llorando un encriptado sollozo nocturno. Serán días adornados por comidas ricas en sabor y dinero. Habrá también estreno de ropa, zapatos para todos y augurios de felicidad. Estarán en boca de tanta gente que calcular su número sería arriesgado, más de lo que imaginen. Una espiral de envidia subirá por el aire y turbará a la turbada Cielo que no deja de mirarse en ese sexo nuevo ante el que se inclina con la cintura exhausta y casi sin aliento.

Cielo abre los ojos. El sol está alto en la galería, puede notarlo por las grandes rendijas de los postigones rajados.

Poco antes del nacimiento, le habían hecho una ecografía. Los años transcurridos habían sido de provecho para esas nuevas clínicas de aparatos donde se juega con videos crueles. Cielo condescendió a hacerse una vista de esas, más que nada para usar el carnet nuevo y darle el gusto a él que se ha puesto a consumir con hambre atrasada

Es una imagen. Blanco, negro y gris. Sección cónica. Paisaje lunar. Los puntos de la pantalla son demasiado evidentes y confunden. Sensación helada en la piel tensa del vientre. Masaje agresivamente suave de un plástico limpio y frío como la mano del operador. La gelatina que le permite deslizarse es también limpia y helada. No hay encanto en la desnudez de Cielo. Es sólo una esfera turbada. Alguien se despierta y se mueve. Se despereza y huye hacia el rincón pero es alcanzado por el radar. No tiene rostro. No hay forma ni fondo. ¿El hijo es ese plasma más oscuro que atrae la vista, o eso es apenas el decorado de esa huella blancuzca que ondula? Mira la placenta e intenta emocionarse. Se mira y no se encuentra aunque en la foto está ella, son sus entrañas a la luz. Siente impulso de levantarse e irse, pero el operador le está pasando un paño blanco para sacarle el pegote.

Mirando sus notas pregunta si quiere saber el sexo. Contesta que no, recalcitrante. No puede aclarar que el hijo no es, aún, que es irrelevante darle la carga del sexo cuando aún es ella en esa misma indiferenciación de la pantalla. Un corte de su piel, un esquema de sus glóbulos. No podría salir de allí llevando a cuestras un hombre u otra mujer... Si apenas puede con sus huesos.

Esta vez Cielo sabe que va a jugarse la vida. El veredicto de las imágenes que el demiurgo de los videojuegos humanos ha visto es alentador. La salud es perfecta. Cielo entonces confirma que este quinto lance es definitivo. Solo ha parido varones. Y todo ha resultado un juego. El Otro está allí, luego del infinito dolor y sólo debe aplicarse a conocerlo. En sus múltiples rostros ese otro ha sido un adolescente furioso de deseo, apremiando su entrega, un desafiante ácrata frente al empolvado claustro en las mesas de exámenes, un soberbio egresado lleno de citas y estrofas peligrosas que juntas componían un libro apasionante, un fugitivo armado, lleno de miedos ocultos tras una mueca. También un joven padre tierno asexuado y feminoide en su diligencia por cumplir los preceptos médicos de los puerperios. El Otro tiene muchos rostros pero es siempre el hombre de los libros, el activo héroe de los relatos desplegándose ante los ojos de ella, siempre espectando. También ha sido el gran derrotado. El suicida a salvar, aferrado a su ruedo como náufrago, el que da lástima, el que pide ser enjugado en su frente y consolado como un niño. Tantos amantes ha sido el otro que Cielo acumula sabiduría de cortesana... y los niños, él mismo de regreso, notas de la misma melodía, frases que acentúan éste tono, ésta modulación... El riesgo ha sido grande también. Cada vez temió encontrar, alzado, entre sus piernas desgarradas en la postura que los guardianes imponen, su propio rostro en regreso, su sexo dos veces expuesto a la profanación de los ojos. Esta vez tiene más miedo, la madurez y el peso de los años la han vuelto cobarde. Encaminarse al Otro, al Minotauro que está en el mismo centro del Amor, parirse a sí misma es un juego cruel. Pisa los bordes de su destino y en su propia creación está hollando la decadencia, la muerte. Sin embargo, está dispuesta a llegar a las últimas instancias del juego. Es decir, mirar de pronto

su propio rostro corregido con la fragua de la materia agregada, la célula perdida, el encuentro gozoso con él. Quiere, con su voluntad, imponerse a la voluntad de la naturaleza, parir a su despecho. Quizá es puro egoísmo este multiplicarse caótico de sus células en armonía. Quizá es el encuentro con el ser que sólo puede buscarse en este derroche de sangre y fibra humana que desafía todo cálculo, toda economía, todo sentido común. Por eso, en medio de su superstición, -de mi negativa a matar y extirpar coágulos vivos- sólo se ha reído del escándalo y el consejo sobre cómo han de ahorrarse las células, cómo han de hacerse los artificios para que esta disolución desesperada no continúe, se administre, se dosifique, se posponga.

Pero Cielo se ha expuesto siempre a la infinita división de sus tejidos con la frescura del que emerge de la trinchera con la muerte en vista... tanto ella como él tienen la maldición de la *poiesis*, el furor de la forma, la disposición irrenunciable a la luz, la fruición de la palabra. Es posible que el útero de Cielo no resista, es posible que los vientos no alcancen a cambiar a tiempo para salvar su pellejo, es posible que él renuncie a seguir sosteniendo el mundo en sus espaldas, que abandone la roca en su búsqueda de abismo y en la propia cara del dios escupa su cansancio y se deje caer en el olvido. Sin embargo Cielo está ante su obra más grande. Lo ha leído en la imagen invasora. Se lo susurra su cuerpo invadido. La reticencia de la médica y su sonrisa reprimida. Ya está la realidad virtual de su rostro duplicado, ya es fractal en este mundo, sólo al amparo de la frágil muralla de su músculo. Está a punto de darse a luz a sí misma. Creación de la sangre, desprovista de mérito, como no sea la piadosa indiferencia de dejar a la naturaleza obrar en ella misma. Ha decidido tomar para sí el *fiat* del alma que llega. Ha decidido parirse, renacerse, volver a ser en el mundo. Será un autorretrato. En el lienzo de carne y piel nueva dibujará su sueño de existencia. Será entonces testigo de sí misma, desarrollo a la vista de su destino, que se ha ocultado en una fría noche de deseo y soledad. Colaboró la muerte que rondaba las calles. Colaboró el mal del mundo, arrinconando la inocencia en el lecho, apurada por abrigar el amor de la maldad. Colaboró el terror de que la niña revolución se desvaneciera en la miasma del crimen. Tanta muerte merecía el desafío de Cielo pero sus actos pariendo varones, resultaban

imperfectos y recién ahora podía comprenderlo. Debía llegar a parirse de nuevo, creación corregida, previsión de un destino que ella iría haciéndose en la niña que sería de nuevo, en un encuentro forzado con el ser. Ella sabe que está por dar un salto en la oscuridad, que este encuentro excede la lógica del sinsentido, cuidadosamente construido por los vientos del siglo, pero aún así, el riesgo de la disolución es poco para salir de la tumba donde se alojan ella y su creación. Sabe además que no habrá próxima vez, es la última oportunidad de nacerse a un tiempo diferente, de corregir aquel mundo que los encerró en la casa, de abrir un capítulo nuevo. Su forma se agota y el horror al vacío la sostiene. Los niños crecidos desafían la autoridad de su *logos*. La mandorla cruje a punto de estallar. Ahora o nunca

Pero quizá sea tarde... Melusina aúlla por tercera vez y Cielo está pisando la margen de la jibris, enfrascada en el trajín de su útero en alarma.

Sólo ha viajado al regreso.

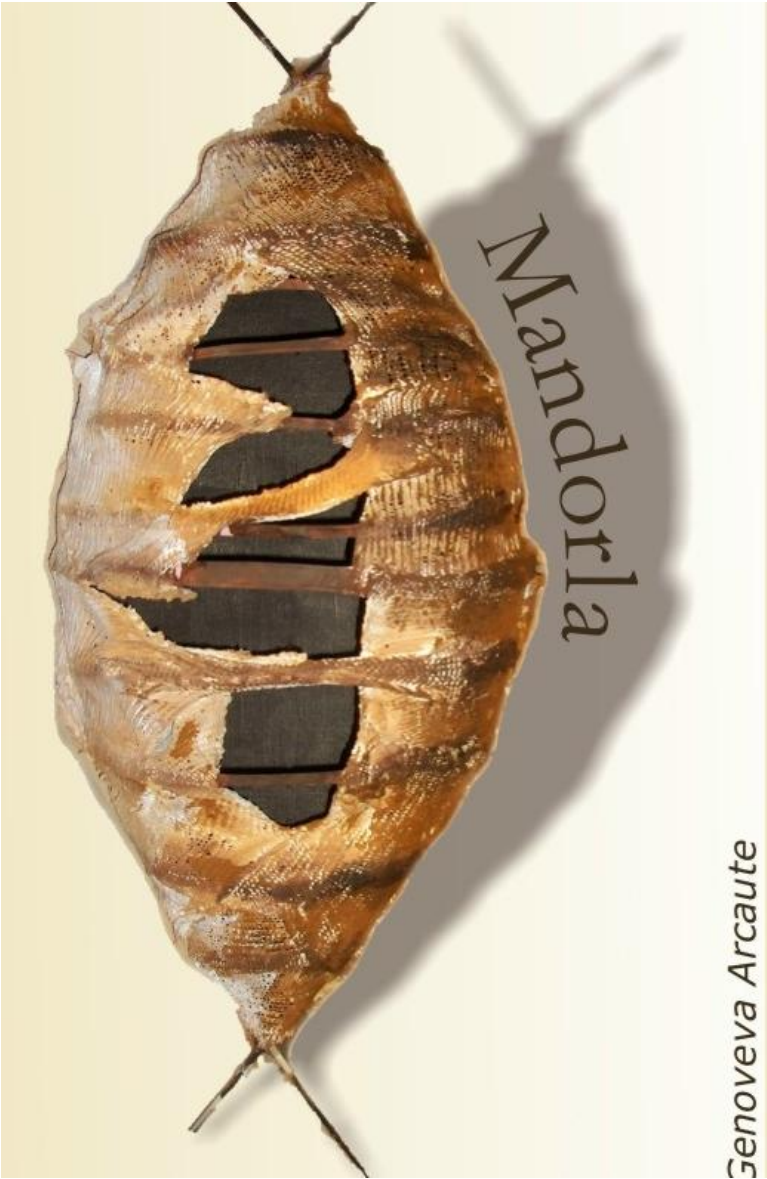
## EPILOGO

La casa que vamos a dejar no merece una lágrima. Carece de nobleza, de pasado. Nunca tuvo esplendor ni belleza. Apenas cuento unos pocos días memorables, sin fecha, recordados por un nimio triunfo o una derrota mezquina que no alcanzó a rozar las orillas del caos. Nadie me sabría explicar porqué me da lo mismo irme o quedarme. Y tampoco nadie puede acertar a explicar esa alegría generalizada ante el hecho de que nos iremos, como si a partir del abandono de sus cuartos nunca habitados del todo, el mundo empezara a mejorar. Como si nuestra partida fuera una señal que impulsaría a las ruedas de nuestro entorno a avanzar a un ritmo esperanzado. Ustedes tienen que irse porque si no nosotros no podremos ocuparnos de lo nuestro, pendientes como están, -estamos- de que el techo no se caiga sobre la cabeza del niño, o definitivamente las cañerías estallen y derramen el agua en gigantescas várices sin cura. Lo dijo aquel cardiólogo que hizo una visita después del ahogo o espasmo -que nadie supo dar razón exacta ni nombre a amague de la muerte- echando una mirada inspectora, mezcla de elogio y reconvención. Y cuando el techo cayó sobre la cuna del niño, en forma de talco inofensivo, deshecho por el tiempo y las lluvias, fue

barrido sin ceremonias hacia el boquete más próximo. Y cuando el caño principal sufrió una hemorragia incontenible, afortunadamente hacia afuera y empapó el vientre de siete meses en un bautismo tan brutal como prematuro y sin embargo involuntario tanto como premonitorio, él lo emparchó con un trozo de manguera gruesa, que servía para llenar el mínimo natatorio del verano. Primero la hirvió en un poco de agua, dilatándola y después... Y no hubo éxodo ni estampida entonces. Por eso digo que el hecho de irnos de aquí no es relevante, no va a modificar ni las condiciones climáticas adversas, ni va a ordenar el tránsito de las avenidas, ni va a incidir en los próximos tratados de paz. Aunque los primeros papeles ya estén firmados y haya tenido que vestir las galas que nunca uso para firmar, sí, con mi propio nombre proscrito, unas esplendorosas hipotecas sobre todo el futuro que nos queda. Porque todos los papeles estaban en orden, aún el negro de los certificados de sueldo, tan inadvertido como mi luto entre el negro adherente de las secretarías adolescentes.

Por eso digo, no digo, que no quiero irme, que dos mudanzas -un desalojo y una excarcelación- equivalen a un incendio y yo siempre he sido fría, por guardar el fuego en un incómodo y lejano rincón de mi estructura donde nadie, ni él, ni yo misma, que tengo el gusto de la quietud y la vocación de la inmovilidad expectante, hace tiempo visitamos -ese lugar, digo- porque se ha convertido en pira funeraria donde yace en ceniza nuestro quinto sueño, pero mi rostro en regreso, mi segunda oportunidad, mi contra creación insolente, mi imagen y mi semejanza...

Y digo más, mi juventud ya casi es un regalo abierto, un papel arrugado. Y primero -diría también-, debe firmarse la paz, volver el cometa y despertarse las gentes que pasan por mi puerta. Antes tendrán que volver las aguas a los cauces y los huracanes guiñar sus ojos a las vacas y no levantarlas por el aire. Entonces sí, naturalmente, yo misma echaría llave a la puerta después de liar todos los cuatro bultos y quemar todos los papeles viejos. Entonces sí, me iría. Y los niños ya no serían, y ni mi suerte, ni la de él -una sola piedra relativamente arrojada- importarían nada.



La Plata, 2007

